

Bianca

Lágrimas de amor

Chantelle Shaw

Lágrimas de Amor

Chantelle Shaw

1° Multi. “Inocente Novia Virgen 2”

Lágrimas de amor (2008)
Título Original: The Spanish Duke's virgin bride (2007)
Serie: 1º Multi. Inocente Novia Virgen 2
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1818
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Javier Herrera y Grace Beresford

Argumento:

¿Cuánto tiempo podría seguir casada con él sin estarlo de verdad?

El duque Javier Herrera era un despiadado millonario español que había aprendido que era mejor no enamorarse jamás. Ahora necesitaba una esposa si quería heredar el negocio familiar. Grace Beresford era hija de un hombre que le había arrebatado mucho dinero… la oportunidad perfecta para vengarse y casarse por conveniencia.

Al principio, no le importó que ella lo odiara, pues sólo quería su cuerpo. Pero enseguida descubrió que Grace no estaba dispuesta a entregarse a él a pesar de la atracción explosiva que había entre ambos…

Capítulo 1

—Supongo que esto es una broma, ¿verdad?

El duque Javier Alejandro Diego Herrera se apartó de la ventana del castillo, desde la cual se divisaba el precioso paisaje andaluz, para mirar al anciano que tenía delante.

—Te aseguro que no bromearía sobre algo tan importante —contestó Ramón Aguilar fríamente—. Las condiciones del testamento de tu abuelo son muy claras; si no te casas antes de cumplir los treinta y seis años, será tu primo Lorenzo el que pase a tener el control del Banco de Herrera.

Javier maldijo de manera sucinta, frunciendo el ceño.

—¡Dios! —espetó—. Como frecuentemente comentaba mi abuelo, Lorenzo es como un niño pequeño. No tiene una meta en la vida, no tiene ambiciones. Dime, ¿qué tiene él para que Carlos creyera que sería un sucesor más creíble que yo como presidente del banco? —dijo mientras la incredulidad estaba dando paso al enfado.

—Él está casado —murmuró el señor Aguilar.

Javier, que había estado andando por la habitación como un tigre encerrado, se detuvo repentinamente. Miró al desafortunado abogado que había sido el hombre de confianza de Carlos Herrera.

—Desde que tenía diez años mi abuelo me estuvo preparando para que ocupara su puesto como cabeza de la familia Herrera y, más importante aún, como director del Banco de Herrera —dijo entre dientes, tratando de controlar su enfado—. ¿Por qué iría a cambiar de opinión de repente?

El hijo de Carlos, el padre de Javier, había muerto de una sobredosis tiempo después de haber sido expulsado de la familia. Javier había pasado entonces a ser el duque de Herrera cuando su abuelo había muerto, pero lo que más le importaba, el control del banco, la mina de oro, todavía se le escapaba de las manos.

—¿Estás queriendo decir que se me niega tener lo que es mío porque mi primo está casado y yo no? ¿Es ésa la única razón? —exigió saber. Sus ojos color ámbar echaban chispas.

—El último deseo de tu abuelo fue dejar el banco en manos de un hombre en el que pudiera confiar y que garantizara la continuidad de su éxito.

—Yo soy ese hombre —masculló Javier, impaciente.

—Durante los últimos meses ha habido muchas cosas que

preocuparon, e impresionaron, a tu abuelo —dijo el abogado.

Entonces sacó unas fotografías de su escritorio, fotografías en donde se veía a Javier en compañía de diferentes mujeres, pero todas rubias y con un protuberante escote.

Javier miró las fotografías y se encogió de hombros para mostrar su indiferencia; ni siquiera podía recordar el nombre de muchas de aquellas mujeres.

—No me había dado cuenta de que mi abuelo esperaba que yo hiciera un voto de celibato —espetó.

—No esperaba eso. Los términos de su testamento establecen que debes encontrar una esposa. Y creo que te quedan dos meses para hacerlo… o perderás el control del banco. El Banco de Herrera es un banco tradicional…

—Que yo pretendo arrastrar al siglo XXI —terminó de decir Javier misteriosamente.

—Carlos apoyaba tus innovadoras ideas, y es cierto que el banco necesita ser modernizado. Hay que inyectar ideas frescas, pero no podrás hacerlo sin el apoyo de tu equipo —advirtió Ramón—. Los directivos son precavidos y no les gustan los cambios. Quieren un presidente que comparta sus valores de decencia y moralidad… que tenga una familia. No les gusta ver las fotografías que aparecen de ti y de tus últimas conquistas en la prensa sensacionalista.

Ramón hizo una pausa, pero continuó hablando.

—A Carlos le preocupaba que tu… abundante vida social estuviera teniendo efecto sobre tu capacidad decisoria. Tengo entendido que ha habido problemas con la filial británica del banco. El encargado que nombraste, Angus Beresford, ha resultado ser una mala elección.

Javier sabía que había cometido un error con Angus, que le había traicionado. No necesitaba que se lo recordasen.

—Tengo la situación controlada. Me estoy ocupando del problema y puedes estar tranquilo; le pediré cuentas a Beresford —gruñó, furioso.

Se acercó a mirar de nuevo por la ventana la enorme propiedad de los Herrera. Él era el dueño de todo aquello, pero se sentía como un rey destronado. El Banco de Herrera era suyo. Había pasado los últimos veinticinco años esperando aquel momento, y darse cuenta de que su abuelo no sólo había dudado de su capacidad, sino que también había expresado aquellas dudas a otras personas, era duro de digerir.

—Soy la persona ideal para ese trabajo —señaló fríamente—. ¿Cómo podía dudarlo mi abuelo simplemente por unas pocas

fotografías que me hicieron los malditos *paparazzi*? ¡Y eso del matrimonio! Madre de Dios, ¿en qué benefició a mi padre haberse casado? Mi madre era una bailadora de flamenco y una mujerzuela que le destrozó la vida a mi padre con sus aventuras amorosas. Créeme; nunca permitiré que ninguna mujer goce de tal poder sobre mí. ¿Qué demonios le hizo a mi abuelo pensar que yo querría casarme?

—Tu abuelo esperaba que eligieras a una mujer de tu misma clase social, una mujer que entienda las responsabilidades de ser la esposa de un duque —murmuró el abogado—. De hecho, poco antes de morir, Carlos me confió que esperaba que te casaras con Luz Vázquez.

—Yo le dejé claro que no tengo ninguna intención de casarme con una niña de diecisiete años. Dios, Luz todavía está en el colegio —explotó Javier.

—Ella es joven, eso es cierto, pero sería una excelente duquesa. Y, claro está, el matrimonio tendría el beneficio añadido de fusionar a dos grandes familias dedicadas a la banca. Piénsalo.

La última conversación que Javier había tenido con su abuelo había sido parecida, y reconoció, como había hecho en aquel momento, el atractivo de la unión de dos de los bancos españoles más poderosos. Pero no era tonto y se había dado cuenta de que era la manera que había tenido su abuelo de seguir controlándole… incluso desde la tumba. Miguel Vázquez, viejo amigo de Carlos, quedaría muy satisfecho, y él terminaría atado a una niña mimada que no había ocultado su encaprichamiento por él.

Su abuelo, que había sido muy astuto, se había salido con la suya por el momento, pero Javier estaba decidido a ganar aquella batalla y nada, ni incluso el inconveniente de tener que encontrar esposa, le detendría.

—Así que tengo dos meses para encontrar una duquesa —murmuró serenamente—. ¿Crees que podré hacerlo, Ramón? —preguntó, sonriendo abiertamente, evidenciando la confianza que tenía en sí mismo.

—Sinceramente eso espero —contestó Ramón—. Si hablas en serio cuando dices que quieres ser el próximo presidente del banco.

—Es lo que siempre he deseado, y no hay nada que no hiciera para conseguirlo —dijo Javier, a quien se le borró la sonrisa de la cara.

Ramón pudo ver en él la dureza, la implacabilidad y la inexorabilidad de su abuelo. Sintió lástima por quien fuese a llegar a ser su esposa, ya que durante años todos los matrimonios Herrera

habían sido un infierno.

Javier le tendió la mano al abogado de su abuelo.

—Nos veremos en dos meses y te presentaré a mi novia —dijo, repasando mentalmente la lista de varias de sus novias, preguntándose cuál accedería a un matrimonio como aquél. Tendría que ofrecer un buen incentivo económico que se pagaría el día de su divorcio. No quería malentendidos.

—Eso espero. Y, en tu primer aniversario de bodas, me encantará firmar el traspaso de todo el poder del Banco de Herrera a tu nombre. Hasta entonces, suponiendo que encuentres una esposa antes de tu cumpleaños, continuarás con tu papel de presidente del banco, pero todas las decisiones que se tengan que tomar deberán ser aceptadas por mi equipo legal y por mí.

—¡Un año! —exclamó Javier, agarrando el testamento de su abuelo.

—Tu abuelo creía que actuaba en beneficio del Banco de Herrera —comenzó a explicar Ramón, pero dejó de hablar al observar la heladora mirada de Javier.

—No te equivoques, Ramón —gruñó—. Tendré lo que por derecho me pertenece y nada, ni siquiera los mandatos de un fantasma, me detendrán.

Capítulo 2

La guía establecía que el Palacio del León era del siglo XII y de estilo morisco, construido en Sierra Nevada. Desde él se veía toda la ciudad de Granada. La carretera que llevaba al castillo era muy empinada, y Grace tuvo que cambiar a una marcha más corta. Pensó que, si seguía subiendo, llegaría a las nubes.

En la distancia, podía ver las montañas que se alzaban aún más. Todavía tenían nieve en las cimas, pero donde estaba ella todo estaba verde. Llovía, lo que acompañaba su humor.

—Ha estado lloviendo durante tres días —le había dicho el encargado de su hotel cuando había llegado a Granada—. No es muy corriente, teniendo en cuenta que la primavera está terminando… pero espere, mañana saldrá el sol y usted estará feliz.

Pero Grace pensó que aquel hombre no sabía que se requeriría mucho más que un cambio en el tiempo para levantarle el ánimo. Se imaginó a su padre, demacrado y sin afeitar, desplomado en una silla. El magnífico encargado de banca se había desmoronado ante sus ojos y en su lugar había un hombre completamente destruido.

—No puedes hacer nada, cariño —le había dicho Angus, intentando sonreír.

Incluso en aquellos momentos su padre había seguido tratando de proteger a su única hija, lo que había provocado que ella estuviese decidida a hacer algo.

Su padre era su héroe, el hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra, pero la impresión que le había causado la malversación de fondos que había provocado éste en el banco la había dejado muy impresionada. Había comprendido sus razones, desde luego. Todos aquellos años observando cómo su madre se deterioraba debido a su enfermedad neuronal habían sido devastadores. Angus había tratado de buscar un remedio contra lo incurable. Lo que fuese, desde los remedios herbales chinos hasta los costosos tratamientos en los Estados Unidos; había merecido la pena haberlo intentado para aliviar el dolor de su adorada esposa.

Pero al final todo había sido inútil, y Susan Beresford había fallecido hacía dos años, pocas semanas antes del veintiún cumpleaños de Grace. Ella no había sabido hasta hacía un par de semanas que su padre había financiado los tratamientos de su madre jugando dinero ni que aquella adicción le había llevado a

«tomar prestado» dinero del Europa Bank, la filial británica del Banco de Herrera, para haber pagado sus deudas.

—Siempre planeé devolverlo, lo juro —había dicho Angus ante el espanto de su hija—. Un golpe de suerte, eso era todo lo que necesitaba. Hubiese podido devolver el dinero, cerrar las cuentas falsas y nadie se hubiese enterado de nada.

Pero lo habían hecho. Un auditor había visto irregularidades y habían llegado hasta el fondo del asunto. Y ella sólo había podido ver cómo su mundo y, más importante aún, su padre, se desmoronaban.

Murmurando, angustiada, volvió a fijar su atención en la carretera, que seguía muy empinada. En un momento dado agarró el volante con fuerza al ver un despeñadero y darse cuenta de que, si hacía un mal movimiento con el coche, podría caer por el barranco. Odiaba las alturas y comenzó a marearse. Se planteó dar la vuelta, pero la carretera era demasiado estrecha como para hacerlo. Y, además, tenía un trabajo que hacer.

El Palacio del León era la residencia de la familia Herrera desde hacía muchas generaciones y deseó que el duque estuviera en casa. Las cartas que le había enviado no habían obtenido respuesta, y todos los intentos de contactar con él por teléfono habían sido evitados por su eficiente equipo personal. Desesperada, había viajado a las oficinas centrales del banco en Madrid y desde allí había tomado un avión hasta Granada, donde le habían informado de que el presidente estaba en su residencia privada en las montañas.

Para su alivio, la carretera comenzó a hacerse menos empinada y, al dar la vuelta a una curva, pudo ver el castillo.

Cuando por fin se bajó del coche, tenía el corazón revolucionado. Le dolían todos los músculos, aunque no sabía si era debido a la difícil conducción o al hecho de que por fin iba a ver a Javier Herrera.

El castillo era un ejemplo muy impresionante de la arquitectura morisca, pero Grace no dejaba de mirar la puerta, que estaba flanqueada por dos leones de piedra. Se estremeció y pensó que no le gustaría estar por allí a oscuras. En realidad no le gustaba estar allí, pero el duque de Herrera era el único que podía salvar a su padre y, cuanto antes lo viera, mejor.

Se estaba empapando bajo la lluvia y se acercó de nuevo al coche para tomar la pashmina que había llevado con ella.

Entonces se dirigió a llamar a la puerta y, justo cuando iba a hacerlo, ésta se abrió y aparecieron dos figuras. Una de las personas

que aparecieron ante ella era claramente un miembro del personal del castillo y la otra era un hombre mayor y bajito.

—He venido a ver al duque de Herrera —dijo Grace con la voz entrecortada.

Gracias a las vacaciones que había pasado durante años con su tía Pam en Málaga, hablaba español con fluidez.

—Si tiene aprecio por su vida, señorita, no se lo recomiendo —dijo el anciano—. El duque no está de muy buen humor.

Pero Grace, esperanzada, pensó que por lo menos estaba en el castillo. Javier Herrera estaba allí y todo lo que ella tenía que hacer era convencer al mayordomo de que le permitiera verlo.

Varios minutos después todavía estaba en las escaleras.

—Por favor —suplicó por última vez.

—Lo siento, pero es imposible. El duque nunca recibe visitas imprevistas —insistió el mayordomo, impaciente.

—Pero si le dijera que yo estoy aquí… le prometo que sólo le robaré cinco minutos.

Pero el mayordomo cerró la puerta y ella, en un impulso infantil, le dio una patada.

—Maldito seas, Javier Herrera —murmuró, parpadeando para apartar las lágrimas.

Parecía que no tenía otra alternativa que conducir de vuelta a Granada, pero no podía soportar pensar que había fallado. No podía darse por vencida; el duque de Herrera estaba allí, al otro lado de aquellas paredes, y debía de haber alguna manera de acercarse a él y hacer que la escuchara.

Recordó de nuevo a su padre, al que la muerte de su madre había afectado muchísimo, y que estaba sumido en una profunda depresión. Si pudiera quitarle el miedo que tenía de ir a prisión, una posibilidad muy probable, según el señor Wooding, el abogado de la familia, quizá él pudiese salir de la terrible situación en la que se encontraba.

Había parado de llover y, aunque el cielo estaba todavía gris, tenues rayos de sol trataban de abrirse paso a través de las nubes. Entonces divisó una verja quedaba al patio. Se dijo a sí misma que seguramente estaba cerrada, pero, para su asombro, al empujarla se abrió y pudo entrar al patio.

El jardín era precioso; era como un pedazo de cielo que logró calmar sus nervios. Estaba repleto de fuentes y capullos de rosas. En un impulso, arrancó una flor y la olió. Durante unos preciados momentos sintió cómo el peso de sus preocupaciones la abandonaba. Podía haberse quedado allí para siempre, oyendo el

dulce cantar de los pájaros.

Pero cuando estaba observando embelesada una de las piscinas, tuvo la sensación de que alguien la estaba mirando. Se dio la vuelta despacio y se quedó sin aliento.

Había un hombre en el extremo opuesto del jardín, pero incluso desde la distancia su altura era notable. Grace pudo sentir el poder y la fuerza de él, pero llamó su atención el dobermann que éste tenía a su lado. El miedo se apoderó de ella. Aquélla no era una mascota amigable; sin duda era un perro de defensa, y aquel hombre debía de ser un miembro de la seguridad del castillo.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que había entrado en una propiedad privada sin autorización. Lo más sensato sería acercarse al hombre y disculparse, pero la expresión de su cara le parecía aterradora. El instinto se apoderó de ella y salió corriendo, pero al mirar hacia atrás por encima de su hombro vio que el hombre había soltado el perro, que corría hacia ella.

Aterrorizada, Grace trató de encontrar una salida, pero el jardín estaba rodeado por cuatro paredes, tres de las cuales eran muy altas, aunque la cuarta era vieja y más baja.

El perro estaba casi sobre ella y pudo imaginarse sus afilados dientes hundiéndose en su carne. Desesperada, comenzó a subir por la vieja pared y, utilizando toda su fuerza, logró llegar arriba. Se tranquilizó diciéndose así misma que ya estaba segura. El perro estaba debajo de ella, ladrando furioso, pero con suerte ella lograría pasar al otro lado. Al dirigirse a bajar la pared por la calle se dio cuenta de que estaba demasiado alta y que si lo intentaba seguramente moriría en la caída. Su única alternativa era volver a bajar al jardín… donde le esperaba el perro.

Pero se quedó paralizada por el miedo y observó cómo el hombre se acercaba.

—Tranquilo, *Luca* —dijo Javier, acercándose sin prisa hacia su perro.

No sintió ninguna pena por aquella mujer y pensó que se podía quedar allí arriba todo el día. Estaba más que harto de los *paparazzi* que le perseguían constantemente. Ya tenía suficiente con aguantarlos en la ciudad, y ver a una periodista en su castillo le pareció demasiado.

—¿Cómo ha logrado entrar? —exigió saber impacientemente—. ¿Y qué es lo que quiere?

No podía ver que llevase ninguna cámara pero, mientras ataba al perro, pensó que quizá se le había caído cuando huía de él.

—Baje de ahí; el perro está ya atado y no le hará nada.

Pero Grace no se movió, y Javier frunció el ceño; no estaba de humor y todo lo que quería era que aquella mujer se marchara de su propiedad. Al mirarla con detenimiento se dio cuenta de que no era española, por lo que repitió lo que había dicho en inglés, ya que solía ser un medio universal de comunicación.

—No puedo bajar —dijo por fin Grace, apenas susurrando. Estaba paralizada por el miedo debido a la altura de la pared, y sintió cómo le daba vueltas la cabeza.

—Señorita, debe bajar de ahí —dijo él con cierto toque de apremio.

Pero entonces se dio cuenta de que ella estaba aterrorizada y a punto de desmayarse.

—No tiene por qué tener miedo —dijo en un tono más suave—. No le haré daño, ni tampoco el perro. Suéltese y yo la agarraré.

Ella siguió allí paralizada, y Javier se asustó al ver cómo palidecía y cerraba los ojos. Por más que odiara a los periodistas, no quería ver cómo aquella chica moría despeñada.

—Señorita, salte a mis brazos; conmigo estará segura. ¿Cómo se llama? —exigió saber.

—Mi nombre es… Grace… Beresford —dijo ella mientras se dejaba caer, justo antes de desmayarse.

Cuando Grace abrió los ojos, el terror se apoderó de ella al ver que él la llevaba en brazos.

—¿Dónde me lleva? —exigió saber—. Déjeme en el suelo.

No podía ver claramente la cara de aquel hombre, ya que el gorro le ensombrecía el rostro, pero su cuadrada mandíbula indicaba una gran fortaleza. Él se detuvo y la dejó en el suelo, ante lo que ella se tambaleó y cayó de rodillas.

El hombre no hizo ningún intento de ayudarla; en vez de ello se quedó observándola, con el perro atado a su lado.

—No me puedo creer que soltara el perro para que me atacara —dijo de forma acusadora, incapaz de controlar el temblor de su voz.

—No me gusta la gente que se mete en propiedad ajena —contestó el hombre con dureza. A pesar de su fuerte acento, hablaba inglés perfectamente.

Grace alzó su cabeza para mirarlo; su arrogante postura le irritaba. Seguramente sería un miembro del personal del castillo, pero estaba mirándola como si aquello fuese suyo.

—¿Por qué ha entrado aquí? —gruñó él.

—He venido a ver al duque de Herrera —contestó ella, haciendo un esfuerzo por levantarse. Todavía se sentía débil y desorientada.

—¿Para qué? —preguntó Javier, sin hacer ningún intento por ayudarla.

—Por razones personales —contestó ella, levantando la barbilla y mirando a aquel hombre.

Afortunadamente no recordaba la caída, pero lo que estaba claro era que él la había salvado de romperse algunos huesos. No quería siquiera imaginarse si hubiese caído del otro lado de la pared, por el precipicio de la montaña…

—Gracias por tomarme en brazos —murmuró con voz ronca—. Entiendo que esto es un jardín privado, pero yo he venido para ver al duque y…

—Al duque no le gusta que le moleste gente que no ha sido invitada —informó altaneramente el hombre.

Aquello irritó a Grace, que recordó su propósito de ver al duque, fuese como fuese.

—Yo no vengo de improviso, tengo… una cita —mintió, humedeciéndose los labios.

El hombre no respondió, pero su lenguaje corporal dejó clara su incredulidad.

—Sí. He llegado pronto y, antes que quedarme esperando en el coche, decidí explorar el terreno. Lo siento —dijo, mirándolo con sus ojos azules y esbozando una tímida sonrisa—. Quizá el duque ya esté preparado para verme. ¿Podría llevarme ante él?

Javier mantuvo silencio durante tanto tiempo, que ella sintió cómo la tensión se apoderaba del ambiente y, cuando por fin él habló, se sobresaltó.

—¿Está segura de que quiere entrar en el Palacio del León, señorita Beresford?

—Desde luego —contestó—. Le seguiré, ¿le parece?

—Está bien —dijo el hombre, dándose la vuelta y dirigiéndose a toda prisa a entrar al castillo.

Grace tuvo que hacer un esfuerzo para seguirlo. Cuando por fin entraron, le faltaba el aliento. Siguió a su guía por unas escaleras de piedra hasta una gran habitación que supuso debía de ser el despacho del duque.

Ante su consternación, el hombre la siguió dentro de la habitación y le dio un vuelco el corazón cuando éste cerró la puerta tras ellos.

Ignorándola, Javier sacó su teléfono móvil y murmuró algunas palabras al aparato.

—¿Vendrá pronto el duque? —preguntó ella, mirando su reloj abiertamente.

—Le prometo que no tendrá que esperar mucho tiempo, señorita Beresford —contestó él suavemente.

Pero Grace se dio cuenta del sarcasmo que desprendía la voz de él, y su aprensión aumentó. Observó cómo el hombre se quitaba el abrigo, y le maravilló su formidable físico.

—La policía llegará muy pronto —dijo él al quitarse su sombrero, sonriendo.

—¿La policía? —dijo ella, muy impresionada.

Aquel hosco extraño era más que guapo… le había dejado sin palabras. Su cara era perfecta. Tenía la piel aceitunada, el pelo oscuro y unas facciones duras, complementadas por sus curiosos ojos color ámbar, que emitían destellos de fuego.

Grace sintió como si él la estuviese desnudando con la mirada. Se ruborizó y sintió, horrorizada, cómo un cosquilleo le recorría los pechos.

—Usted no es el jardinero, ¿verdad? —espetó ella, desesperada por ocultar su vergüenza ante la reacción de su cuerpo—. Supuse que usted era miembro del personal del castillo. ¿No me irá a decir ahora que el duque de Herrera es usted? —añadió.

Entonces se dio cuenta de que era cierto y que por eso él tenía aquel aire de superioridad. Humillada, deseó que se la tragara la tierra.

—Y usted, señorita Beresford, aparte de ladrona es también mentirosa —Javier hizo una pausa—. Debe de ser cosa de familia —murmuró.

En ese momento Grace se dio cuenta de que él sabía quién era ella. A él no le sería fácil olvidarse de su apellido. Respiró profundamente, tratando de encontrar las palabras para explicar su visita. Pero se había quedado en blanco y no podía dejar de mirar al duque, que era el hombre más guapo que jamás había visto.

—Reconozco que dije una pequeña mentira, pero no soy una ladrona —dijo entre dientes, ruborizándose al recordar la historia que se había inventado sobre la cita que tenía con él.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién te dio permiso para robar de mi jardín? —dijo él, acercándose a ella.

Grace se quedó muy quieta mientras él le acariciaba con un dedo la mandíbula, bajando a continuación hacia su escote. Se quedó sin aliento y se sintió mareada debido a la falta de oxígeno. Se quedó mirándolo, y dio un grito ahogado cuando repentinamente él agarró la flor que ella se había colocado en el ojal de su camisa.

—Sólo es una rosa —susurró.

—¿Y qué significa robar una rosa cuando tu padre ya me ha

robado tres millones de libras, verdad? —murmuró él sardónicamente.

—¡Oh, Dios! —gimió Grace al recordar de nuevo la gravedad del delito que había cometido su padre—. Sé que parece mal…

—No parece mal, señorita Beresford, parece horrible —comentó Javier.

—Lo siento —ofreció, consciente de que sonaba muy inapropiado—. Sé que mi padre ha obrado erróneamente… pero tenía sus razones —comenzó a decir.

—Estoy seguro de que así fue. Y se las podrá explicar todas a un juez —dijo él, interrumpido por la llamada de teléfono de su escritorio.

Grace sabía que aquella llamada telefónica era para informarle de que la policía había llegado, y el pánico se apoderó de ella.

—Ha sido fascinante conocerla, señorita Beresford, pero me temo que ya es hora de que se marche —dijo Javier fríamente.

—¡Por favor! Tiene que escucharme. Mi padre…

—Se merece todo lo que le va a ocurrir —dijo el duque desde la puerta. Su lenguaje corporal dejaba claro que se le estaba acabando la paciencia.

—Él está enfermo. Mentalmente enfermo. No sabía lo que estaba haciendo.

—Oh, venga ya, seguro que se puede inventar algo mejor. Angus Beresford se aprovechó de su situación y durante los últimos dieciocho meses ha estado transfiriendo dinero a cuentas falsas. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo —dijo Javier, agarrando el picaporte de la puerta.

—No veía otra salida. Por favor… concédame cinco minutos de su tiempo —imploró—. Permítame explicarle las razones por las que hizo lo que hizo.

Durante un momento, Grace pensó que el duque la iba a sacar de allí a rastras, pero entonces llamaron con fuerza a la puerta.

—¿Qué ocurre? —exigió saber él en su propio idioma.

No sabía que ella podía entender y que se enteró de que la policía estaba esperando en el vestíbulo.

Se dio cuenta de que había fallado, y las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a correrle por las mejillas.

Capítulo 3

Mientras miraba las lágrimas que recorrían la cara de Grace, Javier pensó que nunca dejaría de sorprenderle cómo las mujeres podían romper a llorar cuando les convenía. Había estado con muchas mujeres y no comprendía por qué ver a aquélla llorar le hacía sentir como si le clavasen un puñal en la tripa. Le estaba afectando verla llorar… y no le gustaba. Le hacía sentirse incómodo, y la necesidad de abrazarla y acariciarle su sedoso pelo marrón era completamente ridícula.

Se dijo a sí mismo que debía echarla en aquel mismo momento, debía entregarla a la policía y no supo por qué dudaba. Desde que había sabido quién era ella, se habían apoderado de él la furia y otro impulso más básico que sin duda era el responsable de que no pudiese quitarle los ojos de encima.

Miró la boca de ella, y su cuerpo reaccionó al ver lo delicioso que parecía su labio inferior.

A él le gustaban las rubias altas y elegantes. Grace Beresford era bajita, delicada, pálida y su pelo tenía reflejos dorados que él podía ver eran naturales.

Nunca sobresaldría del montón, pero tenía algo, como un aire de serenidad.

—Le doy dos minutos —dijo él fríamente—. Aunque debo advertirle que ya tengo una buena idea de las causas de los problemas económicos de su padre, y no me parece que excusen que él rompiera la confianza que yo había puesto en él.

—¿Sabe que él es adicto al juego? —dijo Grace con urgencia—. No puede evitarlo. Es una víctima inevitable de las facilidades que suponen las apuestas telefónicas.

—Se me rompe el corazón —dijo Javier con un frío sarcasmo.

Aquello irritó a Grace, que se acercó a él.

—Mi padre es un buen hombre, una persona honorable — insistió— Hace pocos años realizó unas inversiones poco prudentes y, desafortunadamente, perdió mucho dinero.

—No comprendo por qué debería yo sufrir por su temeridad — espetó Javier.

—Él estaba desesperado. Mi madre estaba gravemente enferma, y él estaba preparado para hacer lo que fuera… cualquier cosa… para ayudarla. El juego parecía su única salvación —titubeó—.

Ganó un par de veces y creyó que su suerte continuaría. Pero en vez de eso, comenzó a acumular muchas deudas, deudas que no tenía manera de pagar. Tras la muerte de mi madre, creo que él se sintió muy agobiado. La única cosa que tenía de valor era nuestra casa. Sus acreedores amenazaban con quitarle Littlecote, pero estaba desesperado por conservarla… para mí —explicó, conteniendo las lágrimas—. Angus hizo lo que hizo, tomó el dinero, porque quería conservar la casa que sabía que yo amaba.

Grace se detuvo y se restregó los ojos; no quería llorar, no delante de aquel hombre que parecía que tenía el corazón de piedra.

—Es una historia muy conmovedora —comentó Javier en un tono aburrido—. Y sin duda habrá algo de verdad en ella. Estoy dispuesto a creer que Angus robó por usted. Señorita Beresford, usted tiene gustos muy caros.

—¿Cómo puede usted saber qué es lo que me gusta? —exigió saber Grace, indignada.

—Se ha llevado a cabo una minuciosa investigación sobre sus vidas. Sé todo lo que hay que saber sobre usted… y no es una mujer que salga barata —informó fríamente—. La educación privada que recibió en un exclusivo colegio para señoritas, por no mencionar el lujoso piso que ocupó mientras estaba en la universidad…

—Yo pagué el alquiler del piso con un dinero que mis abuelos habían dejado para mí —dijo Grace, que estaba comenzando a enfurecerse—. Y trabajé muy duro para conseguir mi licenciatura.

—¿En Historia del Arte? —dijo él con desdén—. Estoy seguro de que le ha resultado muy útil.

—En mi profesión, mucho —dijo ella fríamente—. Como parece que sabe tantas cosas sobre mí, estoy segura de que habrá descubierto que tengo mi propio negocio de antigüedades.

—Sé que le gusta jugar a las tiendas en un pequeño establecimiento en Brighton. Pero The Treasure Trove no es un negocio muy próspero, ¿verdad?

Grace frunció el ceño.

—Oh, vamos —se burló él—. Apenas gana lo suficiente como para pagar sus gastos.

—Es cierto que mis ganancias no han sido tan buenas como yo esperaba, pero lleva tiempo ganar una buena reputación en el mundo de las antigüedades —farfulló Grace.

Antes de haber abierto su tienda, le había encantado su trabajo como catalogadora en una casa de subastas londinense, pero su vida se había detenido cuando hubo roto su compromiso con Richard

Quentin. Con el corazón destrozado ante el engaño de éste, había regresado a Brighton, y con el apoyo de su padre había abierto The Treasure Trove. Pero durante el primer año de actividad, el negocio había marchado despacio. Tras pagar las facturas, le quedaba poco dinero para sus gastos.

—Yo debería compartir la culpa por todo este terrible embrollo —dijo con la voz ronca—. Tengo que aceptar el hecho de que mi padre robó de su banco, no sólo para pagar los gastos médicos de mi madre, sino porque quería continuar ofreciéndome el estilo de vida al que yo había estado acostumbrada. No sabe lo mal que eso me hace sentir.

—Y supongo que estará enfadada ante el hecho de que su estilo de vida va a tener que cambiar —dijo Javier burlonamente—. Haber perdido su principal fuente de ingresos debe de ser muy inconveniente, pero me temo que mi banco, con la ayuda de la mano tan larga que tiene su padre, no está dispuesto a seguir corriendo con sus gastos.

—¿Está sugiriendo que yo sabía lo que mi padre estaba haciendo?

—¿Espera que crea que no lo sabía? No soy tonto, señorita Beresford. Está bastante claro que tiene mucha influencia sobre su padre —dijo Javier—. Durante toda su vida usted se ha sentado y ha permitido que él la mimara y, ahora que su mundo se está viniendo abajo, le está entrando el pánico.

El duque continuó hablando, mirándola con frialdad.

—¿Qué esperaba conseguir viniendo aquí? —exigió saber—, ¿Realmente pensaba que iba a ser capaz de convencerme de que hiciera la vista gorda ante una malversación de fondos de tal magnitud? Quizá sus lágrimas funcionen con su padre, pero no tienen ningún efecto sobre mí —añadió con severidad. Entonces miró el reloj que había en la pared—. Sus dos minutos han concluido.

—Vine a ofrecerme a pagar el dinero que mi padre tomó de su banco. Ya he fijado un precio de venta de Littlecote y de mi tienda, que junto con las acciones que me dejó mi madre pueden hacer que consiga dos millones de libras.

—¿Y qué pasa con el otro millón? —preguntó Javier fríamente.

—Hablo español. Pensé que quizá pudiera trabajar para el banco hasta que la deuda quedara pagada… Sin que me diera un sueldo, desde luego.

—¡Dios! ¿Cree que le permitiría acercarse a mi banco? Ya hemos tenido suficiente con un Beresford metiendo sus manos en la caja.

¿Y cómo iría usted a vivir sin ganar un salario? Se tardarían años en devolver un millón de libras, incluso descontando los intereses. La idea es ridícula. Usted no tiene nada que ofrecer que yo encuentre del mínimo interés.

A pesar de todo, a pesar del hecho de que aquel hombre era el demonio encarnado, Grace no pudo evitar que un temblor le recorriera el cuerpo. Se preguntó qué le ocurría y cómo podía permitir que él tuviera aquel efecto sobre ella.

Él era extremadamente *sexy*, y ella sintió el salvaje deseo de desabrocharle la camisa y quitársela para así poder acariciarle el pecho. Pero, cercana a la histeria, pensó que no era un buen momento para que su sensualidad aflorara; tenía que concentrarse en salvar a su padre de una sentencia judicial.

—Si mandan a mi padre a la cárcel, quedará destruido —susurró —. La muerte de mi madre le dejó abatido, y no creo que pueda soportar muchos más golpes emocionales. Tengo miedo de que se suicide, y le suplico que muestre indulgencia —imploró, mordiéndose el labio inferior para aguantar las lágrimas—. Si accede a retirar los cargos contra él, haré lo que pida.

—¿Cualquier cosa? ¿Tengo que entender que está ofreciéndome los servicios del oficio más antiguo del mundo? ¿Cuántas noches de pasión cree que me compensará por un millón de libras? —dijo, mirándola despacio de la cabeza a los pies.

—¡No quise decir… eso —espetó Grace con vehemencia—. Esperaba que pudiéramos llegar a algún tipo de acuerdo… —dejó de hablar al darse cuenta de que poco más que su cuerpo era lo que ella le podía ofrecer a un duque multimillonario. Pero se preguntó cómo se había atrevido él a pensar que ella había ido allí a ofrecer sexo. La sola idea era desagradable, y ni por un momento iba a admitir que le tentaba.

Cerró los ojos cuando él se acercó a ella y pudo oler su fragancia, fresca y exótica, ante lo que la excitación se apoderó de ella.

—Quizá compartir mi cama no le parezca algo tan horrible, ¿verdad? —sugirió Javier con el brillo reflejado en sus dorados ojos —. De hecho, por la invitación que reflejan sus increíblemente expresivos ojos, debería ser usted la que me pagara para complacerla.

—No lo creo —dijo ella entre dientes, muy avergonzada. Entonces se echó para atrás.

Pero él la tomó de la barbilla y le levantó la cara para que lo mirara a los ojos.

—No estoy ciego, señorita Beresford. Puedo ver la manera en la que sus ojos se oscurecen cuando me miran y cómo le tiembla la boca, de una manera muy tentadora… suplicando ser besada —murmuró él, utilizando un tono muy delicado—. Ambos nos hemos percatado de la química que hay entre nosotros y, admitámoslo, hay peores maneras de ganarse la vida.

Grace se preguntó si él hablaba en serio al sugerir que ella se convirtiera en su amante durante las noches necesarias hasta que la deuda de su padre estuviese pagada. Y si así era, se preguntó si él esperaría cierto nivel de pericia bajo las sábanas, ya que, con su limitada experiencia, pagarle le podía llevar el resto de su vida. Pero lo que le enfadó fue darse cuenta de que estaba considerando aquello.

—Me temo que convertirme en su mujerzuela no es una opción que yo fuese a considerar —espetó—. Antes preferiría morir.

—Entonces ambos estamos de suerte ante el hecho de que no me guste sacrificar vírgenes —se mofó él.

Grace se ruborizó y se preguntó cómo lo sabía… si ella lo llevaba tatuado en la frente.

—Nunca he pedido favores sexuales y no voy a comenzar ahora —informó él arrogantemente, poniéndole la mano a ella sobre el hombro y acercándola a la puerta—. Ya me ha hecho perder bastante tiempo. Le sugiero que se marche a casa y que contrate los servicios de un buen abogado. Angus lo va a necesitar.

El sentido común le advirtió a Grace de que guardar silencio era su opción más digna, pero nunca antes se había sentido tan enfadada como en aquel momento.

—Es usted muy cruel. Sé que mi padre ha actuado mal y, créame, también lo sabe él. Si pudiera verlo, se daría cuenta de que está destruido por la culpabilidad que siente. Pero tomó el dinero por amor y porque no veía otra manera de arreglar las cosas —le tembló la voz por la emoción al recordar las últimas semanas de vida de su madre.

Pero la expresión de aburrimiento de Javier reflejaba su falta de interés en todo aquello.

—Usted no tiene idea de lo que es la vida real, ¿verdad? Nació entre riquezas y se sienta aquí, en su castillo, tratando a todo el mundo con prepotencia. ¿Sabe una cosa? Siento pena por usted —dijo ella amargamente—. No creo que nunca haya experimentado el amor ni que nadie lo haya amado.

—Quizá tenga razón —dijo Javier, frunciendo el ceño. Abrió la puerta y la sacó al pasillo—. Pero, permítame que le diga una cosa;

tener aventuras amorosas es lo que me gusta. Adiós, señorita Beresford.

—¡Espere! —exclamó Grace, introduciendo el pie para evitar que la puerta se cerrase—. ¿Quiere que le suplique? ¿Es eso? —preguntó, desesperada—. Porque haré lo que sea para salvar a mi padre.

Mientras hablaba se puso de rodillas, dejando a un lado su orgullo.

—No voy a permitir que mi padre vaya a la cárcel. Debe de haber algo en lo que yo le sea útil a usted… cocinaré, limpiaré… fregaré sus suelos. No le temo al trabajo duro y haré lo que sea… siempre y cuando sea moral —dijo, mordiéndose el labio inferior y mirándolo.

Javier la miró y pensó que el aire de inocencia de aquella mujer era muy intrigante, ya que él sabía, debido a la investigación que había realizado, que ella había estado comprometida con un agente de seguros londinense llamado Richard Quentin. Se preguntó por qué no se libraba de ella en vez de estar fantaseando con acariciar con sus labios los de ella, que parecían muy suaves y carnosos.

—¿Por qué ha venido a verme a mí? —preguntó con dureza—. ¿Por qué no le ha ofrecido sus… —se detuvo y, resueltamente, le miró los pechos— servicios a otro hombre rico?

—No conozco a ninguno —contestó Grace claramente—. Y, como Littlecote está a punto de venderse, no tengo nada que ofrecer como garantía para un préstamo bancario. No me quedan más opciones. Señor Herrera, hablo en serio cuando digo que quiero devolver el dinero que tomó mi padre… cada penique —añadió al ver que él no parecía impresionado—. Todavía no sé cómo, pero de alguna manera pagaré la deuda de mi padre. Todo lo que le estoy pidiendo es que me dé tiempo y que acceda a no llevar el caso a los tribunales.

Por alguna razón, el ver a Grace de rodillas hizo que Javier se impacientara y se apartó de ella. El sentido común le decía que ella era una mujerzuela egoísta que había coaccionado a su padre para que abusara de su posición en el banco para así mantener su extravagante estilo de vida. Pero era una mujer encantadora. Apenas podía pensar con claridad cuando ella lo miraba con aquellos enormes y preciosos ojos azules. Y tenía valor… debía de querer mucho a su padre para haber ido hasta allí a suplicarle. Ella no se merecía ni su respeto ni su compasión pero, ante su enfado, sentía ambas cosas por ella.

Se le había ocurrido algo que no podía ignorar. No necesitaba ni

una cocinera ni una mujer de la limpieza, pero supo de una manera en la que ella podía serle de utilidad… y era moral.

—Levántese, señorita Beresford —dijo con frialdad—. Ha dicho que está preparada para trabajar para mí si yo retiro los cargos contra su padre, ¿no es así?

—Sí —dijo Grace, esperanzada—. Ya se lo he dicho, haré lo que sea —aseguró ella con entusiasmo.

—En ese caso, supongo que no pondrá ninguna objeción a ser mi esposa, ¿no?

—Está bromeando, ¿no es así? —dijo ella entre dientes.

—Estoy hablando en serio. Me encuentro en la nada envidiable situación de tener que encontrar una esposa antes de mi próximo cumpleaños… y permanecer casado con ella durante un año.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —preguntó Grace, murmurando.

—Dentro de dos meses.

—Entonces sí que es urgente.

Grace pensó que todo aquello parecía muy surrealista. Javier la estaba mirando, y ella no pudo ignorar la tensión sexual que había entre ambos…

—Siéntese, señorita Beresford… aunque ahora que estamos comprometidos en matrimonio será mejor que te llame Grace.

—Todavía no he dicho que sí —espetó ella, indignada ante el autoritarismo de él.

—¿No habías dicho que no te quedaba otra alternativa?

—Así es, pero parece que tú te encuentras en la misma situación —dijo Grace, sentándose en una silla y llamándole a su vez de tú.

Le complació saber que quizá él la necesitara tanto como lo necesitaba ella a él, lo que la colocaba en una situación poderosa para negociar.

—¿Por qué tienes que casarte? —exigió saber.

Por un momento pensó que él no iba a contestar, y pudo ver el enfado reflejado en sus ojos.

—Según las cláusulas establecidas en el testamento de mi abuelo, debo elegir una esposa o perderé el control del Banco de Herrera ante mi primo —dijo con cierta amargura.

—Parece que el banco es muy importante para ti.

—Es mío por derecho de nacimiento y es lo único que me importa —le corrigió Javier.

—Ya veo —dijo Grace—. Por lo que he oído, no te faltan mujeres. ¿Por qué no le pides a una de ellas que se case contigo?

—Porque cuando llegara el momento de deshacerme de ellas tendría que pagar muchísimo dinero. El matrimonio será un

negocio, nada más, pero menciónale la palabra «boda» a cualquier mujer y parece que la enlazan con la ridícula idea del amor.

—¿Tienes miedo de que, si eliges a una de tus novias, se enamore de ti? —dijo Grace—. Tu arrogancia me deja sin palabras. ¿Qué te hace pensar que eres tan especial?

—Una fortuna multimillonaria —contestó Javier con sequedad —. Aprendí rápidamente que, en lo que a mujeres concierne, el dinero es lo que las excita más… eso y el poder. Después de todo es la razón por la que estás aquí, Grace. Quieres que retire los cargos contra un vulgar ladrón. Un hombre que pagó la confianza que yo había depositado en él traicionándome y abusando de la posición que le había otorgado.

—No fue así —insistió ella, ruborizada—. Ya te lo he dicho; mi padre se encontraba en una situación desesperada y no tenía otra opción.

Javier se acercó a ella, que inmediatamente se sintió agobiada por el magnetismo de él.

—Todos tenemos alternativas, Grace. Tú puedes elegir darme un año de tu vida y a cambio yo te aseguro que tu padre se verá a salvo de un proceso judicial.

—No creo que pueda hacerlo —dijo ella, embelesada por los preciosos ojos dorados de él—. El matrimonio es algo especial… sacrosanto. Trata de dos personas que se ponen de pie debajo de Dios y se prometen amarse el uno al otro durante el resto de sus vidas. Lo que tú estás sugiriendo es… inmoral.

—¿Y robar tres millones de libras no lo es? Creo que deberíamos dejar el tema de la moralidad apartado de todo esto, Grace —murmuró Javier sardónicamente—. Tú quieres asegurarte de que a tu padre no lo sentencian, y yo puedo ayudarte. ¿No es mejor convertirte en la duquesa de Herrera que fregar mis suelos? —gruñó, impaciente.

—No me gusta la idea de mentir —dijo ella entre dientes, preguntándose qué otra opción tenía en realidad. Si no se casaba con él, sin duda su padre iría a prisión.

Tenía que hacerlo.

—Está bien —dijo repentinamente—. Me casaré contigo. Accederé a tu negocio y me convertiré en tu esposa durante un año, pero a cambio quiero que todas las deudas de mi padre se cancelen, con dinero de tus fondos personales —continuó en un tono frío que esperó camuflara el acelerado ritmo de su corazón—. Y quiero que me asegures por escrito que retirarás cualquier acción legal contra él… Cuando hayas hecho todo eso, me casaré contigo.

Javier puso ambas manos en los reposabrazos de la silla de Grace, enjaulándola en ella.

—Tienes mucha autoestima. Quizá demasiada —dijo entre dientes—. Parece que te olvidas de que yo soy el que manejo los hilos en esto. ¿Qué harías si te pongo en evidencia y te echo de aquí sin un penique?

—No harías eso —dijo ella con una calmada voz que ocultaba su nerviosismo—. Tú me necesitas tanto como te necesito yo a ti, porque te garantizo que desde el primer día de nuestro matrimonio estaré contando las horas hasta que nos divorciemos con tantas ganas como tú. No hay ninguna posibilidad de que me enamore de ti —añadió, levantando la barbilla.

Podía sentir el poder y la necesidad de él de someterla a su voluntad, pero ella se negaba a que la intimidara.

La tensión que había entre ambos era tal que parecía que la situación iba a explotar. Durante un loco momento, ella se preguntó qué haría él si lo abrazara y lo besara.

Un calor sensual se apoderó de ella y, al mirarlo a los ojos, supo que él también sentía aquel deseo. Contuvo el aliento al observar cómo él bajaba su cabeza. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al sentir cómo, en vez de besarla, la tomó del pelo para que levantara la cabeza.

Javier sonrió al darse cuenta de la decepción de ella.

—No eres la frágil flor que al principio pensé que eras, ¿verdad, Grace? Tu delicada belleza oculta una astuta mente que casi se equipara con la mía.

Antes de que ella pudiese reaccionar, Javier la besó, exigiendo que ella respondiera, como si fuese su derecho divino.

—Tenemos un acuerdo, señorita Beresford. Nos casaremos en cuanto sea posible. Me da la impresión de que va a ser un año interesante —añadió burlonamente.

El miedo se apoderó de Grace, pero se levantó y lo miró con frialdad.

—Pues a mí me parece que va a ser el peor año de mi vida.

—Estoy seguro de que encontrarás alguna compensación al ser la esposa de un multimillonario —contestó él—. Piensa en todas las compras que podrás realizar.

Entonces se dirigió a su escritorio y tomó el teléfono para dar una serie de órdenes, sin dejar que Grace le dijera que preferiría morirse antes que gastarse un céntimo de su dinero.

Ella se dirigió hacia la puerta, pero la cortante voz de él la detuvo.

—¿Adónde crees que vas?

La arrogancia de él provocó que ella se enfureciera, pero no quería poner en peligro la libertad de su padre, y sonrió, vacilante.

—A montarme en mi coche y a marcharme a Granada. ¿Quieres que espere allí durante un par de días o debo volver a Inglaterra y esperar a tener noticias tuyas?

—Nada de eso —contestó él con serenidad—. Me marcho a Madrid en unos minutos, y tú vienes conmigo.

Capítulo 4

Las oficinas madrileñas del Banco de Herrera eran muy elegantes, pero Grace se estaba cansando de esperar… por muy lujoso que fuese el entorno.

—La señorita Beresford desea saber si usted espera que ella se quede sentada aquí en recepción todo el día —le preguntó Isabel a su jefe.

—Dígale que tendrá que quedarse ahí hasta que yo termine este informe —espetó Javier, apenas levantando la mirada del ordenador.

Él le estaba haciendo un inmenso favor a Grace librando a su padre de una sentencia judicial, y lo menos que podía hacer ella era mostrar un poco de gratitud. Pero en vez de eso, había estado durante todo el viaje en avión hasta Madrid quejándose de que quería marcharse a su casa con su padre, y él estaba comenzando a tener serias dudas de si debía casarse con ella. Grace era una bruja… aunque muy guapa.

Mientras trabajaba en el informe, no podía quitarse de la cabeza los delicados rasgos de ella y sus preciosos ojos. Maldiciendo, se levantó y se acercó a mirar por la ventana.

Le gustaba Madrid en primavera y comercialmente era un acierto tener la principal oficina del Banco de Herrera en el centro de la ciudad española más importante. A su vez le encantaba pasar tiempo en su lujoso ático, situado en uno de los elegantes barrios de la capital. Pero su corazón estaba en Andalucía, y su hogar siempre sería el Palacio del León.

Habiendo pasado sus primeros diez años de vida viviendo en una sucia caravana, al principio le había intimidado el tamaño y la majestuosidad del castillo. Incluso en aquel momento podía recordar lo bien que se había sentido al haberse enterado de que por fin pertenecía a un lugar. El castillo era su hogar, su herencia. Eso le había dicho su abuelo. Ya no había tenido que volver a hacer viajes interminables ni había tenido que esperar en las escalerillas de la caravana mientras su madre había entretenido a sus numerosos amantes y su padre había desaparecido durante días.

Se puso tenso al recordar cuando Grace le había dicho que él estaba aislado de la vida real. Ella no sabía nada sobre él; había estado en lugares que ella ni siquiera podía imaginarse.

Durante sus primeros diez años de vida había conocido la pobreza y el hambre, el miedo y la soledad, sensaciones que incluso tras veinticinco años todavía le asaltaban en sueños.

—Isabel, dígale a la señorita Beresford que entre, por favor.

Javier se sentó tras su escritorio y miró por encima a Grace cuando ésta entró, acercándose a él.

—¿Qué es lo que pasa? Te dije que tenía que asistir a una importante reunión y que después tenía que preparar un informe —espetó—. ¿Eres siempre tan impaciente?

Durante unos segundos, Grace se sintió muy intimidada. Javier era muy arrogante y poderoso, pero a la vez muy *sexy*. Tenía el bienestar de su padre en sus manos, pero todo lo que ella podía hacer era mirarlo como una quinceañera que se acabara de enamorar.

En cuanto habían llegado a las oficinas, él se había introducido en sus dependencias privadas, donde debía de haberse duchado y cambiado de ropa. Verlo vestido con un traje de chaqueta le había impresionado, ya que le daba un aire de sofisticación urbana.

—¿Yo impaciente? —murmuró, indignada—. Fuiste tú el que insististe en traerme a rastras a Madrid sin darme la oportunidad de hacer mi maleta con calma. Ni siquiera sé por qué estoy aquí… a no ser que sea para que me siente y sea decorativa.

—En realidad, la razón por la que te he traído aquí es muy simple —dijo él—. Esta noche vamos a asistir a un importante banquete que se ofrece en honor a los empresarios más importantes de Madrid, así como a la élite social. Pero primero tenemos que ir de compras.

—Date prisa y baja del coche. Y deja de estar tan malhumorada —le dijo Javier a Grace varias horas después.

—No estoy malhumorada —espetó, indignada—. Simplemente estaba… aclarándome las ideas —dijo, pensando que era mejor guardarse esas ideas para ella misma—. Quizá a ti te guste vivir la vida alocadamente, pero no puedes esperar que yo haga lo mismo.

—Lo que espero es que bajes del coche y que montes en el ascensor en cinco segundos… a no ser que quieras que te lleve yo en brazos —dijo él, frunciendo el ceño.

—¡No me pongas tus malditas manos encima! —exclamó Grace, enfurecida.

Parecía que Javier Herrera le hacía perder el control y sacaba a relucir lo peor de ella.

Abrió la puerta del coche y salió al aparcamiento subterráneo, dirigiéndose hacia el ascensor. Javier le había informado de que el

banquete que se iba a celebrar aquella noche sería la ocasión perfecta para anunciar su compromiso. Se casarían en tres semanas, cosa que a ella no le había hecho mucha gracia, pero él, como siempre solía hacer, se saldría con la suya para no perder el control del Banco de Herrera.

Habían pasado la tarde de compras por las más exclusivas *boutiques* de la ciudad, y Javier había elegido personalmente la ropa de la que pronto se convertiría en duquesa de Herrera. Había ignorado la negativa inicial de Grace de aceptar nada suyo y había señalado que el precio que iba a pagar por aquella ropa no era nada comparado con lo que ya había pagado por ella.

Grace se dio cuenta de que había vendido su alma al diablo; su padre quedaría libre de culpa, pero ella sería prisionera de Javier durante todo un año.

—No me puedo creer que me hayas comprado tanta ropa —murmuró mientras se dirigían al ascensor—. Ya te dije que no la necesitaba; tengo mi propia ropa.

Javier, que llevaba una multitud de bolsas y cajas en las manos, apretó el botón del último piso.

—Dejemos una cosa clara, querida. Durante el próximo año serás mi esposa, ¡que Dios me ayude! Cuando estemos en público, espero que actúes y que vayas vestida como una duquesa más que como una colegiala mal vestida… ¿entendido? Lo que hagas en privado es cosa tuya… por lo que a mí respecta puedes pasearte por la casa desnuda. ¿Quién sabe? Podría darle un toque picante a nuestra relación —murmuró.

—¡Ni lo sueñes! —le dijo Grace mordazmente, ignorando cómo se le había acelerado el corazón—. ¿Y qué quieres decir con eso de «mal vestida»? ¿Qué hay de malo con mi aspecto? —preguntó. Pero al mirarse en el espejo del ascensor tuvo que reconocer que el vestido que llevaba era bonito, pero no elegante.

Comparada con la sofisticada secretaria de Javier y con las modernas dependientas que la habían ayudado a probarse ropa, a ella le faltaba mucho estilo.

Cuando llegaron al piso del ático de Javier, pudo ver que parecía de estilo histórico, pero al entrar en él observó que la decoración era moderna y minimalista. Las habitaciones eran grandes y frescas, con suelos de madera y enormes ventanas que dejaban pasar la luz.

Era claramente un apartamento de soltero; era muy bonito pero impersonal, como su propietario.

Deseó poder estar en Littlecote, pero aquélla ya no era su casa;

estaba en venta, y ella ya no tenía ningún lugar que pudiera llamar hogar, aparte de la casa de su tía Pam en Eastbourne, donde se estaba quedando su padre hasta estar lo suficientemente recuperado como para retomar las riendas de su vida.

—¿Qué ocurre ahora? Parece que hubieses visto un fantasma —dijo Javier con dureza.

—Estaba pensando en mi padre; espero que esté bien —dijo ella—, ¿Cuándo retirarás los cargos contra él? Espero que pronto.

—Mi equipo legal ya está trabajando en ello, pero tienes que entender que su caso está en manos de la justicia británica. Mis abogados no pueden hacer mucho.

—Bueno, pues será mejor que lo hagan rápido, porque a mí no me pones un anillo de boda hasta que mi padre esté libre de cualquier procedimiento judicial.

—Dios, eres tan irrespetuosa —gruñó Javier, quien no estaba acostumbrado a recibir órdenes.

Estuvo a punto de decirle que el acuerdo había terminado. Podría encontrar una esposa en otra parte.

Cualquiera sería mejor que aquella mujer endemoniada… aunque tenía que reconocer que tenía la cara de un ángel. Pero ella le debía una cosa; era culpa de Angus Beresford que su abuelo hubiese dudado de sus habilidades para dirigir el banco, y era justo que un Beresford fuera castigado… ojo por ojo y diente por diente. Un año de la vida de Grace a cambio de la libertad de su padre.

—Respeto lo que se merece ser respetado —dijo ella con desdén.

Durante un momento, Javier pensó que no iba a ser capaz de controlar su enfado. Con el tiempo había aprendido a controlar su genio, pero Grace Beresford sacaba a florecer lo peor de él. Al ver miedo reflejado en la cara de ella se preguntó si pensaba que le iba a pegar, cosa que él jamás haría. Abominaba a los hombres que maltrataban a las mujeres.

—El caso de Angus quedará anulado cuando sea posible, desde luego antes de nuestra boda. Tenemos un acuerdo —le recordó con gravedad—. Y a ambos nos beneficia que se cumpla.

—Gracias —ofreció ella, que repentinamente parecía joven y frágil.

Javier admiró a aquella mujer que tenía delante. No se parecía a ninguna otra mujer que él hubiese conocido. Su matrimonio prometía fuegos artificiales y no podía negar las expectativas que tenía de llevar a la cama a su pequeña arpía inglesa. Debía de haber alguna compensación ante el hecho de tener que estar atrapado durante un año en matrimonio.

—Te llevaré a tu habitación —dijo él repentinamente.

Observó la expresión de alivio de la cara de ella y se preguntó si habría estado preocupada por si él insistía en probar la mercancía antes de comprar. Pero tuvo que reconocer que se le había pasado por la mente; parecía que desde que la había tomado en brazos en el castillo estaba en un estado permanente de excitación y le tentaba explorar la química que ardía entre ambos.

Pero aquél no era el momento, ya que el banquete al que iban a asistir se celebraba en menos de dos horas.

Grace siguió a Javier por el pasillo hasta una habitación grande y elegantemente decorada.

—El cuarto de baño está ahí —dijo él, señalando una puerta en el extremo de la habitación—. Te sugiero que hagas uso de él y que te prepares para esta noche. La ocasión exige ir muy bien vestido y, en el futuro, tendremos que comprarte vestidos de noche a medida. Hasta entonces, tendrás que arreglártelas con uno de los vestidos que hemos comprado hoy. El de seda azul estará bien —ordenó arrogantemente.

—¡No soy una campesina! Sé cómo vestirme, sabes —espetó Grace.

—Bien, te veré en una hora —dijo él, dirigiéndose hacia la puerta. Entonces se detuvo—. Obviamente comeremos en el banquete, pero no será hasta por lo menos las nueve. Hoy es el día libre de Pilar, mi ama de llaves, pero si tienes hambre, puedo prepararte algo.

Aquel ofrecimiento impresionó a Grace.

—Por el momento no tengo hambre —contestó—. Pero… gracias.

Javier frunció el ceño, pero no dijo nada más. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Fue entonces cuando Grace respiró con tranquilidad y se sentó en la cama. Se agobió al pensar en lo que había accedido a hacer; convertirse en la esposa de Javier Herrera. Se tapó la cara con las manos y sintió como si hubiese saltado desde un avión sin paracaídas.

Se preguntó cómo iba a ser capaz de vivir con él durante un año. Aquel hombre la intrigaba y la aterrorizaba al mismo tiempo. Quizá él se suavizaría, pero al recordar sus duras facciones su esperanza murió; él no tenía ninguna amabilidad que dar. Seguramente su ofrecimiento de prepararle algo de comer había sido porque no había querido que ella se desmayase de hambre en la fiesta a la que iban a asistir.

Todo lo que hacía Javier tenía un motivo oculto. Como su matrimonio. Con un poco de optimismo pensó que quizá ni siquiera fueran a tener que pasar tiempo juntos. Tal vez incluso ella podría regresar a Inglaterra junto a su padre.

Pero cuando se metió en la ducha y recordó la manera en la que él la había mirado, como desnudándola con la mirada, se preguntó si en tres semanas él podría exigirle que compartiera su cama. Emitió un leve grito y se dijo a sí misma que él no lo haría… Aunque de todas maneras ella se negaría. Pero podría tener una batalla por delante, si no una guerra, porque ella tenía claro que no se entregaría a un hombre al que no amara y quien no la amaba a ella.

Cuando salió de la ducha y se dirigió de nuevo a la habitación, pensó que había estado muy cerca de hacer eso mismo. Había estado perdidamente enamorada de Richard Quentin y había pensado que él también la había amado a ella. Nada más haberlo conocido se había enamorado de él. Hasta aquel momento ella había tenido pocos novios. El haberse ocupado de su madre y el haber tratado de apoyar moralmente a su padre había acabado con todas sus energías. Había conocido a Richard poco después de la muerte de su madre, cuando todavía había estado muy vulnerable.

Tras mirar en las bolsas la ropa que Javier le había comprado, se acercó a la ventana, desde la cual se divisaba el palacio real y los jardines que lo rodeaban, preguntándose qué habría visto Richard en ella al haberla conocido en Londres. Él nunca había tratado de llevarla a la cama; le había asegurado que no le importaba esperar a que se casaran.

Incluso en aquel momento no entendía por qué Richard había fingido ser el perfecto novio enamorado. Se preguntó si, de no haberlo encontrado en la cama con su ama de llaves polaca, él habría seguido adelante con toda aquella farsa.

Le había dolido tanto haber encontrado a su novio en la cama con otra mujer, que le habían dado igual todas las súplicas de él. Destrozada, había regresado a su casa familiar de Brighton. Y desde entonces, aunque quizá fuese anticuado, se había dicho a sí misma que no se acostaría con ningún hombre hasta que no encontrara a su alma gemela.

Dejó de pensar en el pasado al darse cuenta de que ya había transcurrido media hora y que todavía tenía que secarse el pelo y vestirse. Aunque le encantaba la ropa, no se había divertido comprando aquella tarde y había odiado el hecho de que Javier hubiese pagado. Sacó el vestido de seda azul que él había sugerido

y de otra bolsa sacó la única prenda que había comprado ella; un vestido negro largo y con cuello alto. A Javier no le había gustado, por lo que ella lo había pagado a sus espaldas.

Se lo puso y se arregló el pelo en un moño. Era una pena que el color negro la hiciese parecer tan pálida, pero ya era tarde para cambiarse y, además, se negaba a que él le dijese cómo tenía que vestirse.

Javier estaba esperándola en el salón. Grace se acercó con la cabeza bien alta, negándose a reconocer lo acelerado que tenía el corazón. Pero cuando llegó a la puerta del salón se detuvo y lo miró. Pensó que aquel hombre era guapísimo. Su traje negro acentuaba su altura y la anchura de sus hombros. Pero entonces él se dio la vuelta y la vio, con el enfado reflejado en los ojos.

—¿Qué demonios te has puesto? Dios, parece que vayas a ir a un funeral en vez de a celebrar nuestro compromiso.

—Quizá eso sea porque considero que nuestro compromiso no hay que celebrarlo —contestó ella—. El negro va en concordancia con mi humor.

—Te juro que acabarías con la paciencia de un santo, señorita Beresford —gruñó Javier mientras se acercaba a ella y la agarraba de los hombros, llevándola de nuevo a su habitación—. Y yo soy el hombre menos piadoso de este planeta. Tienes dos minutos para cambiarte y quitarte esa ropa de viuda. Ponte el vestido azul.

—¿O…? —le retó Grace, que nunca antes se había sentido tan enfadada.

—O te lo quitaré yo mismo, más rápido de lo que te puedas imaginar —dijo él, esbozando una fría sonrisa—. Aunque tengo que admitir que quizá tardara más para vestirte —murmuró—. Incluso llegaríamos tarde al banquete, pero nuestros anfitriones seguramente perdonaran nuestra acalorada pasión dado que estamos comprometidos.

—Eres despreciable, y no voy a seguir adelante con esto —dijo Grace, sintiendo cómo lágrimas de furia escocían sus ojos—. No podría estar casada contigo ni cinco minutos, por no hablar de un año.

Javier se encogió de hombros con indiferencia y sacó su teléfono móvil de su chaqueta.

—Está bien… cancelaremos todo —hizo una pausa—. Pensaba que te importaba tu padre, pero obviamente estaba equivocado. La única persona que te importa eres tú misma, no es así, ¿Grace?

—Sabes que haría cualquier cosa por él —susurró ella, que sabía que no tenía otra manera de salvar a su padre que casándose con

Javier. Se humedeció los labios.

—Tienes dos minutos, Grace —advirtió él, acercándole el vestido azul.

Ella lo tomó y se marchó al cuarto de baño.

Tuvo que reconocer que era un vestido precioso y que el color que tenía le quedaba mucho mejor que el negro. Era elegante y *sexy* a la vez. Tenía el escote más bajo que ella nunca había llevado.

Entonces, respirando profundamente, abrió la puerta que daba a la habitación.

—¿Satisfecho? —exigió saber fríamente, incapaz de evitar temblar cuando él la miró.

—No completamente… ven aquí.

Grace se sintió como un perro al que llamaba su dueño, pero el brillo que reflejaban los ojos de él le advirtió que mantuviese la boca cerrada. Se acercó a él y emitió un leve grito cuando éste le dio la vuelta y pudo ver el reflejo de ambos en el espejo. Él, con delicadeza, comenzó a quitarle las horquillas que sujetaban su moño. Entonces, cuando ella tuvo todo el pelo suelto, comenzó a cepillarlo.

Aquello era increíblemente íntimo. El calor le recorrió a Grace por las venas y se apartó de él, pero Javier le dio un golpe en el trasero con el cepillo para que se estuviera quieta.

—No te muevas —dijo, con cierta burla reflejada en los ojos.

A ella le hubiera gustado cometer un asesinato, y apretó los puños. Pero entonces él comenzó a masajearle el cuello, y ella sintió cómo toda la tensión abandonaba su cuerpo.

—Ahí… ahora estás bien —dijo él, dejando el cepillo sobre el tocador y tomando algo de su bolsillo—. Aparte de un último toque.

Grace se quedó impresionada al ver el brillante anillo de zafiros y diamantes.

—¿Es realmente necesario? —preguntó con la voz ronca.

Sabía que muchas mujeres darían lo que fuera por tener aquel anillo, pero ella se sintió levemente enferma. Era más que un anillo… era una declaración de intenciones entre dos personas y un símbolo de su amor.

—Desde luego que es necesario. En cuanto anuncie nuestro compromiso, todos esperarán ver el anillo —le dijo Javier con cierto cinismo—. Dame tu mano —exigió.

Entonces la tomó él mismo, impaciente, ya que ella colocó ambas manos tras su espalda.

—Míralo como una inversión. Cuando nuestro matrimonio termine, siempre podrás venderlo.

—Cuando nuestro matrimonio termine, te lo devolveré, junto con todo lo demás que me has comprado. Quizá hayas comprado mi presencia en tu vida durante un año, Javier, pero nunca serás dueño de mi alma ni me robarás mi integridad.

—¿Integridad? —dijo él, frunciendo el ceño mientras le ponía el anillo.

A Grace le sorprendió que el anillo fuera de su talla. Tuvo que reconocer que era precioso, pero pesaba demasiado y controló el impulso de quitárselo.

—Es muy bonito… Espero no perderlo —murmuró mientras levantaba la mano para, a regañadientes, admirar el brillo de los diamantes.

Javier se quedó mirándola, y ella se ruborizó.

—Los zafiros van a juego con el color de tus ojos —murmuró él —. No creo que vayas a perderlo. Más o menos adiviné la talla y le pedí al joyero que lo achicara para ti —dijo, tomándole la mano y mirando los delgados dedos de ella—. Eres tan pequeña y frágil como un pajarillo.

La aterciopelada dulzura de la voz de él provocó que ella sintiera un escalofrío y que apartara rápidamente la mano.

—Soy más fuerte de lo que parezco —aseguró, levantando la barbilla para mirarlo a los ojos.

La sonrisa que esbozó Javier la dejó sin aliento, y no pudo apartar la mirada del bello rostro de él.

—Ya es hora de irnos —dijo el duque, ofreciéndole el brazo.

Grace, con el corazón en un puño, lo tomó. Había hecho un pacto con el diablo y ya no tenía otra opción que seguir adelante con ello.

Capítulo 5

—Ya estamos llegando al hotel —le dijo Javier a Grace mientras iban en la limusina—. Veo que el soplo que le di a la prensa ha tenido el efecto deseado… hay muchísimos *paparazzi*.

Entonces miró a Grace y frunció el ceño.

—¡Dios! ¡Sonríe, mujer! La prensa esperará que estés encantada al estar a punto de convertirte en la duquesa de Herrera, pero en vez de eso parece que te llevaran a la horca.

—No puedo evitarlo —farfulló Grace—. ¿Cómo puedo aparentar ser feliz en la peor noche de mi vida? Y, de todas maneras, ¿qué importa lo que piense la gente? ¿No sabe todo el mundo que te vas a casar para asegurarte el control del banco? —entonces se quedó mirando a Javier—. ¿Quién conoce las condiciones del testamento de tu abuelo?

Durante un momento pareció que Javier se fuera a negar a responder.

—Aparte de nosotros, sólo el abogado de mi abuelo, Ramón Aguilar. Y así es como quiero que permanezcan las cosas.

—¿Por qué insistió tu abuelo en que debías casarte antes de tomar posesión de la dirección del banco? —preguntó ella.

—Él pensaba que daría mejor imagen siendo un feliz hombre de familia que un *playboy*. Confieso que nunca he vivido la vida de un monje, querida —dijo, arrastrando las palabras—. Tengo… un gran apetito sexual. Pero mi abuelo consideraba que mi vida personal podía tener un efecto perjudicial en mi capacidad para manejar los negocios y que me llevaría a cometer errores.

—¿Ha sido así? ¿Has cometido errores?

—Sólo uno —contestó Javier, al que se le borró la sonrisa de la cara—. Designé a un hombre llamado Angus Beresford para dirigir la filial inglesa del banco.

—¡Oh, no! —exclamó ella, llevándose las manos a la boca—. ¿Sabía tu abuelo…?

—¿Qué el hombre en quien deposité toda mi confianza resultó ser un vulgar ladrón que abusó de su posición para malversar una fortuna del Banco de Herrera? Oh, sí, lo sabía. Mi abuelo se enteraba de todo. Durante años quiso que yo ocupara su puesto como cabeza del banco, pero cuando estaba ya muy enfermo se enteró del engaño de tu padre y le llevó a dudar de mi capacidad

para juzgar a las personas —explicó, riéndose tristemente—. Supongo que mi abuelo concluyó que una esposa cuidaría de mis deseos sexuales, dejando así libre mi mente para los negocios.

—¿Es así? —masculló Grace—. ¿Así ves nuestro matrimonio, Javier… como una manera de satisfacción sexual?

—Para mí, nuestro matrimonio es una maldita inconveniencia —le informó él duramente—. Y no tengo ninguna intención de permitir que nadie descubra la verdadera razón por la que nos casamos. Pero hay una cierta ironía en el hecho de que para acatar los requerimientos de mi abuelo voy a tener que casarme con la hija del hombre que provocó que él dudara de mí —dijo, mirándola de arriba abajo, deteniéndose en su escote—. Aunque puedo ver que habrá compensaciones por convertirte en mi esposa, querida.

—¿Qué clase de compensaciones? —preguntó ella con voz ronca, invadida por el pánico.

Había supuesto que su matrimonio sería sólo un matrimonio formal; no se le había ocurrido pensar que Javier esperara que ella cumpliera con las obligaciones de una esposa.

Cuando el automóvil se detuvo, respiró profundamente al ver a la prensa congregada a las puertas del hotel. Pensó que no podía hacerlo…

—Compensaciones como ésta… —comenzó a decir él, tomándola de la barbilla y besándola.

Grace pensó que no debería permitirle hacer aquello, pero parecía que su fuerza de voluntad le había abandonado. Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que había fantaseado con aquel beso desde que lo había conocido en el Palacio del León y, en aquel momento, en vez de rechazarlo, estaba temblando de excitación. El calor le recorrió las venas y no pudo evitar echarse sobre él, apoyándose en su musculoso pecho.

Javier estaba utilizando su lengua con una suave precisión, explorando los contornos de la boca de ella, que suspiró cuando él la introdujo entre sus labios y la tomó de la nuca para atraerla aún más hacia él. Ella, cautivada por la carga sexual del momento, lo abrazó, hundiendo sus dedos en el negro pelo de él.

Nunca antes se había sentido de aquella manera, ni siquiera cuando Richard la había besado. Nada la había preparado para aquellas llamaradas de deseo que amenazaban con agobiarla, y cuando sintió cómo Javier le acariciaba un pecho, gimió suavemente, acercándose aún más a él, queriendo más.

—Con eso será suficiente. Quiero que estés radiante, pero no como si acabaras de salir de mi cama y no pudieras esperar para

volver a meterte.

Aquel comentario sarcástico apagó la pasión que le había recorrido el cuerpo a Grace.

—Malnacido —susurró, apartándose de él.

—No creo que a la prensa le quepa ninguna duda de la pasión que hay entre nosotros, ¿no te parece, querida? Pareces entusiasmada con tu adorado novio… todo lo que tienes que hacer ahora es seguir fingiendo durante toda la noche.

La diversión que denotaba la voz de Javier dejaba claro que él se había dado cuenta de que ella no había fingido. Casi se lo había comido vivo, y se sintió enferma de vergüenza.

Cuando el chófer abrió la puerta de la limusina, Javier la agarró de la muñeca.

—Sonríe, querida, antes de que los fotógrafos comiencen a sospechar y yo te tenga que besar de nuevo —le susurró a la oreja —. Quiero que mañana todo el mundo vea en los periódicos que somos la pareja perfecta.

Estremeciéndose de resentimiento, Grace esbozó una sonrisa.

—Ambos sabemos que nuestro matrimonio ha sido concebido en el infierno —dijo entre dientes—. Dudo que vaya a lograr convencer a nadie de que estoy enamorada de ti.

Javier la agarró de la cintura, y ella sintió cómo le quemaba la piel.

—Pues yo pensaba que eras muy convincente —dijo él mientras la conducía dentro del hotel—. Pero si insistes, siempre podemos practicar más. Ahora, ahí viene nuestro anfitrión. Recuerda lo que nos estamos jugando con esto, Grace —advirtió suavemente—. La libertad de tu padre depende de que tú hagas una actuación digna de Hollywood.

El banquete se celebraba en un lujoso hotel, pero Grace tuvo que soportar la horrible experiencia de la cena, que pareció durar horas. Pero lo peor llegó tras los postres, cuando Javier se levantó y anunció su compromiso. Delante de todos los demás invitados, ella se vio forzada a levantarse y a aceptar las felicitaciones de la gente. Se brindó por la feliz pareja y, para su espanto, Javier la tomó entre sus brazos y la besó, deleitando a los espectadores.

Cuando por fin él dejó de besarla, ella se sintió completamente humillada. Se sentó en la silla, sin comprender cómo incluso habiendo sentido sobre ella las miradas de cientos de extraños, había sido incapaz de resistir la dulce seducción de los labios de Javier.

Mientras observaba cómo él se movía con gracia por la pista de

baile, se preguntó qué le estaba ocurriendo. Al terminar la cena había comenzado el baile y era obvio que todas las mujeres tenían sus ojos puestos en un hombre, lo que no la sorprendía.

No tenía nada que ver con sus riquezas ni con su poder, sino con lo fuerte, dominante e increíblemente *sexy* que era Javier. Parecía el prototipo de hombre con el que soñaban todas las mujeres.

Pero ella no tenía fantasías, o por lo menos no las había tenido hasta aquel momento. Siempre había asumido que no tenía mucho apetito sexual, y aquél no era un buen momento para descubrir que su libido estaba viva y empujando con fuerza.

—Parece que su novio la ha dejado sola. ¿Es por eso qué parece tan triste, señora Beresford?

Grace apartó la mirada de la pista de baile y miró a la mujer que se había sentado en su misma mesa. La condesa Mercedes de Reyes era la esposa de uno de los empresarios madrileños más influyentes. Terriblemente sofisticada y con dominio de varios idiomas, incluyendo el inglés, era, según supuso Grace, una cotilla consumada.

—No estoy triste, señora. Simplemente estaba… pensando —murmuró educadamente.

La condesa miró a la pista de baile, donde Javier todavía estaba bailando con una impresionante rubia. La música había dejado de sonar, pero parecía que ninguno de los dos se había percatado.

—Me gustaría saber en qué pensabas, querida —dijo con delicadeza.

Grace no pudo evitar volver a mirar hacia Javier. Su pareja de baile era la esposa de uno de sus socios de negocios y era perfectamente normal que él bailara con ella. Se dijo a sí misma que no había razón para sentirse despechada; su compromiso era una farsa, y a ella no le podía importar menos con quién bailara él.

—Estaba admirando la destreza para el baile de Javier —dijo Grace.

—Sí, el duque de Herrera es un excelente ejemplo de masculinidad, ¿verdad? Es un buen partido. Dime, querida… —la condesa se echó para delante—. ¿Cómo os conocisteis?

—Nos conocimos en uno de los viajes de negocios que Javier realizó a Inglaterra. Él es… amigo de mi padre.

—Pero no podéis conoceros desde hace mucho tiempo… ésta es la primera ocasión en la que se os ve juntos en público.

Grace se ruborizó y se chupó los labios, nerviosa, tratando de recordar la historia que Javier había inventado sobre su falso romance.

—Nos conocemos desde hace unos meses —explicó—. Pero al principio preferimos mantener nuestro noviazgo en secreto. Enamorarse es algo muy personal, ¿no le parece?

—Así que es una historia de amor —dijo la condesa, sorprendida —. No me lo esperaba de Javier. Parece que usted ha tenido éxito donde muchas otras mujeres han fracasado, señora Beresford. ¿Lo ama?

Grace notó un cierto toque de incredulidad en la voz de la condesa; estaba claro que no creía que el duque de Herrera hubiese elegido una mujer tan sosa como esposa. La indignación le recorrió el cuerpo y levantó la barbilla.

—Amo a Javier con toda mi alma —dijo con firmeza—. Es mi alma gemela y no puedo esperar a que llegue el día en que prometa pasar el resto de mi vida junto a él.

—Ah, Grace, me dejas sin aliento, cariño —dijo Javier, que acababa de acercarse a ellas.

—Yo también estoy impaciente porque llegue el día en que te conviertas en mi esposa.

Grace sabía por qué decía aquello; quería reclamar su puesto como cabeza del Banco de Herrera, y ella era simplemente un medio para conseguirlo.

—¿Bailas conmigo, querida?

Antes siquiera de que ella pudiese protestar, Javier la tomó entre sus brazos y la guió a la pista de baile, donde la abrazó estrechamente. Grace se tuvo que recordar a sí misma que aquello era parte del juego y que la manera en la que la estaba sujetando, como si ella fuese algo infinitamente preciado para él, era su manera de demostrarle a los demás invitados que estaban enamorados y que no podían quitarse las manos de encima.

—¿Es esto realmente necesario? —preguntó entre dientes cuando la banda comenzó a tocar una balada.

Javier la había agarrado tan estrechamente, que ella pudo notar cada músculo de su cuerpo.

—Creo que logré convencer a la duquesa de que estoy perdidamente enamorada de ti.

—Tengo que admitir que estoy impresionado con tu capacidad interpretativa, querida. Durante un momento casi me convences a mí también.

—Obviamente estaba mintiendo. No puedo imaginar que ninguna mujer en su sano juicio pierda la cabeza por ti. Es imposible quererte.

—Mi madre solía decir lo mismo.

Grace lo miró y vio que él estaba tratando de esconder sus pensamientos.

—Todas las madres quieren a sus hijos, ¿por qué diría eso? —dijo, abrazándolo con fuerza.

—Quizá porque es verdad —dijo él, mirándola.

Grace era tan pequeña, que temía hacerle daño y, ante su sorpresa, se dio cuenta de que estaba impaciente por estar a solas con ella. Por primera vez quiso explicarle a alguien por qué había apartado el amor de su vida.

—Mi madre se casó con mi padre por su dinero y, probablemente, por el prestigio de haberse convertido en la siguiente duquesa de Herrera —explicó con sequedad—. Desafortunadamente para ella, mi abuelo no era tan crédulo como su hijo. Le dio un ultimátum a mi padre; si se casaba con mi madre, perdería todo derecho sobre el castillo, el banco y la fortuna de los Herrera —continuó, esbozando una cínica sonrisa—. Siendo un tonto, mi padre eligió casarse con mi madre, y mi abuelo se negó a tener nada más que ver con él.

—¿Quieres decir que tu abuelo cortó relaciones con tu padre de por vida? —preguntó Grace, incapaz de ocultar su impresión—. ¿Nunca lo volvió a ver?

—Los Herrera cumplen su palabra —dijo Javier—. Mi abuelo sabía que el cerebro de mi padre ya estaba aturullado debido a las drogas, frecuentemente obtenidas por mi madre. Lo desheredó y lo echó del Palacio del León.

Grace, mientras seguían bailando, pensó que Carlos Herrera debía de haber sido un hombre despiadado para haberle hecho eso a su propio hijo, y no le sorprendía que su nieto hubiese heredado sus mismas cualidades.

—¿Y qué pasó contigo? Pensaba que tu niñez había transcurrido en el castillo.

—¿No querrás decir que pensabas que había nacido entre riquezas? —provocó Javier para recordarle las acusaciones que había vertido contra él cuando lo había visitado en el Palacio del León—. Los primeros años de mi vida los pasé como un campesino, viajando de un lado a otro… era como un niño gitano, tan salvaje como los perros que pertenecían al circo para el que mi madre trabajaba. Eso cuando no se ganaba la vida tumbada de espaldas…

Javier se rió amargamente. La frialdad se reflejaba en sus ojos.

—En cuanto se dio cuenta de que mi abuelo jamás la aceptaría, se volvió contra mi padre y contra el hijo que había concebido por accidente. Para ella yo era un fastidio y no me quería. Cuando

encontró un amante rico, me abandonó al cuidado de mi padre, que estaba medio loco.

—¿Qué ocurrió con él? —quiso saber Grace.

—Murió de una sobredosis meses después de que mi madre le hubiese abandonado. El pobre, a pesar de todo lo que ella le había hecho, todavía la amaba. Entonces aprendí que el amor es un sentimiento cruel y destructivo, Grace, y de niño prometí que no tendría lugar en mi vida. Al final mi abuelo se enteró de la muerte de mi padre. Hasta entonces él no conocía mi existencia, pero me llevó inmediatamente al castillo. Descubrí mi patrimonio y, créeme, querida, nada me detendrá para que logre mantener lo que es mío por derecho de nacimiento.

Grace se quedó mirándolo; de niña, sus padres la habían colmado de amor y afecto e, incluso una vez que hubo sido detectada la enfermedad de su madre, su vida en Littlecote había seguido siendo inmensamente feliz. No podía ni imaginarse por lo que tendría que haber pasado Javier.

—Es una historia terrible. No sé qué decir —murmuró, incapaz de controlar el leve temblor de su labio inferior.

—Yo no necesito que digas nada más que «sí, quiero» en nuestra boda. Para todo lo demás sugiero que mantengas la boca cerrada… aparte de cuando te bese, desde luego —dijo con dureza, arrepintiéndose de haber confiado en ella. Odiaba la idea de ser vulnerable.

La besó, explorándola con su lengua con tal delicadeza que Grace no pudo hacer nada para resistirse. No podía luchar contra él, no cuando el fuego le estaba recorriendo las venas, despertándole todos los sentidos. Pudo sentir la excitación sexual de él presionando sus muslos.

Una gran necesidad se apoderó de ella… y era Javier el único que la podía aliviar. Las caricias de la lengua de él la estaban volviendo loca, y cuando comenzó a acariciarle el trasero y la apretó con fuerza contra su cuerpo, ella tembló, invadida por el deseo. No le importaba que estuvieran en medio de la pista de baile; quería que él le levantara la falda y le hiciera el amor allí mismo.

Pero al darse cuenta de lo que estaba pensando, logró sacar fuerzas para apartarse de él. Al ver el brillo triunfal que reflejaban los ojos de él se puso enferma.

Esperó que en cualquier momento él fuese a hacer un comentario sarcástico. Observó cómo sus ojos se oscurecieron y sintió la repentina tensión que se apoderó de él. Pero, ante su sorpresa, él se dio la vuelta repentinamente y la sacó de la pista de

baile.

—Javier, ¿puedo robarte para el próximo baile? —murmuró la condesa.

—Me temo que no —respondió Javier fríamente—. Nos marchamos. Grace ha tenido un día muy largo y necesita acostarse.

—Ella parece una frágil flor, Javier —dijo la condesa, haciendo un mohín—. Ten cuidado y no la desgastes antes de vuestra noche de bodas.

No había respuesta ante aquello, o por lo menos no una que Grace pudiese pensar, ya que estaba como atontada. No podía mirar a Javier, y se quedó mirando al suelo. Aquel día le había parecido muy largo. Se preguntó si había sido aquella misma mañana cuando había ido al castillo para ofrecerle a Javier trabajar para él y pagar así la deuda de su padre.

Los *paparazzi* todavía estaban en la puerta del hotel pero, para alivio de Grace, Javier había perdido interés en impresionarlos y la escoltó a toda prisa a la limusina que les esperaba.

—¿Estás seguro de que no quieres posar para que hagan más fotografías de la feliz pareja? —preguntó ella, utilizando el sarcasmo para camuflar el efecto que tenía sobre ella aquel hombre.

—Creo que ya hemos dejado claro que nos vamos a casar por las razones correctas, ¿no crees, querida?, —contestó él—. Mañana, la mayoría de los periódicos europeos hablarán de nuestro apasionado romance.

Mientras se dirigían hacia el ático de Javier, Grace tuvo la sensación de que había algo preocupante en lo último que había dicho él, pero estaba demasiado cansada para pensar en ello.

Adormecida, sintió cómo comenzaron a cerrársele los ojos y cómo la cabeza le pesaba demasiado…

A su lado, Javier se puso tenso y miró la cabeza de ella, que reposaba en su hombro; tenía la boca entreabierta y parecía tan inocente como un niño.

Pero se recordó a sí mismo que era una ilusión. Grace era una mujer adulta que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. De alguna manera ella se había dado cuenta de que su aire de timidez y la manera en la que se ruborizaba cada vez que él la mirara le excitaba, pero nada de aquello era verdadero. Bajo aquella fachada de inocencia, ella era tan calculadora como cualquier otra mujer que él había conocido. Una mujerzuela mimada que había permitido que su padre arriesgara todo para que ella pudiese continuar con su extravagante estilo de vida y que estaba preparada a venderse a sí misma por motivos económicos… aunque tenía que

admitir que parecía motivada por salvar a su padre de la cárcel.

No se despertó cuando la limusina entró al aparcamiento subterráneo. Javier le puso una mano en el hombro para despertarla, pero no tuvo corazón para hacerlo. Entonces la tomó en brazos y se dirigió al ascensor que les llevaría a su ático.

Cuando llegaron, la llevó a su habitación y la tumbó en la cama, desabrochándole el vestido y admirando la belleza de aquella delicada mujer. Vestida sólo con un conjunto de braguita y sujetador blanco, era una deliciosa tentación contra la que él tuvo que luchar. Pensó que ya habría tiempo después de la boda para prenderle fuego a la explosiva carga sexual que había entre ambos. Tenía todo un año para disfrutar de la deliciosa naturaleza sensual de ella. Y Grace también disfrutaría… él era un experto amante que disfrutaría al asegurar la satisfacción sexual de ella tanto como la suya propia…

Capítulo 6

¡Tenía que volver a su casa! Grace abrió los ojos, pensando que la noche anterior había estado demasiado cansada como para haber pensado en lo que la estaba molestando, pero recordó la satisfacción de Javier ante el hecho de que la noticia de su compromiso fuese a dar la vuelta al mundo. Se preguntó qué iría a pensar su padre de ello; no entendería qué estaba pasando y se quedaría muy preocupado por ella. Y eso era lo último que ella quería.

Al apartar las sábanas para ir a levantarse, no comprendió qué hacía en ropa interior ni por qué el vestido que Javier había insistido que llevara la noche anterior estaba sobre una silla, ya que no recordaba haberlo puesto allí. De lo último que se acordaba era de haber estado sentada en la limusina de Javier dirigiéndose de vuelta al ático de éste. Debió de haberse quedado dormida, y se preguntó si él la había llevado a la cama y si le había quitado la ropa. Pero pensó que debió de haber sido el ama de llaves.

Se levantó de la cama y buscó en su maleta, poniéndose enferma al darse cuenta de que su pasaporte y su billete de vuelta a Inglaterra no estaban allí. Debía de habérselos dejado en Granada con las prisas de tomar todo apresuradamente. Desesperada, pensó que quizá Javier pudiese telefonear al hotel para saber si alguien había entregado los documentos en recepción. Entonces se dirigió a la habitación de éste. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. No sabía qué hora era, pero tenía que regresar a Inglaterra lo antes posible para hablar con su padre antes de que éste leyera en los periódicos algo sobre su compromiso.

Volvió a llamar a la puerta y, al no obtener respuesta de nuevo, abrió cautelosamente. La cama estaba vacía, y pudo ver que era enteramente un apartamento de soltero… hasta había un enorme espejo en el techo. Se imaginó el desnudo cuerpo de él sobre aquellas sábanas arrugadas… sus extremidades y las de ella entrelazadas mientras ella observaba su reflejo en el espejo…

—Buenos días, Grace, ¿has dormido bien? —dijo Javier, saliendo del cuarto de baño de la habitación. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y con otra se estaba secando el pelo.

—Yo… sí… gracias —dijo Grace, que no podía pensar con claridad ni apartar los ojos de él.

Javier era tan guapo, que hacía daño mirarlo. Ningún hombre debería ser tan *sexy*.

—¿Querías algo? —preguntó él, frunciendo el ceño al verla en ropa interior.

Ella estaba aún más *sexy* que la noche anterior, y él no pudo evitar excitarse ni controlar su erección.

—Me tengo que ir a casa —dijo ella entre dientes, apartando su mirada del tentador cuerpo de él—. Tengo que ver a mi padre y explicarle… lo que está pasando entre nosotros… la boda y todo lo demás… antes de que lo lea en los periódicos. Pero no puedo encontrar mi pasaporte. Creo que debí dejármelo en el hotel —dijo, aunque en ese momento recordó con claridad haberlo puesto en su maleta.

Frunció el ceño al ver cómo él se acercaba a ella.

—¿Llamarías al hotel de Granada para ver si lo han encontrado?

—No —contestó él.

Aquello hizo enfurecer a Grace, que deseó haberse puesto algo de ropa encima antes de haber entrado en la habitación de él.

—Es importante, Javier. Tengo que encontrar mi pasaporte.

La química sexual que había entre ambos era muy fuerte en aquel momento, y Grace sintió cómo se le aceleraba el pulso. Pero sabía por qué estaba allí… por su padre.

—Javier… por favor.

—Tu pasaporte lo tengo yo —dijo él, acercándose al armario para tomar una camisa.

—¿Pero… cómo…? —impresionada, observó cómo él se ponía la camisa—. ¿Lo robaste de mi maleta?

—No lo he robado. El experto ladrón es tu padre, no yo, querida. Yo simplemente lo tomé de tu maleta para que estuviera seguro.

—Bueno, pues ya me lo estás devolviendo. ¿Cómo te atreves a hurgar entre mis cosas? Por favor, podrías devolvérmelo. Con suerte podré cambiar mi vuelo por uno que salga hoy.

—¿De verdad esperas que te permita regresar a Inglaterra? —exigió saber Javier arrogantemente—. Las deudas de tu padre han sido saldadas con mi dinero y ya no hay cargos contra él. ¿Qué te impide desaparecer con él y romper nuestro acuerdo? Comprende una cosa, querida; no te voy a perder de vista hasta que mi anillo esté en tu dedo y nuestro matrimonio sea un hecho.

—Pero yo te prometo que no voy a desaparecer. Te doy mi palabra —le aseguró Grace, desesperada.

—Tú eres una Beresford, y he aprendido que vuestra palabra no significa nada —dijo Javier mordazmente—. De todas maneras no

hay tiempo para que regreses a Inglaterra. Hoy vamos a regresar al Palacio del León para preparar nuestra boda. Hay mucho que hacer y muy poco tiempo para arreglarlo todo.

—¿Qué es lo que hay que arreglar? ¿No nos vamos a casar por lo civil? No va a ser una boda de cuento de hadas.

—Naturalmente el matrimonio del duque de Herrera es un evento muy importante —informó Javier altaneramente—. A mis empleados se les ha dado instrucciones de preparar un banquete para cientos de invitados, incluidos muchos miembros de la nobleza española. La ceremonia religiosa se celebrará en la capilla del castillo, y estoy impaciente por regresar a Granada para supervisar los preparativos —dijo, agarrando unos pantalones del armario—. Antes de marcharnos, he acordado una cita con una de las diseñadoras madrileñas más importantes para que te tome medidas para tu vestido de novia. Llegará dentro de poco. Te sugiero que vayas a ponerte algo, a no ser que quieras saludarla en ropa interior.

Entonces la miró, sonriendo fríamente.

—Aunque yo no tengo ningún problema con que vayas así, querida.

A Grace le hubiese gustado quitarle aquella insolente sonrisa de su cara, abofeteándole. Durante unos segundos se quedó muda debido al enfado que tenía, pero entonces recordó a su padre.

—¿Cómo crees que se sentirá mi padre cuando lea en los periódicos la noticia de nuestra relación? —susurró.

—Me imagino que pensará que has sido una chica muy lista. Obviamente él te envió al castillo para ver si me camelabas para ayudarle, y en vez de eso te ha tocado la lotería; te vas a casar con un millonario que le dejará sin deudas.

—Mi padre no tenía ni idea de que yo… me iba a acercar a ti —dijo ella bruscamente—. Se hubiera quedado consternado si hubiera sabido lo que yo estaba haciendo. Hubiera hecho lo que fuese para tratar de detenerme.

—Entonces tienes suerte de que no vayas a tener ninguna oportunidad de verlo hasta que nuestro matrimonio esté bien atado. Ya no te puedes echar para atrás, Grace —le advirtió con dureza—. Te juro que te llevaré al altar aunque sea a rastras —entonces miró su reloj—. Se está haciendo tarde y quiero vestirme.

—Javier, por favor, escúchame —suplicó, acercándose a él.

Emitió un grito cuando él comenzó a quitarse la toalla que tenía en la cintura.

—¿Qué estás haciendo?

—Vistiéndome. Si quieres, puedes mirar.

Frustrada y avergonzada, Grace salió apresuradamente de la habitación y dio un portazo, oyendo la risa de él hasta que llegó a su habitación. Mientras se ponía unos pantalones vaqueros y una camiseta, se dijo a sí misma que lo odiaba.

Sin su pasaporte estaba atrapada, y ya era demasiado tarde para echarse atrás…

Cuando por fin salió de su habitación, después de haber estado llorando durante largo rato, Grace encontró a Javier en la cocina, leyendo el periódico.

—Hay café en la cafetera, o si prefieres también hay zumo de frutas —dijo él fríamente—. ¿Qué te gustaría comer?

—No tengo hambre, gracias —contestó ella, evitando mirarlo y sirviéndose zumo.

—Ayer apenas cenaste… no creas que no me di cuenta. Necesitas comer.

—Ya te lo he dicho; no tengo hambre… casi nunca desayuno —dijo, sentándose en un taburete.

Javier trató de concentrarse en el periódico, pero le fue imposible; Grace le afectaba como ninguna otra mujer había hecho, y era muy irritante.

—Hay artículos sobre nuestro compromiso en muchos periódicos. Sales bien en las fotografías —dijo bruscamente.

Miró una fotografía de Grace agarrándolo del brazo y mirándolo. Parecía joven e insegura y por primera vez se dio cuenta de que en realidad ella estaba asustada.

—No te dije nada anoche, pero estabas muy guapa —añadió.

Grace ignoró el periódico que él le ofreció, pero no pudo evitar ruborizarse, cosa que casi le había ocurrido a Javier la noche anterior mientras bailaban. Había estado muy inquieto durante toda la noche, ya que había deseado haber seguido sus instintos y haberla llevado a la cama. Había estado seguro de que ella no se hubiera resistido, ya que se había dado cuenta de cómo lo miraba.

Grace había terminado de beberse su zumo y miró hacia el pasillo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, curioso.

—Me preguntaba dónde está tu ama de llaves. Todavía no la he conocido —respondió.

—Pensaba que ya te había explicado que ayer era el día libre de Pilar. No regresará hasta un poco más tarde.

—En ese caso, ¿quién me desvistió y me metió en la cama anoche? No me digas que fuiste tú —dijo ella, furiosa—. Eres tan

arrogante. Crees que puedes hacer lo que quieras, pero no eres mi dueño, ¿sabes?

—Todavía no, querida —murmuró él en un tono dulce.

Entonces se oyó el timbre de la puerta.

—Creo que ya ha llegado la modista para tomarte medidas —dijo él, dirigiéndose a la puerta. Pero entonces se paró y se quedó mirándola—. ¿Por qué has estado llorando?

—No he estado llorando —negó ella, pero se dijo a sí misma que era ridículo negarlo—. Estoy preocupada por mi padre. Nada más —añadió amargamente—. Conozco tu opinión sobre él, y sé que no comprendes. El amor es algo extraño para ti, ¿verdad, Javier?

—Todos los cargos contra tu padre se han anulado… mis abogados me telefonearon muy pronto esta mañana para informarme de ello.

Javier observó cómo el alivio se apoderaba de la cara de ella.

—Gracias a Dios —susurró Grace fervientemente—. ¿Por lo menos puedo telefonearle para tranquilizarle y decirle que estoy bien?

—Más tarde —contestó Javier, saliendo de la cocina—. Ahora mismo hay cosas más importantes que hacer.

* * *

Era ya media tarde cuando se dirigieron en limusina hacia el aeropuerto. Grace fue durante todo el viaje mirando por la ventana, pensativa y sin darse cuenta de que Javier estaba estudiando su cara.

—Toma, necesitarás esto —dijo él repentinamente, sacando el pasaporte de ella de su maleta.

—No tengo que enseñarlo en los vuelos nacionales —contestó ella.

Parecía que él estaba evitando mirarla a los ojos.

—Tengo un avión privado que está esperando para llevarnos a Inglaterra. Llegaremos a última hora de la tarde y mañana por la noche nos llevará a Granada. Pero así tendrás el día para pasarlo con tu padre —informó él.

—No sé qué decir… cómo darte las gracias —dijo ella, agarrando su pasaporte y sonriendo, vacilante.

—No digas nada, querida —aconsejó él—. Ya habrá tiempo para que me des las gracias en nuestra noche de bodas y, tengo que admitirlo, estoy saboreando la expectativa.

—Si fuera tú, yo no lo haría —dijo Grace. Su corta llamarada de felicidad se apagó—. Tengo la impresión de que te vas a quedar muy decepcionado.

—Espero que no, querida —murmuró Javier.

Varias horas después, Javier aparcó el coche que habían alquilado en una estrecha calle cerca de la playa de Eastbourne. Entonces miró con desprecio al hostal Belle Vue.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? —exigió saber al ver que Grace no salía del coche inmediatamente—. ¿No has estado ahí sentada durante suficiente tiempo? Esto no es un coche, es un juguete diseñado para enanitos. Sabía que teníamos que haber hecho las reservas en un hotel cercano al aeropuerto y haber venido mañana a visitar a tu padre —añadió, irritado.

—Quería ver a mi padre lo antes posible —explicó ella—. Javier… sé qué piensas que él y yo diseñamos el plan por el que yo iría a… ofrecerme a cambio de su libertad, pero eso no es verdad. Mi padre no sabe que yo recurrí a ti para pedir ayuda, y no quiero que se entere de la verdadera razón por la que nos vamos a casar —tuvo que hacer una pausa, ruborizada—. Se quedaría destrozado. Tenemos que convencerle de que estamos enamorados y de que tú estás dispuesto a perdonarle que robara del banco porque… te preocupas por mí.

—¿Y cómo sugieres que haga eso? —preguntó él, con el enfado reflejado en los ojos al recordar el fraude de Angus Beresford—. ¿Quieres que actúe como si estuviera enamorado de ti?

—Le diremos que fui a visitarte en España para suplicarte que le perdonaras… y que nos enamoramos a primera vista. Nos vamos a casar tan pronto porque…

—¿Por qué no nos podemos quitar las manos de encima? —sugirió Javier.

—Algo así —concedió Grace, mirándolo con recelo cuando él se acercó a ella—. ¿Qué haces?

—Tengo que practicar el estar enamorado. Como ya sabes, no es un sentimiento al que esté acostumbrado, querida —susurró él—. ¿Crees qué Angus se quedará tranquilo si te beso así…?

Entonces la besó con tal delicadeza que ella deseó más. Javier levantó la cabeza y la miró, como si estuviera buscando una respuesta a su silenciosa pregunta. Lo que vio en aquellos ojos azules debió de satisfacerle, ya que volvió a besarla con tal pasión que la dejó aturdida.

Saboreó sus labios hasta que ella, emitiendo un gemido, abrió la boca, deleitándose en la devastadora exploración de él. Lo abrazó cuando él la besó más profundamente, de una manera muy erótica, provocando que se estremeciera de placer al sentir cómo él metía la mano por debajo de su camiseta, aproximándose a uno de sus

pechos.

Gimió, echando su cabeza para atrás, permitiéndole a él bajar con su boca hasta su clavícula. Ella ya no era más que una esclava de la seducción. Sintió la cálida respiración de él sobre su piel, pero fue el sentir cómo él introducía su mano por debajo de su sujetador y le acariciaba el pezón lo que la dejó aturdida. Quería más, quería más de aquella exquisita tortura, quería que él le quitara la camiseta y que sustituyera sus dedos por su boca.

Él volvió a besarla con delicadeza para después levantar su cabeza y mirarla con la pasión reflejada en los ojos.

—¿Será eso suficiente, Grace? —preguntó fríamente.

—Te odio —dijo ella, apartando su mirada de él.

No quería ver la burla que reflejaban sus ojos. Se apartó de él y se bajó la camiseta, horrorizada al ver cómo sus endurecidos pezones se marcaban en el tejido.

—Ojalá pudiera verte quemándote en el infierno, pero por ahora tenemos que aguantarnos el uno al otro, así que sigamos adelante con ello —dijo, saliendo del coche a toda prisa y dirigiéndose al hostal de su tía Pam.

Se le aceleró su traicionero corazón al sentir cómo él la seguía y le abrazaba la cintura.

—¡Grace, gracias a Dios que estás aquí! —la saludó su tía Pam —. Tu padre no está bien. Su abogado lo ha visitado de nuevo esta mañana y le ha dicho algo sobre que los cargos que había contra él han sido anulados, pero yo no comprendo qué está ocurriendo —mientras hablaba, se fijó en Javier—. No me había dado cuenta de que traías a un amigo.

—Éste es… Javier Herrera —explicó Grace.

Entonces puso una mano en el brazo de su tía cuando ésta no pudo ocultar su impresión.

—Está bien, Pam, somos amigos… Bueno, en realidad más que amigos —añadió, sintiendo cómo se ruborizaba—. ¿Ha leído hoy papá los periódicos?

—No que yo sepa —dijo Pam, impresionada y guiándoles dentro —. Pero para serte sincera, Grace, de todas maneras nada tendría sentido en este momento para él. Él vive en su propio mundo. No deja de preguntar dónde está tu madre, y a mí me da mucha pena recordarle que está muerta. Está en el salón —añadió, mirando a Javier—. No sé por qué Grace le ha traído aquí, y sé que mi hermano ha hecho una cosa muy mala al llevarse todo aquel dinero, pero si ha venido aquí para disgustarle, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—No tengo ninguna intención de disgustar a Angus —dijo Javier, tranquilizando a la señora—. Estoy aquí para… —hizo una pausa, mirando a Grace— perdonarle. Quiero ayudar a su hermano.

—¿Por qué querría usted hacer eso? —exigió saber la tía Pam.

—Porque estoy enamorado de su hija y espero que él bendiga nuestra relación. Pretendo casarme con ella.

—¡Bueno! Yo estaré… —por primera vez en su vida, la tía Pam no supo qué decir—. ¿Cuándo os conocisteis? No os podéis conocer desde hace mucho —murmuró, dirigiéndose a Grace.

—En cuanto lo vi supe que Javier era el hombre para mí y que lo amaría durante el resto de mi vida —dijo Grace.

—Bueno, yo estaré… —repitió la tía Pam—. Debe de ser cosa de familia. A tu padre sólo le bastó mirar a Susan por primera vez para enamorarse de ella. Siempre dijo que no podría vivir sin ella y, desgraciadamente, parece que es verdad.

—Espero que comprenda mi relación con Javier —dijo Grace, nerviosa, mientras entraba en el salón. Vio a su padre sentado en una silla—. Ya no está metido en problemas y, gracias a Javier, ya no hay cargos contra él —entonces se arrodilló al lado de su padre —. Papá, soy yo… Grace.

—Hola, cariño —dijo Angus Beresford, quien parecía haberse espabilado al oír la voz de su hija. Entonces comenzó a llorar—. Grace… no puedo encontrar a tu madre por ninguna parte.

—Yo la encontraré, papá —prometió Grace con delicadeza.

Sabía que su padre se refería a la fotografía de su madre que él había tenido siempre al lado de su cama en Littlecote. Estaba en una de las cajas de almacenaje y no descansaría hasta encontrarla. Le apretó el brazo para tranquilizarlo.

—Después te diré una cosa.

Capítulo 7

—Señor, ya es hora de bajar.

Aquella voz desconcentró a Javier, que estaba mirando las vistas que se observaban desde la torre más alta.

—Gracias, Torres —murmuró, apartándose de la ventana y asintiendo con la cabeza ante su mayordomo—. Supongo que todo está preparado, ¿verdad?

—Sí. Los invitados ya están en la capilla.

—¿Y la señorita Beresford?

—Ella está esperando en el salón. Yo la acompañaré a la capilla, tal y como habíamos acordado.

—Está bien —dijo Javier, bebiéndose de un trago el vaso de *whisky* que tenía en las manos—. Dime, Torres, ¿qué aspecto tiene la señorita Beresford?

—¿Qué qué aspecto tiene, señor? —dijo el mayordomo, sin poder evitar su desconcierto.

—Sí, ¿parece… feliz? —preguntó Javier, mirando impaciente al otro hombre.

—Desde luego… en breve se va a convertir en la nueva duquesa; naturalmente está extasiada. Y, si me permite añadirlo, está muy guapa —dijo el mayordomo, sonriendo.

Hasta la llegada de Grace al Palacio del León, Javier ni siquiera sabía que Torres podía sonreír. El castillo siempre había sido un lugar bastante sombrío… así como su personal. Pero de alguna manera, durante las últimas tres semanas, todo había cambiado, gracias a la influencia de una delicada flor inglesa, cuya tímida sonrisa parecía haber invadido la austeridad de aquella fortaleza árabe.

Pero Javier tuvo que admitir que a él no le había sonreído. Con el personal ella era agradable y amigable, aunque con él era fría y distante; pero no iba a reconocer que deseaba romper aquella barrera y recibir una de las agradables sonrisas de ella.

—Señor, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

Torres sabía hacer muy bien su trabajo y no mostraba su impaciencia, pero Javier sabía que estaba preocupado por si los invitados comenzaban a impacientarse.

Le asustó un poco darse cuenta de que no había pensado en el Banco de Herrera durante días, ya que era la razón por la que había

forzado a Grace a aquel matrimonio. Recordó la forma en la que ella se había despedido de su padre tras su corta visita a Inglaterra. Se le habían llenado sus grandes ojos azules de lágrimas y se le había quebrado la voz al haberle dicho que lo quería. Ella haría cualquier cosa por su padre…

—¿Señor?

—Sí, está bien. Ya voy.

Mientras se dirigía a la capilla recordó que, al haber visto a Angus durante su visita a Eastbourne, se había dado cuenta de que éste no era como se lo había esperado. El padre de Grace daba pena, y a él le había impresionado su obvia fragilidad mental. Parecía un hombre roto que se había visto forzado a recurrir a su hermana para que le dejara vivir en su hostal.

Su creencia de que Grace era una niña mimada, dispuesta a aprovecharse de su padre, había cambiado durante las últimas semanas. No podía quitársela de la cabeza y hasta soñaba con ella. Su delicada belleza le hacía desearla como nunca había deseado a otra mujer. Y aquella noche por fin ella sería suya…

Estaba casada. Grace, nerviosa, jugueteó con el anillo de oro de su dedo. Hacía unas horas Javier se lo había puesto en el dedo. Estaba ruborizada debido a la copa de champán que había bebido en el banquete de bodas.

Había sido un día muy largo y no podía esperar a que terminara, pero el brillo y la expectativa que reflejaban los ojos de Javier prometían que la noche iba a ser incluso más traumática que el día. Se le revolvió el estómago y miró a su alrededor. Como el banquete había concluido, la mayoría de los invitados estaban hablando y bebiendo. Javier hablaba con un grupo de personas que ella sospechaba serían socios de negocios.

Su ya marido le había presentado algunos miembros de su familia, entre los cuales estaba Lorenzo Pérez, el hombre que hubiese ocupado el puesto de Javier a la cabeza del banco si éste no hubiese encontrado esposa.

Mirando a Javier, pensó que era un hombre complicado. Cuando lo había visto esperando en el altar, frío y distante, pero aun así increíblemente guapo, se había sentido agobiada por su potente magnetismo sexual. Había sentido como si se le derritiesen las piernas y se había tenido que apoyar en Torres para llegar al altar.

La ceremonia había sido muy conmovedora, mucho más de lo que ella había esperado. Había llorado al haber hecho sus votos. Siempre había soñado con haberse casado con un hombre que fuese su alma gemela, pero en vez de eso se había casado con un hombre

que ni siquiera la amaba, un hombre al que su personal frecuentemente se refería como «el León de Herrera».

—Trata de no parecer tan triste, querida, o no sé qué irán a pensar nuestros invitados.

La voz de Javier sobresaltó a Grace.

—¿Qué ocurre? —exigió saber él, apartando una silla y sentándose junto a ella.

—Nada… Simplemente estaba pensando en mi padre. Desearía que él estuviera aquí —contestó ella, mordiéndose el labio inferior —. Nunca me imaginé que estaría sola el día de mi boda… sin mis padres.

—Hay cuatrocientos invitados… no se puede decir que estés sola —dijo Javier con aspereza.

—Pero yo no conozco a ninguno. No son mis amigos… aunque tengo curiosidad por saber si son tuyos o si nuestra boda es una excelente oportunidad para tus socios de negocios —dijo cínicamente.

—Bueno, no vas a tener que sufrir su presencia durante mucho más tiempo, querida —dijo él con frialdad—. La fiesta terminará dentro de poco y nadie se atreverá a quedarse por más tiempo. Deben de saber lo impaciente que estoy por llevar a mi esposa a la cama… pero por si tienen alguna duda… —dijo, capturando la boca de ella en un beso.

Grace se quedó sin aliento y pensó que debía resistirse a él. Entonces le puso una mano en el pecho para apartarlo. Mientras se había celebrado el banquete, había estado pensando en la mejor forma de decirle que ella no tenía ninguna intención de consumar aquel falso matrimonio. Sería sincera con su corazón… se negaba a entregarle su cuerpo a un hombre que no amaba.

Debería decírselo en aquel mismo momento, en vez de permitirle pensar que iban a compartir una noche de pasión. Pero era difícil pensar con claridad mientras él estaba saboreando sus labios con erotismo, exigiendo acceso dentro de su boca.

La había besado en la capilla cuando el cura les había declarado marido y mujer; sus labios habían sido delicados y tan dulcemente cautivadores, que había obtenido una respuesta de ella. Pero en aquel momento la estaba besando apasionadamente, provocando que el calor le recorriera las venas.

Con un leve murmullo, Grace se apoyó en él y apartó sus labios, estremeciéndose al oír el gemido de aprobación de él, que introdujo la lengua en la boca de ella, explorándola con una meticulosidad que la dejó temblando. Nunca antes se había sentido de aquella

manera, nunca había experimentado una necesidad tan salvaje y devoradora, que hacía que un cosquilleo le recorriese los pechos…

Cuando Javier dejó de besarla la miró, con un feroz brillo reflejado en los ojos al percatarse de la confusión que reflejaban los de ella. Quizá él no le gustase a su rosa inglesa, pero estaba atrapada por la primitiva química sexual que también le esclavizaba a él.

—Le diré a Torres que haga el último brindis por los novios. Ya es hora de que nuestros invitados se vayan a casa.

—No puedes simplemente echarlos. ¿Qué irán a pensar?

—No me importa —dijo él con una gran arrogancia—. Tengo tanta hambre de ti, querida, que estoy a punto de tomarte aquí, en la mesa del banquete, y al demonio con el decoro social.

—Javier… —Grace respiró profundamente— yo… no quiero acostarme contigo.

—Yo tampoco quiero acostarme contigo; pretendo satisfacerme con otras actividades mucho más placenteras durante las largas horas nocturnas —dijo, mirándola de arriba abajo—. Tu actuación de virgen inocente me excita muchísimo, querida, y ya sabes cómo estoy. Pero no tienes por qué seguir fingiendo. Prefiero a las mujeres que tienen confianza en su sexualidad y creo que tú debes ser una tigresa bajo las sábanas.

—Yo no apostaría por ello —contestó ella misteriosamente.

En ese momento una joven se acercó a la mesa, mirando a Javier fijamente.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo la chica, un poco enfurruñada—. Me prometiste que bailarías conmigo.

—Así lo hice, pero como puedes ver estoy hablando con mi esposa —contestó Javier serenamente—. ¿Por qué no le pides a uno de tus muchos admiradores que baile contigo?

—Yo sólo quiero bailar contigo —contestó la joven.

Grace, a quien le había dado un vuelco el estómago al oír que él se refería a ella como «mi esposa», analizó a la joven, la cual estaba mirando a Javier con adoración. Esperó que él hiciera uno de sus sarcásticos comentarios que irían a destrozar a la muchacha, pero en vez de eso sonrió cálidamente.

—Lo siento; te debo un baile en otra ocasión. Mira, creo que tu padre está a punto de marcharse.

—Ni siquiera es media noche. ¡Papá es tan aburrido! —dijo la joven, apartándose sus negros rizos de los ojos provocativamente—. Entonces hasta la próxima vez, Javier —murmuró, lanzándole un beso antes de marcharse.

—Miguel va a tener problemas con esa chica —señaló Javier.

—Es muy joven. ¿Quién es? —preguntó Grace, sintiendo algo parecido a los celos.

—Luz Vázquez… Su padre, Miguel, era el mejor amigo de mi abuelo. Miguel tenía casi sesenta años cuando nació ella, y creo que la ha mimado demasiado —dijo Javier con afecto—. Mi abuelo esperaba que yo me casase con ella para fusionar nuestras familias de banqueros.

—¿Y por qué no lo hiciste? —espetó Grace—. Cualquiera puede ver que ella está perdidamente enamorada de ti.

Javier no lo negó, pero se le borró la sonrisa de la cara.

—Luz está enamorada de una ilusión infantil, pero pronto descubrirá que yo no soy su príncipe azul. Ella exigiría más de lo que yo estoy dispuesto a darle a cualquier mujer.

Grace se percató de que Javier se estaba refiriendo al amor. Se preguntó por qué se sintió tan vacía por dentro.

—¿Nunca te sientes solo en tu torre de marfil? —quiso saber ella —. Seguro que todos necesitamos amor, de una forma u otra… incluyéndote a ti.

Él se quedó mirándola de manera especulativa durante unos segundos.

—¿Por qué empañar las cosas con ese sentimiento tan absurdo? En mi experiencia, el amor raramente se entrega gratuitamente y sin condiciones. Más que elevarte el espíritu, te deja débil y destrozado, y yo no tengo necesidad de ello —dijo, esbozando una cínica sonrisa—. Quizá tú te hayas visto seducida por lo romántico de la situación, querida, pero no busques cosas que no pueden existir. La única emoción que existe entre nosotros es la lujuria, pura y simple… la alquimia sexual que te hace temblar de deseo cuando te beso.

—Realmente crees que eres un regalo de Dios, ¿no es así? —espetó Grace, aferrándose a su enfado para enmascarar la reacción que había tenido su cuerpo.

El hecho de que él supiera el efecto que tenía sobre ella era muy humillante. Pero por su honor y orgullo no podía dejar llevarse por la lujuria.

—Necesito aire fresco —dijo entre dientes, levantándose—. Creo que tu primo quiere hablar contigo —añadió, desesperada al ver que él iba a seguirla—. Será mejor que vayas a ver qué quiere.

Entonces ella se dirigió entre los invitados hacia las escaleras que llevaban a la planta de arriba. Al abrir la puerta de su habitación se quedó impresionada al ver que la cama no tenía

sábanas. Emitiendo un leve grito, se acercó al armario para encontrarlo vacío.

Se dio la vuelta al sentir movimiento en la puerta.

—Consuelo, ¿dónde están mis cosas? —le preguntó al ama de llaves.

—En la habitación del señor —contestó la mujer, sonriendo—. El duque me pidió que las llevara allí.

Sintiéndose enferma, Grace se dirigió a la habitación de Javier. Allí vio su camisón, cuidadosamente colocado sobre el cubrecamas.

Durante las últimas semanas había recibido multitud de paquetes con ropa, zapatos y demás accesorios que obviamente Javier consideraba necesario que ella tuviera en su nuevo papel de duquesa.

—¿Le ayudo a quitarse la tiara? —preguntó Consuelo—. Es tan bonita, pero debe de pesarle mucho.

—Y es muy cara —concedió Grace—. Tenía tanto miedo de que se me cayera, que la sujeté tanto como pude.

Trató de camuflar su impaciencia mientras Consuelo le quitaba la tiara y su pelo caía sobre sus hombros.

—Torres me ha dicho que todas las novias Herrera han llevado esta tiara —explicó el ama de llaves—. Se dice que les da felicidad y… —la muchacha emitió una tímida risita— muchos bebés.

—¿De verdad? —dijo Grace secamente—. Bueno, pues yo si fuera tú, no tendría muchas esperanzas —suspiró, y deseó que Consuelo se marchara.

Le caía muy bien la muchacha, pero Javier no iba a estar toda la noche hablando con sus invitados, y ella estaba decidida a encontrar uno de sus camisones antiguos y a regresar a su habitación antes de que él subiera a exigir sus derechos conyugales.

Con sólo pensarlo se sentía débil, y emitió un grito ahogado cuando lo oyó hablando desde la puerta.

—Gracias, Consuelo, ya te puedes marchar —le dijo él al ama de llaves, pero sin dejar de mirar a Grace.

Ella tragó saliva ante la pasión que reflejaban los ojos de él. Pensó que ya era demasiado tarde.

—No esperaba que fueras a dejar a tus invitados para seguirme —dijo.

—Los he dejado para que se las apañen solos —contestó él, cerrando la puerta con llave una vez la muchacha se hubo marchado y metiéndose la llave en el bolsillo—. No te preocupes; Torres se asegurará de que nadie nos moleste —añadió—. Disfrutaremos de una total privacidad durante el resto de la noche,

querida.

—¿Y qué pasa con mi privacidad? —exigió saber Grace, echándose para atrás al acercarse él.

—Quiero dormir en mi propia habitación —dijo claramente—. Estoy cansada… y me duele la cabeza.

—Pobre pequeña —dijo Javier, acercándose a ella y acorralándola contra el tocador.

Alguien había colocado las rosas que habían compuesto su ramo de novia en un jarrón y su exquisita fragancia estaba impregnando la habitación.

—¿Te han gustado las flores? —preguntó él.

—Son preciosas —susurró ella—. Las rosas son mis flores favoritas.

—Lo sé —dijo él, sonriendo levemente.

Ella supo que él se estaba acordando de la primera vez que se habían conocido, cuando ella había robado una rosa de su jardín.

—Me recordaban a ti; delicadamente bellas y perfectamente formadas… pero con espinas que pueden causar mucho daño.

Grace miró la mano de él; ya se había fijado en el pequeño vendaje que tenía y frunció el ceño al ver que lo tenía manchado de sangre.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—No es nada —contestó él, encogiéndose de hombros y acariciándole el pelo.

Grace sabía que debía apartarse, pero parecía que se le habían pegado los pies al suelo. Cuando él le tomó la barbilla y le levantó la cara, no pudo evitar balancearse hacia él.

La besó con tanta meticulosidad, que ella sintió como si la hubiese drogado. Desmanteló sus barreras con una facilidad aterradora, provocando que ella se preguntara cómo podía resistirse a él cuando su corazón estaba latiendo tan aceleradamente, que apenas podía respirar. Pensó que él era su marido… pero ambos sabían que su matrimonio era una farsa y, además, ella no lo amaba.

Javier comenzó a besarle el cuello y su aroma a hombre, así como el calor que emanaba de su cuerpo, hizo que las ansias con que lo deseaba ella alcanzaran niveles peligrosos. Gritó de placer cuando él le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de volver a tomar posesión de su boca con un apasionado beso que revelaba su impaciencia por llevarla a la cama.

—Javier… no —dijo ella.

Entonces sintió cómo él comenzaba a desabrochar los pequeños

botones de su vestido y, sacando fuerzas de donde no sabía, lo empujó.

—Lo que te dije lo dije en serio. No me voy a acostar contigo —dijo, respirando profundamente y mirándolo con furia—. No te deseo.

—No digas tonterías —dijo él con mucha arrogancia—. No estoy ciego, querida; está claro que te excito —añadió, mirando los endurecidos pezones de ella—. Tienes tanta hambre de mí como yo de ti… ¿para qué negar la pasión que tu cuerpo tan claramente ansia?

—Quizá mi cuerpo reaccione ante tu indudable pericia sexual, pero mi corazón y mi mente te rechazan… y eso es lo que cuenta —dijo ella con fiereza.

—Pero eres mi esposa —dijo, agarrándola y dándole la vuelta para seguir desabrochándole los botones. Pero perdió la paciencia y le desgarró el vestido.

—¡No! —gritando, Grace sujetó el corpiño sobre sus pechos—. Mi precioso vestido… lo has destrozado. ¡Eres un… bárbaro! ¿Te extraña que no te pueda soportar?

—Supongo que no debería sorprenderme. ¿Cuál es el verdadero asunto, Grace? ¿Has decidido aprovecharte de mi obvio deseo por ti? Ya he pagado una fortuna por ti, pero ese dinero fue destinado a pagar las deudas de tu padre. Me da la impresión de que ahora quieres un incentivo económico a cambio de sexo, ¿verdad?'

La bofetada que ella le dio resonó por toda la habitación. Le siguió un momento de completo silencio, pero entonces ella gritó al agarrarle él el vestido y quitárselo, dejando sus pálidos pechos expuestos.

—Javier… no… no voy a hacer esto —dijo, tratando de taparse con las manos.

Pero al abrazarla él, ella le dio con los puños en los hombros, quedándose sin aliento cuando la tumbó en la cama y se puso sobre ella, atrapándola bajo su fuerte y excitado cuerpo.

—Ya se han acabado los juegos, querida —dijo él, sujetándole las manos sobre la cabeza.

Grace se estremeció, sintiéndose invadida por la agonía, ya que no quería que aquello ocurriese, mezclada con un impresionante deseo que se apoderó de ella cuando él tomó uno de sus pezones en su boca. Las caricias que él le estaba regalando con su lengua la estaban volviendo loca, eran una exquisita tortura sobre su pezón. Se sentía agobiada por las nuevas y malvadas sensaciones que él provocaba en ella, y no pudo evitar emitir un sollozo de alivio

cuando él comenzó a chupar su otro pezón con un efecto devastador.

Cuando por fin él dejó de jugar con sus pechos, ella tenía la respiración agitada y se quedó mirándolo. Él se apartó y se bajó de la cama, quedándose de pie al lado de ésta.

—Hoy, en la capilla, has prometido ser mi esposa, Grace —dijo con dureza—. Y ahora es el momento de hacer honor a esa promesa.

—¿Qué sabrás tú de honor? —dijo ella al recuperar la cordura.

Observó, paralizada, cómo él se quitaba los pantalones y la camisa. Su piel brillaba como el cobre y tenía una densa mata de pelo negro cubriéndole el pecho.

Entonces él, deliberadamente despacio, se quitó los calzoncillos, dejando al descubierto su potente erección.

—¡Oh, Dios! —aterrorizada, Grace se alejó de él—. Javier, no puedo hacer esto. Por favor, no me obligues —pidió con los ojos desorbitados.

Había visto hombres desnudos con anterioridad, en revistas, incluso en un arriesgado anuncio de televisión. Pero aquélla era la primera vez que veía uno desnudo en carne y hueso, y le impresionó muchísimo.

—Esto se está poniendo un poco aburrido, querida. ¿Por qué insistes en actuar como una virgen aterrorizada?

—Porque soy una virgen aterrorizada —susurró ella con urgencia.

—Desde luego que lo eres —comentó con sarcasmo, enmascarando su creciente impaciencia.

Grace gritó cuando la agarró de los tobillos y la atrajo hacia él.

—¡Madre de Dios! Por lo menos ten la decencia de mirarme mientras mientes.

—Te lo juro, nunca he… estado en la cama con un hombre —aseguró ella apresuradamente.

—¡Pero estuviste comprometida! Con un hombre que en Londres tenía la reputación de ser un adicto al sexo —añadió él, furioso.

—Cuando lo conocí, yo no sabía nada de la reputación de Richard —dijo Grace, ruborizada—. Pensé que era encantador y un caballero al no tratar de llevarme a la cama.

—Pero al final descubriste que no era así —adivinó Javier—. ¿Qué ocurrió?

—Nos conocimos poco después de que yo me hubiese mudado a Londres, y yo me enamoré perdidamente de él —admitió ella—. Fue poco después de la muerte de mi madre. Yo me sentía deprimida, y

supongo que estaba sola y vulnerable. Richard me hizo reír, y hacía mucho que yo no lo hacía. Cuando me pidió que me casara con él me puse muy contenta y creí que su insistencia en que esperáramos a después de casarnos para practicar sexo se debía a que realmente me amaba.

Al recordar todo aquello Grace suspiró; hubiese preferido poder olvidarlo todo.

—Unas semanas antes de la boda me acerqué a su piso… era una visita sorpresa. Le iba a decir que le amaba tanto, que no podía esperar durante más tiempo. Sabía que íbamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas y quería que fuésemos amantes. Pero en vez de eso, la sorpresa me la llevé yo —dijo amargamente—. Yo tenía mi propia llave y entré… encontrándomelo en la cama con su ama de llaves.

—¿Entonces rompiste vuestro compromiso? —preguntó Javier.

—Claro que lo hice. Yo creo que el matrimonio debe ser un compromiso de por vida, como lo fue el matrimonio de mis padres —dijo, mordiéndose el labio inferior al recordar los votos que le había hecho a Javier—. Pensé que el amor que compartía con Richard duraría para siempre, pero fue todo una farsa, al igual que nuestro matrimonio. Richard sólo quería casarse conmigo porque mi patético encaprichamiento de él aumentó su ego. Yo debí de haber sido la respuesta a sus plegarias; estaba tan perdidamente enamorada de él, que nunca cuestioné las veces que se tenía que quedar trabajando hasta tarde o que desaparecía durante días para «asistir a una conferencia de negocios».

Respiró profundamente y miró a Javier.

—A pesar de todo el daño que me hizo Richard, todavía creo en el amor… un amor profundo e imperecedero como el que compartieron mis padres. Espero conocer un día a un hombre al que ame para siempre y que me ame. Él es el hombre al que quiero honrar con mi cuerpo.

Javier se quedó mirándola con la frustración reflejada en los ojos.

—¡Dios! —espetó, bajándose de la cama y poniéndose sus calzoncillos—. Hay que tener mala suerte para encontrarse atado a una esposa que tiene una lengua viperina, la cara y el cuerpo de una sirena y la inocencia de una sacerdotisa —dijo, lanzándole el camisón a ella—. Será mejor que te pongas esto antes de que yo regrese.

—¿Adónde vas? —preguntó Grace, cubriéndose los pechos.

—A darme una larga y fría ducha.

—Dormiré en mi antigua habitación —se apresuró a decir ella—. Si hicieras el favor de abrir la puerta de tu habitación.

—Ésta es nuestra habitación y de ahora en adelante ambos dormiremos aquí —espetó él imperiosamente—. Ya te lo dije; no quiero que nadie, ni siquiera los empleados, sospeche que nuestro matrimonio se ha celebrado por otra razón aparte de por el amor que compartimos.

—Pero yo no puedo quedarme aquí. Nunca me dormiría.

—Bueno, pues te sugiero que lo intentes con todas tus fuerzas, querida, porque si sigues despierta cuando vuelva a la cama, no te puedo prometer que no te someta a mis instintos masculinos, ésos que tú encuentras tan ofensivos.

Capítulo 8

—Por fin te has despertado. Nunca he conocido a una mujer que duerma tan profundamente como tú —le dijo Javier a Grace cuanto vio que ésta tenía los ojos abiertos.

—Eso es porque tengo la conciencia tranquila —dijo ella con dulzura, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso al verlo—. Supongo que tú no has dormido muy bien, ¿verdad?

—Cierto, pero no ha sido mi conciencia, o la falta de ella, lo que me ha impedido dormir, querida —dijo, acercándose a la cama—. Mi falta de sueño tiene que ver con haber tenido tu delicioso cuerpo acurrucado en el mío, lo que me ha hecho tener mil y una fantasías.

—Yo no me acurruqué en ti —protestó Grace, incapaz de mirarlo a los ojos—. ¿Sería demasiado desear que te comportaras como un caballero?

—Me comporté impecablemente —garantizó él, sonriendo—. Créeme; te acordarías si yo me hubiese dejado llevar por la tentación de explorar tus tentadoras curvas.

Entonces se acercó a ella y le dio un breve pero apasionado beso, que dejó los labios de ella sintiendo un hormigueo y deseando más. Cuando él la miró vio que se había ruborizado.

—Cuando te haga el amor, estarás muy despierta y serás consciente de las numerosas maneras en las que te daré placer, querida.

Grace respiró profundamente y apartó su mirada, temblando levemente.

—¿No escuchaste ni una sola cosa de las que te dije anoche? —espetó ella—. No practicaré sexo con un hombre que no amo.

—Entonces tendré que hacer que te enamores de mí, ¿no es así?

Ella pensó que eso era imposible.

—Pensaba que no creías en el amor.

—Y así es… pero sí que creo en la lujuria. Para serte sincero, no me importa cómo llames a esta química que existe entre nosotros, pero ambos sabemos que nos está quemando. Me divertiré derrumbando tus barreras —le dijo él con su usual arrogancia—. Pero ahora mismo es hora de que te levantes. Consuelo llegará en un momento con tu desayuno y después tenemos que tomar un avión.

—¿Por qué… dónde vamos?

—Lo he organizado todo para que pasemos una semana en las islas Seychelles.

Javier se dirigió a la puerta y estaba a punto de abrir cuando Grace se dirigió a él.

—¿Quieres decir que tienes negocios que atender allí? —preguntó ella, obviamente confundida.

—No, es un viaje de placer —contestó él, con un perverso brillo reflejado en los ojos.

Pero antes de que ella pudiese preguntarle más cosas, apareció Consuelo con el desayuno, y Javier desapareció de la habitación.

—Debe de estar tan emocionada —dijo la muchacha, sonriendo y colocando la bandeja sobre el regazo de Grace—, Una luna de miel en las islas Seychelles… ¡es tan romántico! Creo que el duque parece muy severo, pero tiene un corazón cálido.

La muchacha continuó hablando alegremente.

—Es una pena que sus rosas vayan a morir antes de que usted regrese. El señor Herrera estaba decidido a cortarlas para usted de los jardines del castillo, pero las espinas le hirieron hasta hacerle sangrar —prosiguió el ama de llaves, sonriendo—. ¿Necesita algo más, señora?

Grace pensó que necesitaba una llave para llegar al corazón del duque de Herrera. Negó con la cabeza y miró su desayuno, pero no tenía hambre. Se preguntó quién era en realidad el hombre con el que se había casado. Ella había pensado que era frío y despiadado, pero él se había molestado mucho en cortar las rosas para su ramo de novia…

Cinco días después, Grace todavía no entendía qué era lo que movía a su marido. Desde que habían llegado a la lujosa villa en la que se estaban alojando en las islas Seychelles, él había sido muy atento y tan encantador, que a ella le costaba creer que fuese el mismo hombre que le había azuzado el perro cuando la había descubierto en su propiedad.

No sabía a qué estaba jugando él. Porque estaba claro que aquello era un juego y era sólo culpa suya el estar cayendo bajo su hechizo. Aunque trataba de no verse afectada por la potente masculinidad de él, no podía controlar la traicionera reacción de su cuerpo cuando él estaba cerca de ella.

Habían pasado los días nadando en la piscina privada de la villa o en la cristalina agua del mar. La isla contaba con kilómetros de playas de arena blanca, y habían andado por ellas manteniendo todo tipo de conversaciones… aparte del asunto de su padre y de la verdadera razón de su matrimonio.

Javier era muy inteligente y tenía mucho ingenio. Ella había aprendido que le gustaban muchos deportes, incluyendo la esgrima. Habían hablado sobre cine y arte; él le había revelado los muchos tesoros árabes que había en el castillo y le había dicho que podía mirar los catálogos manuscritos cuando regresasen a Granada.

Pero ella no había descubierto nada sobre el verdadero Javier Herrera o sobre los secretos que él guardaba bajo llave en su corazón. No había vuelto a hablar sobre su niñez, pero ella sospechaba que él se había sentido solo, incluso cuando su abuelo le había llevado a vivir al castillo. Tenía la impresión de que Carlos Herrera le había mostrado a su nieto tan poco afecto como habían hecho sus padres.

Pero una tarde, cuando por primera vez pasaron un tiempo separados, ya que él fue a practicar esquí acuático, ella pensó que quizá era mejor que él no mostrara sus verdaderos sentimientos. No quería que él comenzara a gustarle. Ya era suficientemente malo con que la hiciera sentirse como una torpe colegiala cada vez que le sonreía. Y cuando la besaba…

Gimiendo desesperada, se quitó el vestido y se metió en el mar. El agua estaba fría, y estuvo nadando hasta que le dolieron los brazos para tratar de liberar la tensión que le tenía los músculos agarrotados. Se dijo a sí misma que no estaba sufriendo frustración sexual, pero su cuerpo no estaba convencido. Hasta que no había conocido a Javier, siempre había pensado que ella era una de esas personas que no tenían mucho apetito sexual… y era mortificante descubrir que con sólo una mirada de él ya se encendían todos sus sentidos.

—No tienes derecho a estar continuamente… maltratándome —le había dicho el primer día que habían estado en la villa.

Él la había sentado en su regazo y la había besado apasionadamente, dejándola sin respiración.

—Tú mismo lo dijiste… nuestro matrimonio es un contrato de negocios y en ninguna parte, ni en la letra pequeña, dice que yo tenga que compartir tu cama.

—Pero es mucho más divertido romper las normas, ¿no crees, querida? —había contestado él, esbozando una de sus devastadoras sonrisas.

Desde entonces, él la había besado donde y cuando había querido, lo que había resultado ser la mayor parte del tiempo. Y parecía que ella era incapaz de resistírsele cuando reclamaba su boca con una hambrienta pasión que él no hacía esfuerzo alguno por evitar.

Miró para atrás y disfrutó de la belleza del paisaje que la rodeaba. Al rato comenzó a andar por la playa, deteniéndose de vez en cuando para agarrar una concha. Pensativa, perdió la noción del tiempo y fue sólo al levantarse una leve brisa, que le hizo sentir frío, cuando ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba anocheciendo.

—¡Grace! —volvió a gritar Javier, buscándola por la playa.

Se preguntó dónde estaba; su vestido todavía estaba en la arena, y un miembro del personal del complejo le había confirmado que había visto a la señora Herrera metiéndose en el mar hacía varias horas.

La había buscado por todas partes y, al estar comenzando a anochecer, el miedo se apoderó de él. Mientras volvía a buscarla de nuevo por la playa, se dijo a sí mismo que no podía haberse ahogado. La marea de aquella zona no era muy peligrosa y, si hubiese tenido problemas al nadar, seguro que alguien la hubiese visto y hubiese ido a ayudarla, ¿o no?…

Pero Grace era muy pequeña e independiente. Incluso si hubiese tenido problemas en el agua, probablemente no hubiese armado ningún alboroto. Cabía la posibilidad de que se hubiese ahogado sin dejar huella. Entonces comenzó a andar más rápido, llamándola por su nombre una y otra vez, hasta que se quedó ronco.

Se dijo a sí mismo que no debía haberla dejado sola. De hecho, sólo había estado practicando deporte un par de horas; las facilidades para los deportes en la isla eran excelentes, pero sin Grace se había aburrido. Y, aunque le molestaba tener que admitirlo, había estado impaciente por volver a estar con ella. Por alguna razón inexplicable, aquella mujer le había llegado al alma. Debajo de su apariencia vergonzosa, era una persona brillante y divertida; podía estar hablando con ella durante horas y no sólo cinco minutos como le ocurría con el resto de mujeres.

La química sexual que había entre ambos siempre estaba presente y, a veces, cuando la tomaba entre sus brazos y la besaba, amenazaba con explotar en llamas. Pero, en realidad, le divertía aquella intensificación de la pasión. Como el buen vino, era mejor saborearla poco a poco. La expectativa de hacerle el amor a Grace era un tentador preludio que se estaba convirtiendo en mucho más rico porque, aunque ella tratara de negarlo, también lo deseaba.

Pero ella había desaparecido y, hasta aquel momento, el equipo de personal de la isla a quien le había pedido ayuda, no había encontrado rastro de ella. Controló su pánico con su fuerza de voluntad y volvió a mirar a la playa. En la distancia pudo ver una

pequeña figura que se dirigía hacia él… andaba despacio, como si no le importara nada. Entonces él comenzó a correr.

—¿Dónde demonios has estado? ¡La mayoría de la gente de la isla está buscándote! —dijo ferozmente cuando la alcanzó.

Pensó que ella era encantadora. Deseaba abrazarla y después… ¡agitarla hasta que le temblaran los dientes!

—Lo siento. No me di cuenta de la hora —murmuró ella, claramente desconcertada por la furia de él—. ¿Pero por qué se ha armado tanto revuelo?

Aquella pregunta destapó el enfado de él, que la tomó en sus brazos y comenzó a andar por la playa.

—Has estado por ahí durante más de cuatro horas y supongo que no has llevado crema solar contigo. Te mereces por lo menos sufrir una insolación —dijo él con gravedad.

Cuando llegaron a la villa les salió al encuentro el encargado del complejo, que les expresó su alivio ante el hecho de que Grace ya hubiese aparecido sana y salva. Javier le dio las gracias al hombre mientras Grace quería morirse por la vergüenza que sintió al haber causado tanto alboroto. En cuanto estuvieron solos, trató de bajarse de los brazos de él, pero Javier la ignoró y la llevó a la habitación principal, donde la echó sobre la cama.

—Yo estaba perfectamente bien. Puedo cuidar de mí misma, ¿sabes? —dijo ella, enojada.

—Temí que te hubieras ahogado —contestó él—. Dejaste tu ropa en la arena y la última vez que te vieron te dirigías a meterte en el mar —dijo, encogiéndose de hombros—. Sé que nuestro matrimonio no te hace feliz.

—Quizá sea peor que la muerte, pero te prometo que no tengo intención de quitarme la vida —dijo ella con ligereza.

Pero entonces vio reflejado en los ojos de él que realmente se había preocupado por ella.

—Lo siento… lo que he dicho ha sido una tontería.

Entonces él se echó sobre ella, acorralándola contra el colchón.

—Así que estar casada conmigo es peor que la muerte, ¿no? —murmuró él suavemente—. Vamos a verlo, ¿quieres?

—Javier… no, no quise decir… —comenzó a decir ella, sin poder terminar de hablar debido al beso que le dio él.

Aquel beso tenía la intención de castigarla más que de darle placer. La tomó de la nuca para sujetarla mientras su lengua trataba de abrirse paso a su boca, y ella pudo sentir la potente fuerza de su erección entre sus muslos, provocando que un calor líquido le recorriera las venas.

Incapaz de resistirse a la maestría de él, Grace le abrazó el cuello y se aferró a él.

—Dime la verdad, Grace, ¿mis caricias te resultan repugnantes? —exigió saber él bruscamente—. ¿Desprecias sentir mi boca sobre la tuya? —continuó, con la pasión y el orgullo herido reflejados en sus dorados ojos.

Grace casi creyó que lo había herido. Despacio, agitó la cabeza de lado a lado, para después gritar cuando él le desabrochó la parte superior de su bikini, dejando sus pechos al aire.

—¿Odias cuando te acaricio aquí? —preguntó, tomando uno de los pezones de ella entre sus dedos y comenzando a jugar con él—, ¿O aquí? —continuó, acariciando su otro pecho y bajando la cabeza para utilizar su lengua.

Lo hizo con tal efecto devastador que ella gimió y retorció sus caderas, desesperada de necesidad.

—Estoy esperando tu respuesta.

La profunda voz de él hizo que ella lo mirara a los ojos. Grace quería rechazarlo y borrar la arrogante sonrisa que él tenía reflejada en la cara, pero su cuerpo estaba en llamas y estaba desesperada porque él continuase con sus hábiles caricias.

—Yo… no… lo odio —logró decir.

Vio la hambrienta pasión que sentía él reflejada en sus ojos justo antes de volver a besarla y demoler los últimos vestigios de su orgullo. Lo deseaba tanto, que estaba temblando. Podía sentir el calor que había invadido su entrepierna y se preguntó si sería una equivocación tan grande abandonar sus principios y entregarse por completo al placer de la posesión de él.

Sintió cómo él comenzó a acariciar su estómago, para luego bajar su mano y detenerse en la sensible carne del interior de sus muslos. Con gran facilidad, le separó las piernas, y ella aguantó la respiración cuando sintió cómo él le introducía los dedos por debajo de la braga de su bikini.

Al principio estuvo acariciándola con suavidad, pero después, despacio, comenzó a separar los delicados pliegues de su carne y se introdujo en ella. Instantáneamente, los músculos de Grace se tensaron alrededor del dedo de él. Gimió asustada al comenzar él a explorarla, pero con cada caricia le parecía estar llegando a las puertas de un lugar mágico.

—Javier… —agobiada por aquellas sensaciones, hundió las uñas en los hombros de él, como si necesitase sujetarse a algo sólido.

Los dedos de él estaban realizando un baile erótico dentro de ella, que sollozó el nombre de él mientras sentía cómo un espasmo

de exquisito placer se apoderaba de ella. Aquello era estupendo, pero estaba mal. No debería estar haciendo aquello… no con un hombre que no sentía respeto por ella y la consideraba de su propiedad.

—Shh, tranquila. Está bien —murmuró Javier. La abrazó estrechamente.

Pero Grace lo apartó, empujándolo con firmeza, mientras las lágrimas le recorrían la cara.

—No está bien… yo no debería estar haciendo esto. No te amo —dijo con furia, agitando la cabeza con tanta energía, que su pelo cayó hacia delante, cubriéndole los pechos—. No odio que me acaricies, es obvio, pero me odio a mí misma —susurró entrecortadamente.

—¡Pero estamos casados! —explotó Javier—. Si no haces el amor conmigo mientras eres mi esposa… ¿qué demonios hubieras hecho si yo me hubiese ofrecido a ayudar a tu padre, pero sólo a cambio de que tú te convirtieras en mi amante?

—Hubiese hecho lo que fuese para salvar a mi padre de la cárcel —contestó sinceramente—. Incluso estaba dispuesta a tener relaciones sexuales contigo, aunque iba en contra de todo lo que yo creo. Pero había planeado emborracharme primero para así no recordar mucho de ello.

Javier se tumbó de espaldas y maldijo gravemente en su propio idioma.

—Eres tan buena para mi ego, querida, ¿por qué no me das una patada entre las piernas y así te quedas contenta?

Grace notó un leve tono de dolor mezclado con el enfado que sentía él y se preguntó si realmente era posible que le hubiese hecho daño. Por alguna extraña razón, sólo con pensarlo le daban ganas de llorar.

—Lo siento, pero ya sabías cuáles son mis sentimientos. Para mí, el amor y el deseo van inextricablemente unidos, y espero un día conocer a alguien que valore mi corazón tanto como mi cuerpo.

—¿Estás dispuesta a negarle a tu cuerpo el placer que ansia en base a la equivocada creencia en los cuentos de hadas? —exigió saber él mordazmente—. Bueno, espero que te diviertas en tu pedestal de superioridad moral, pero si alguna vez decides unirte al mundo real, dímelo, porque aunque te empeñes en negarlo, yo soy el único hombre que te excita.

Capítulo 9

Leves rayos de luz se colaron a través de las cortinas. Suspirando suavemente, Grace abrió los ojos y al ver a Javier tan cerca de ella sintió cómo le dio un vuelco el corazón, tal y como había ocurrido todas las mañanas durante los últimos dos meses.

Dos meses durante los cuales habían estado viviendo en el Palacio del León y que habían pasado muy rápido. Pero en vez de desear que los próximos diez meses transcurriesen igual de deprisa, deseó que el tiempo se detuviera.

Se preguntó qué estaba haciendo él, era como si fuese un mago que le había echado un hechizo. Se quedó mirando su cara, percatándose de que sus largas pestañas negras rozaban sus mejillas, suavizando sus duras facciones. Mientras dormía parecía más relajado, casi como un niño, y ella sintió cómo se le hinchaba el corazón debido a la emoción. Cuando lo había conocido, había pensado que era como el demonio y nunca habría sospechado que llegaría a preocuparse por él. Pero durante aquellos primeros meses de su matrimonio había aprendido que el duque de Herrera sí que tenía corazón… simplemente lo tenía muy escondido bajo una capa de fría indiferencia.

Mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro, para estudiarlo con más detenimiento, pensó que en realidad con ella no era frío. Aunque con frecuencia estaba ocupado y trabajando en su despacho de las oficinas del Banco de Herrera en Granada, parecía que aprovechaba cualquier momento para estar con ella. Normalmente se tomaba un descanso y le pedía que bajara a dar un paseo con él por los jardines del castillo. Y todas las noches durante la cena se transformaba en una compañía ingeniosa y divertida que coqueteaba con ella sin ningún reparo, provocando que ella deseara aceptar la invitación que reflejaban sus ojos.

Pero desde la traumática última noche de su luna de miel, él no había vuelto a intentar hacerle el amor y las únicas veces que la besaba eran delante del personal del castillo, presumiblemente para reforzar la creencia de que su matrimonio era real. Esa era la razón por la que había insistido en que ella tenía que dormir en su cama. Pero cuando estaban a solas por la noche, él tenía mucho cuidado de no tocarla.

Con desaliento, pensó que no podía culparle. A veces él iba

desnudo al cuarto de baño de la habitación, provocando que ella se ruborizara, pero siempre se ponía unos calzoncillos antes de meterse en la cama y, a los pocos minutos de apagar la luz, se dormía. Ella se quedaba despierta durante casi la mitad de la noche, atormentada por el deseo de echarse sobre el otro lado de la cama…

Lujuria, amor… estaba tan confundida, que no sabía dónde empezaba uno ni dónde terminaba el otro y estaba empezando a no importarle. No podía dejar de pensar en Javier y no podía soportar pensar en el momento en el que él ya no necesitara seguir fingiendo que era un hombre felizmente casado. Cuando ella había accedido a su propuesta matrimonial, había prometido que nunca se enamoraría de él… pero en aquel momento no estaba segura.

Pero ése era un camino peligroso. Día tras día, poco a poco, Javier estaba invadiéndole el corazón, pero no había ninguna posibilidad de que llegara a amarla, y en diez meses la echaría de su vida con la despiadada eficiencia por la que era conocido.

—Buenos días, querida, ¿has dormido bien? —dijo él con un leve toque de burla.

Grace se preguntó si sería porque sabía que ella había estado horas dando vueltas mientras su cuerpo vibraba debido a la frustración sexual que sentía.

—He dormido perfectamente —aseguró alegremente—. He dormido de un tirón.

—¿De verdad? Por la manera en la que te retorcías, pensé que quizá habrías tenido una pesadilla.

—No me estaba retorciendo —dijo ella, sentándose en la cama y mirándolo.

Se ruborizó al percatarse del pícaro brillo de los ojos de él.

—Entonces quizá fuese yo el que estaba soñando. Espero que no te haya despertado —dijo él.

Grace tomó la almohada y le dio con ella.

—Así que quieres jugar, ¿no es así? —dijo él, sonriendo, agarrando la almohada y tumbando a Grace de espaldas.

—Eres tan encantadora, querida, y yo he sido tan paciente, umm… No me he movido de mi lado de la cama.

—Pues ahora no estás en tu lado —murmuró ella, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba al sentir los duros muslos de él apretándola contra el colchón.

—Ni tú tampoco. Estamos en tierra de nadie, donde las normas sobre la guerra ya no tienen validez.

—Yo no estoy en guerra contigo.

Entonces ella no pudo evitar la tentación de apartar un mechón

de pelo que se le había venido a Javier a la frente. Era tan guapo, que no podía pensar con claridad cuando él estaba cerca… y en aquel momento él ya no podía acercarse mucho más. Sabía que debía apartarlo de ella, pero en vez de eso lo abrazó por los hombros, disfrutando al sentir la aterciopelada piel de él bajo sus dedos.

—Pensaba que éramos amigos —susurró ella vergonzosamente.

—Amigos —dijo él, deteniéndose para considerar el significado de aquella palabra. Entonces sonrió—. Y compañeros de dormitorio. Aunque creo que es justo decir que ninguno de los dos dormimos mucho. ¿No estás de acuerdo, querida?

Era estúpido negarlo… teniendo en cuenta que ella estaba prácticamente derritiéndose bajo él.

—Sí —dijo ella.

Tragó saliva con fuerza ante el cálido brillo que reflejaban los ojos de él. Observó cómo bajaba la cabeza y sintió cómo cubrió sus labios con los suyos. Durante un momento, Javier le permitió dominar el beso, pero al encenderse aún más la pasión entre ambos, él tomó control de la situación, convirtiéndose en un macho dominante. Reclamó la boca de ella con una sensualidad cautivadora, dejándola débil y necesitada.

—Javier… —comenzó a decir ella, besándole el cuello.

No le impidió bajarle un tirante del camisón. Uno de sus pequeños pechos quedó expuesto, comenzando él a besarle el escote hasta llegar al valle existente entre sus pechos. Entonces le bajó el otro tirante. Comenzó a acariciarle un pecho y bajó su cabeza para juguetear con él con su lengua, para tomar completa posesión de él con su boca a continuación.

La sensación que invadió a Grace fue tan intensa, que gimió y movió las caderas impaciente, invitándolo. No podía pensar en otra cosa que no fuese el anhelo de que él la tocara en su parte más íntima. No puso ninguna objeción cuando él le quitó el camisón, pero cuando le agarró las bragas un temblor se apoderó de ella y se puso tensa.

—Me deseas, Grace —murmuró Javier—. ¿Quién necesita amor cuando compartimos una pasión tan intensa como ésta?

—Yo lo necesito —dijo ella, cerrando los ojos, invadida por una ola de desesperación—. Eres un maestro en el arte de la seducción, Javier… no hay duda de que has tenido mucha práctica. Aprietas los botones correctos y yo te necesito tanto, que me duele. Pero sin amor ni confianza, ¿qué tendríamos aparte de unos pocos momentos de placer vacío?

Entonces notó que él estaba a punto de perder su autocontrol.

—¡Toma mi cuerpo si quieres! No podría detenerte ni aunque lo intentara, ambos lo sabemos. Pero acabarías con la poca dignidad que me queda después de las cosas que he hecho recientemente.

—¿Qué cosas? —exigió saber Javier ferozmente—. Grace, ¿estás avergonzada de haberte casado conmigo?

—No estoy orgullosa de mentir —admitió ella—. He hecho falsas promesas en una capilla, promesas que sabía no iba a cumplir. Pero quiero a mi padre más que a nada en el mundo. Él nunca debió haberte robado todo aquel dinero, pero comprendo por qué lo hizo. Sufrió muchísimo al perder a mi madre, y mi orgullo era un pequeño precio que pagar cuando significaba librarle de ir a la cárcel.

—Tú tienes más principios que todo un convento de monjas —bramó él sarcásticamente—. Quizá sea una buena cosa que yo me vaya a marchar durante un tiempo —dijo, levantándose de la cama.

—¿Te vas a marchar? ¿Adónde?

—A Madrid. Tengo una serie de reuniones con los directivos del banco y un número de invitaciones sociales que, repentinamente, parecen más apetecibles que quedarme aquí contigo.

—¿No pensarán tus amigos que es extraño si vuelves solo? —espetó Grace, ofendida por su amargo desprecio—. Pensaba que se suponía que teníamos que alimentar la idea de que estamos muy enamorados.

—Pensaré en una excusa para tu ausencia… les diré que estás enferma o algo así —dijo con indiferencia—. Aunque supongo que eso implica el peligro de que crean que estás embarazada. Lo que no saben ellos es que… sería la inmaculada concepción, —farfulló con sarcasmo—. De todas maneras, no estaré solo; Luz vendrá conmigo. Ha convencido a su padre de que ya es hora de darse a conocer en las fiestas de la capital —añadió.

—¿Y a ti te han contratado como su niñera? —dijo ella, forzándose a parecer desinteresada. Pero dentro de ella se estaban acumulando una multitud de emociones confusas—. Qué duro para ti.

—Estoy seguro de que sobreviviré… por lo menos Luz sabe cómo divertirse.

—Apuesto a que sí —dijo Grace—. ¿No es un poco joven para ti?

—Querida, casi podría pensar que estás celosa —dijo él, deteniéndose en la puerta del cuarto de baño y dirigiéndole una insulsa sonrisa.

—Pues no lo estoy, así que no te hagas ilusiones. Me gustará

gozar de un poco de paz y tranquilidad cuando estés fuera, así que no tengas prisa por regresar.

Dos semanas después, Grace, desalentada, sabía que él no tenía ninguna prisa por regresar. Su excusa había sido un inesperado volumen de trabajo debido a problemas en la dirección del banco. Las pocas veces que la había telefoneado era cierto que había parecido cansado… Pero quizá el que estuviera tan exhausto y que no quisiese regresar a Granada se debiera a otras razones. Ella había telefoneado dos veces al ático de Madrid y en ambas ocasiones le había respondido al teléfono una mujer cuya sensual voz le hizo perder la cabeza de celos.

No había sido Luz; aquella *sexy* voz era de una mujer adulta más que de una quinceañera. Pensó que debía haber tenido el coraje de preguntarle a él con quién había estado en vez de haberse pasado una noche entera sin dormir, habiéndoselo imaginado haciéndole el amor a una preciosa mujer.

Le dijo a *Luca* que no comprendía por qué estaba tan disgustada. Como ella, el perro de Javier echaba de menos a su dueño.

—No me importa lo que haga o con quién esté —le dijo al perro, enfurecida.

Pero tuvo la impresión de que el perro sabía que ella estaba mintiendo. El castillo era un lugar sombrío sin el duque, y comenzó a darse cuenta de cuánto tiempo habían pasado juntos.

—¿Está tan mal admitir que lo echo de menos? —susurró—. Pero si ahora me siento así, ¿cómo me sentiré cuando nuestro matrimonio termine? Yo no estoy enamorada de él —le dijo muy seriamente al animal—. Simplemente no puedo dejar de pensar en él. Eso es todo.

* * *

Transcurrieron tres días más hasta que, desde el jardín, oyó el zumbido que causó el helicóptero de Javier. Al ver que era él, corrió a la planta de arriba para cambiarse de ropa y ponerse uno de los elegantes conjuntos para el día que llenaban su armario. Le temblaron los dedos al soltarse el pelo. No quería que pareciera que había hecho un esfuerzo para agradarle, pero no pudo evitar aplicarse brillo de labios y ponerse perfume.

Javier había regresado y, hasta las antiguas paredes de piedra del castillo, parecían sonreír. Al dirigirse a toda prisa a la puerta principal lo vio andando por el patio. No estaba preparada para el efecto que él iba a tener sobre ella; sintió como si se le parase el corazón y como si entonces comenzara a latirle más rápido de lo normal. Al mirarlo a la cara y ver lo guapo que era, sintió

mariposas en su estómago y las manos húmedas.

Pensó que lo había echado muchísimo de menos. Se detuvo en el porche, esperando recuperar un poco de su autocontrol. Entonces él miró para arriba y la vio, sonriéndole abiertamente. Aquella sonrisa fue tan devastadora, que echó a perder todas las buenas intenciones de ella.

—¡Javier! —gritó, bajando las escaleras corriendo.

Pero entonces vio una furgoneta que traía un pedido entrando en el patio al mismo tiempo que el perro corría emocionado hacia su dueño.

—¡*Luca*… no!

El nauseabundo golpe se oyó al mismo tiempo que el angustioso alarido de *Luca*. Grace apartó su vista del animal, que estaba inmóvil bajo las ruedas de la furgoneta. Miró a Javier y la expresión de la cara de éste le hizo desear llorar. Se preguntó cómo podía haber pensado alguna vez que él no tenía corazón. Durante un momento vio reflejado en sus ojos un profundo dolor, miedo y el afecto que sentía por su fiel compañero, pero entonces controló sus emociones y corrió hacia *Luca*. Había concentrado todo su amor en su perro, que lo amaba a él incondicionalmente.

—Dile a Torres que llame al veterinario —bramó él —. Y date prisa; está perdiendo mucha sangre.

Durante las siguientes horas, Grace no pudo hacer otra cosa que rezar para que el amado perro de Javier se salvara. Ella haría todo lo que pudiese para que *Luca* viviese. Haría lo que fuese para que Javier volviese a sonreír.

Entonces se dio cuenta de que lo amaba. Por esa razón, cada uno de los días en que él había estado ausente, le había parecido muy largo y gris a pesar de la luz que había en los últimos días del verano. Sin él, sólo se sentía viva en parte. De alguna manera, sin haberse dado cuenta de ello, él se había convertido en su sol y su luna… él era la razón por la que ella se levantaba cada mañana sonriendo.

Mientras andaba por la rosaleda reconoció que no era sólo lujuria. Durante su luna de miel Javier le había dicho que él era el único hombre que la excitaba y no podía negarlo. Javier le hacía sentir y pensar en cosas picaras, malvadas, que ella todavía encontraba escandalosas. Pero él era el único hombre que la llevaba al límite del éxtasis… el único hombre que ella había deseado con cada poro de su piel.

Al haberlo visto aquel día con *Luca* se había dado cuenta de que sus sentimientos por él iban mucho más allá de la atracción física.

Deseaba abrazarlo y protegerlo del dolor. Quería amarlo con su cuerpo y con su alma. Era gracias a él que su padre no iba a pasar los siguientes años en prisión y, aunque ambos se habían beneficiado del contrato matrimonial, él la había tratado con respeto y consideración.

No era casualidad que los miembros del personal a su servicio le fueran fieles. Bajo su apariencia de altanería y arrogancia, ella había descubierto que era amable y encantador, poseedor de una ardiente pasión que hacía que ella lo deseara desesperadamente.

Pero el día de su boda él le había dicho que no buscara cosas que no existían… una advertencia de que nunca podría llegar a amarla.

Luca se había fracturado una pierna, había sufrido múltiples contusiones y, como ocurría con muchos animales heridos, estaba en estado de *shock*. Javier se lo hizo saber a Grace cuando ésta se unió a ellos en la gran cocina. Javier y Torres habían llevado al animal al castillo, y el veterinario se había negado a que lo movieran más. Le había curado las heridas y le había suministrado un fuerte sedante; lo único que podían hacer era esperar que *Luca* sobreviviera.

—Las próximas veinticuatro horas son cruciales, pero el veterinario está convencido de que se recuperará —le informó Javier tristemente.

—Oh, eso espero —murmuró Grace fervientemente, arrodillándose junto a Javier y acariciando delicadamente al inconsciente animal—. Sé lo mucho que te preocupas por él.

Sintió cómo las lágrimas le escocían los ojos al recodar lo devastado que había estado él en el momento del accidente.

Javier estaba tenso, y la tomó de la barbilla, mirándola a los ojos.

—A veces me parece que sabes demasiadas cosas de mí, Grace. Siento como si tus profundos ojos azules fuesen capaces de leer mi alma y destapar mis secretos.

—No quiero que haya secretos entre nosotros —susurró ella, cautivada por la intensidad de la mirada de él—. Eres mi esposo… aunque parece que te has olvidado de ello durante las últimas semanas —añadió, recordando la seductora voz de la mujer que había respondido a sus llamadas telefónicas.

Pero aquél no era el momento de revelar sus irracionales celos.

—¿Crees que me podría olvidar de ti? —dijo él, esbozando una pequeña sonrisa—. Desearía poder hacerlo, querida, pero la verdad es que he estado todo el tiempo pensando en ti y cada noche

soñando que estabas tumbada a mi lado, con tu cara tan cerca de la mía, que si me daba la vuelta mis labios rozarían los tuyos… Así.

Javier acercó su boca a la de ella, dulcemente, como si quisiese saborear el momento después de todos los días en los que había estado ausente. Ella lo abrazó estrechamente por el cuello y pensó que de aquella manera era como quería estar. Abrió los labios y respondió al beso de él con una delicada pasión, queriendo reconfortarle tras el trauma que había sufrido al ver a *Luca* tumbado bajo las ruedas de la camioneta.

—Deberías tratar de dormir —murmuró ella cuando él levantó la cabeza.

—Esta noche no… quiero quedarme con *Luca* por si se mueve.

—Bueno, por lo menos vete a dar una ducha y a comer algo… yo me quedaré con él y te prometo que te llamaré si pasa algo.

Todavía estaban arrodillados al lado de *Luca*, pero Javier se levantó e hizo que ella también se levantara.

—Grace, no me merezco lo amable que estás siendo conmigo —dijo—. Eres tú la que deberías dormir un poco… mañana vas a ir a Inglaterra.

—¿Quieres decir que me mandas para allá? ¿Por qué? —quiso saber ella, titubeando.

Se preguntó si él se había cansado de ella y de sus principios y quería quitársela de en medio para así poder llevar al castillo a su amante.

—Sólo es por una semana —dijo él, frunciendo el ceño—. Sé cuánto echas de menos a tu padre, y lo había arreglado todo para que ambos fuésemos a visitarlo, pero no puedo dejar a *Luca* así.

—Claro que no, pero podríamos posponer el viaje hasta que esté mejor —propuso ella, aliviada.

—Estoy seguro de que no te has olvidado de que en pocos días es el cumpleaños de tu padre. Cuando hablé con tu tía, me dijo que él tenía muchísimas ganas de verte —dijo Javier, apartándole el pelo de la cara a ella—. No puedes fallarle, querida.

No, no podía hacerlo. Pero, si era sincera, tenía que admitir que había estado tan concentrada en Javier, que había olvidado por completo el cumpleaños de su padre.

—¿A qué hora salgo? —preguntó en voz baja.

—Mañana por la mañana. Será mejor que te vayas a la cama, y te veré por la mañana.

Grace asintió con la cabeza; no confiaba en ella misma si hablaba, pero cuando llegó a la puerta, el sonido de la voz de él la detuvo.

—¡Grace! ¿Regresarás? —preguntó él con una incomprensible expresión reflejada en los ojos.

—Claro que sí —prometió suavemente—. Tenemos un acuerdo… ¿lo recuerdas?

Pero plantearse cómo iba a poder vivir sin él cuando el contrato matrimonial terminara la atormentó durante el resto de la noche. Y cuando, a la mañana siguiente, Torres la llevó en coche al aeropuerto, no pudo ocultar su infelicidad.

Grace, tras el quinto día de lluvia, pensó que el otoño había decidido hacerle una visita a la costa sur de Inglaterra. Miró a través de la ventana del hostal de su tía Pam, recordando con nostalgia el jardín del Palacio del León.

Tuvo que admitir que tenía muchísimas ganas de regresar, aunque su impaciencia no tenía mucho que ver con el cálido sol granadino… podría vivir muy felizmente en el ártico si estuviese con Javier.

—¡Jaque mate! —anunció Angus Beresford alegremente, levantando la mirada hacia su hija—. Algo me dice que no tenías la mente en la partida, cariño.

—Nunca he sido capaz de ganarte al ajedrez, papá —contestó ella, sonriendo—. Mamá era mucho mejor adversaria que yo.

Angus mantuvo silencio durante un momento para luego devolverle la sonrisa a su hija.

—Sí, ella podía ganarme de lleno, bendita sea.

Grace aguantó la respiración; era la primera vez desde que Susan Beresford había muerto que ella había sido capaz de mencionarla en una conversación. Antes, había evitado mencionar a su madre ante el miedo de haber provocado una depresión aún más fuerte de la que ya sufría su padre. Pero en aquel momento, con la ayuda de un consejero para casos de pérdida de un ser querido, Angus estaba finalmente aceptando la pérdida de la mujer de la que se había enamorado nada más haberla visto.

Mientras se acercaba y le daba un beso a su padre en la mejilla, pensó que todavía quedaba mucho camino por recorrer; él todavía tenía que seguir medicándose contra la depresión durante meses. La muerte de Susan le había dejado desesperado, y durante un corto espacio de tiempo él había perdido la cabeza. Todavía tenía grandes vacíos en su memoria, y ella estaba segura de que no recordaba muchos detalles del último año que había trabajado en el banco o de sus desesperados intentos de arreglar sus crecientes problemas económicos.

Desde luego que ella no se lo iba a recordar. Gracias a Javier su

padre estaba libre de cargos, ya no tenía deudas y vivía a salvo y protegido por su tía Pam. Estaba decidida a que él no se enterara del precio que había tenido que pagar ella por su libertad… un año de su vida entregado a un hombre que despreciaba.

Pero reconoció con dolor que ya no despreciaba a Javier. Era casi imposible pensar que alguna vez lo había odiado cuando su amor por él en ese momento rebosaba su corazón.

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos, seguido por los alegres ladridos de los tres terriers de la tía Pam.

—Vamos, *Misty*, a la cocina… y tú, *Moppet*. Dejad de mordisquear mis zapatillas. Grace, ¿podrías ir a ver quién es? —le pidió su tía, levemente desesperada.

Tratando de no reír, Grace se dirigió a abrir la puerta principal. Casi se le salió el corazón del pecho cuando miró a unos familiares ojos dorados.

—Javier… ¿Qué… qué haces aquí? —tartamudeó, invadida por el pavor—. ¿*Luca*…?

—Se está recuperando más rápido de lo que incluso pensaba el veterinario —tranquilizó él—. He venido para llevarte a casa, desde luego.

Él dijo aquello con el destello de la altiva arrogancia que ella tan bien conocía. Pero la calidez de sus ojos, el brillo de la pasión que no podía ocultar le dijo a ella que él no estaba controlando sus emociones de la manera en la que le hubiese gustado que ella creyese.

—He decidido que mi esposa ya ha estado fuera durante demasiado tiempo.

—Pero sabías que regresaba mañana. Lo arreglaste todo para mi vuelo —dijo ella, encandilada.

—La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes —dijo él, arrastrando las palabras sin ningún tipo de remordimiento—. Mi avión privado está esperando en el aeropuerto… ve a por tus cosas.

—¿Quieres que nos marchemos ahora mismo? Pero no tengo hechas las maletas ni nada. ¿Qué es lo que está pasando realmente, Javier? —exigió saber—. ¿Pensaste que tal vez fuese a romper nuestro acuerdo? Te di mi palabra de que regresaría, pero está claro que no confías en mí.

—No es una cuestión de confianza —gruñó él.

—¿Entonces a qué se debe esta repentina urgencia? —preguntó Grace entre dientes—. Parece como si te hubieras levantado esta mañana y te hubieras montado directamente en el avión.

Javier se encogió de hombros y repentinamente pareció decidido

a evitar la mirada de ella.

—La urgencia es porque llevamos separados casi un mes. Me tuve que quedar en Madrid durante más tiempo del que había planeado y entonces tú viniste aquí para celebrar el cumpleaños de tu padre —increíblemente, Javier parecía avergonzado—. Te he… echado de menos.

—¡Oh! —exclamó ella, emocionada y sonriendo vergonzosamente—. Yo… también te he echado de menos —susurró.

Se quedó mirándolo, deseando que él hiciera lo mismo. Se le aceleró el corazón cuando él esbozó una sensual sonrisa que prometía el cielo.

—Grace… —comenzó a decir él, mirándola profundamente a los ojos.

—¿Sí?

—¿Crees que podría entrar antes de que me ahogue bajo la lluvia?

—¡Oh! Sí, desde luego. ¡Lo siento! —ruborizada, se echó para atrás y le hizo pasar a la entrada.

Javier estaba tan mojado, que el agua le chorreaba por la cara.

—Estás empapado… ven, déjame que te ayude a quitarte la ropa —dijo, nerviosa, quitándole la chaqueta.

—Soy todo tuyo, querida… sé cariñosa conmigo —bromeó con la diversión reflejada en los ojos—. Aunque no estoy seguro de que debas desnudarme en la entrada. Quizá tu tía no esté de acuerdo.

—Realmente eres el diablo en persona, Javier Herrera —le dijo Grace, enojada.

Entonces él la abrazó, ella se aferró a él sin importarle que sus mojadas ropas la estuvieran empapando. Estaba ardiente de pasión y comenzó a sentir un remolino de sensaciones en la parte baja de su estómago. Cuando él le acarició un pecho, ella gimió y se acurrucó en él, deseando que pudieran quitarse la ropa para así sentir piel contra piel.

—Regresa a casa conmigo, Grace… es conmigo con quien debes estar —dijo Javier con la voz ronca cuando por fin levantó la cabeza, acariciándole los labios con su dedo pulgar.

Ella se preguntó si él se estaría circunscribiendo a los términos de su contrato matrimonial. Pero repentinamente eso ya no importaba. Todo lo que le importaba era estar con el hombre al que amaba… durante el tiempo que él la quisiese. Y, sonriéndole de tal manera que le llegó al alma, se apresuró a subir a la planta de arriba para hacer las maletas.

Capítulo 10

—Tengo que quedarme en Madrid durante unos días —informó Javier una vez hubo aparcado el coche en el aparcamiento subterráneo del bloque de pisos—. Pensé que quizá te gustaría pasar un tiempo en la ciudad antes de regresar al castillo.

Grace pensó que no le importaba dónde estuviera siempre y cuando estuviera con él. Lo había echado muchísimo de menos durante las pocas semanas en las que habían estado separados, pero sólo fue en ese momento, al analizar las duras facciones de su cara, que se dio cuenta de cuánto lo había deseado.

Mientras subían hasta el ático en el ascensor, se preguntó cómo iba a sobrevivir sin él. En nueve meses su contrato terminaría y se tendrían que separar, pero ella nunca se sentiría libre de él. Su alma lo había reconocido como su alma gemela y, cuando se separaran, ella estaría el resto de su vida sintiéndose incompleta.

—Se está haciendo tarde y debes de estar cansado… has estado la mayor parte del día viajando —murmuró cuando llegaron al ático —. ¿Dónde has puesto mi maleta? Supongo que en la habitación principal —añadió, sintiendo cómo un temblor le recorría el cuerpo al pensar en compartir de nuevo la cama con él.

No había dormido con él en el ático y, con sólo pensar en mirar al espejo que había sobre la cama y ver el reflejo del dorado cuerpo de él, sintió cómo la pasión le recorría las venas. Seguro que aquella noche él cumpliría la promesa que reflejaban sus ojos y la tomaría entre sus brazos…

Javier se dirigió al bar y le ofreció algo de beber. Al negarse ella, él se sirvió un *whisky* y se lo bebió de un trago.

—He puesto tu maleta en la habitación que hay al final del pasillo, en la que dormiste la vez pasada —hizo una pausa antes de continuar—. De ahora en adelante, he decidido que vas a dormir en tu propia habitación, tanto aquí como en el castillo.

Grace sintió como si le arrancasen el corazón.

—Ya veo —murmuró, sin comprender nada.

Se preguntó en qué se había equivocado. Él no podía haber dejado más claro que ya no la deseaba; debía de haberse equivocado cuando había creído ver deseo reflejado en los ojos de él.

—Estuve equivocado al pedirte que compartieras mi cama… o al

esperar que sacrificaras los principios que son tan importantes para ti —dijo él, mirando por la ventana—. Debes comprender que nunca antes había conocido a una mujer con principios… pero tú no eres como las demás mujeres, ¿no es así, querida? —añadió, dándose la vuelta para mirarla.

Esbozó una tenue sonrisa que no reflejaron sus ojos al ver la expresión de asombro de ella.

—No puedo decir que comparta tu ciega fe en los cuentos con finales felices, pero me he dado cuenta de que no tengo ningún derecho a tratar de destrozar tus creencias o a terminar con tu dulce inocencia con mi cinismo. Durante lo que queda de nuestro matrimonio, te prometo que vas a pasar cada noche en la privacidad de tu propia habitación.

Grace se quedó mirándolo, parpadeando y sin saber qué decir.

—Gracias —dijo con la voz ronca.

Estaba claro que él esperaba que ella estuviese contenta con aquella decisión y su orgullo no le permitía mostrar que estaba destrozada ante el hecho de perder la intimidad que una vez habían compartido.

—No pareces muy contenta. ¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Me preguntaba qué te ha llevado a cambiar de idea —refunfuñó ella—. Supongo que tendrá que ver con que tu amante se quedó aquí mientras me dejaste en Granada, ¿no es así?

—Yo no tengo ninguna amante.

—Oh, vamos, quizá yo sea muy inocente, pero no soy estúpida. Cada vez que te telefoneé, fue una mujer la que contestó el teléfono… y no era Luz —añadió con dureza, incapaz de ocultar los celos que sentía.

—No, Luz se está quedando en la casa de su prima en la otra parte de la ciudad —concedió él serenamente—. La única mujer que ha estado por aquí ha sido Pilar… mi ama de llaves —explicó.

—Ya veo —dijo ella.

Entonces recordó el momento en el que había entrado en el piso de Richard Quentin y lo había descubierto en la cama con su ama de llaves. Se había quedado destrozada ante la traición del hombre al que había creído amar, pero en aquel momento, al imaginarse a Javier dando vueltas en las sábanas con la belleza exótica que arreglaba su ático, se puso enferma.

—Pilar… ¿es tan guapa como su nombre y su voz indican? —dijo tensamente—. ¿Se ocupa de todos tus caprichos, Javier?

—Es una buena cocinera —contestó él, claramente

desconcertado por la hostilidad de ella—. Pero me temo que su artritis está empeorando y que pronto va a querer jubilarse e irse a vivir con su hija y con sus nietos. Se está quedando con ellos durante un par de días —añadió—. Pero te arregló la cama antes de irse.

—Bien —dijo Grace, deseando poder esconderse bajo una piedra —. Gracias por aclarármelo. Creo que será mejor que me vaya a la cama antes de que siga poniéndome en ridículo. Buenas noches.

—Buenas noches, querida… que duermas bien —le deseó él en tono de burla.

Ella se retorció de vergüenza y, asintiendo con la cabeza apresuradamente, se marchó a su habitación.

Como una autómata, Grace se duchó, se secó el pelo y se metió en la cama, donde pasó una noche intranquila. Se despertó antes del amanecer y, al recordar las duras acusaciones que le había hecho a Javier, gimió y se tapó la cara con la almohada. Se preguntó cómo había sido tan estúpida. Lo había echado todo a perder dejando mostrar sus celos, ya que él se habría dado cuenta de que ella tenía sentimientos hacia él.

¡Y vaya clase de sentimientos! Desde que lo había visto en el hostal de la tía Pam, su traicionero cuerpo había estado deseándolo para que sofocara la pasión que sólo él podía despertar en ella. Lo deseaba tanto, que el deseo se agolpaba en sus venas hasta hacer que todo su cuerpo latiera con fuerza debido a la necesidad de tenerlo.

Gimiendo frustrada, se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, con la esperanza de que una bebida fría la tranquilizara. Al ver su reflejo en el espejo dio un grito ahogado y se quedó mirando sus cargados ojos y sus húmedos labios. En Javier había encontrado su destino… aunque, dolorosamente, tuvo que reconocer que era un destino muy corto. Pero lo amaba. Las promesas que había hecho el día de su boda no habían sido mentiras; todo lo que había dicho lo había hecho hablando en serio… aunque en aquel momento no se había dado cuenta. Amaría a Javier tanto en la salud como en la enfermedad durante el resto de su vida, y deseaba honrarle con su cuerpo durante el tiempo que estuvieran casados.

Sin permitir que sus dudas se apoderaran de ella, salió al pasillo y se dirigió a la habitación de él. Con el corazón acelerado, pensó que él estaría dormido y que cuando se despertara y la encontrara tumbada a su lado, ella le diría que debía de haber estado andando en sueños. La química que había entre ambos era obvia… sabía que él todavía la deseaba. Con suerte, él la abrazaría sin estar

completamente despierto y entonces podría pasar cualquier cosa…

Con mucho cuidado abrió la puerta, pero se quedó paralizada cuando un par de ojos color miel se quedaron mirándola desde el interior de la habitación.

—¡Grace! ¿Ocurre algo?

Javier no estaba dormido; estaba recostado en las almohadas, tapado sólo hasta la cintura, dejando al descubierto su desnudo pecho. Pecaminosamente *sexy* y muy despierto, su dura belleza masculina la hizo sentirse débil y se humedeció los labios, nerviosa.

—No pasa nada, simplemente… —Grace no fue capaz de continuar, ya que estaba cautivada por la pasión que reflejaban los ojos de él—. ¡Olvídate de mis principios, Javier! —se sinceró en un arranque de valentía—. Quiero que me hagas el amor.

—¡Grace! No deberías decir esas cosas.

—¿Por qué no? Es la verdad —murmuró ella, acercándose a la cama, envalentonada por el hambre que reflejaban los ojos de él—. Quiero ser tu esposa en todos los sentidos de la palabra.

Entonces se quitó el camisón, dejando al desnudo sus pálidas y delicadas curvas.

—Debería hacer que te marches —farfulló Javier con la voz ronca—. Yo no soy hombre para ti, querida, pero tu belleza tentaría hasta a un santo… y yo nunca he sido muy devoto.

Javier apartó las sábanas, y Grace contuvo la respiración al observar la longitud de la erección de él. Las dudas que había apartado de su mente estaban invadiéndola apresuradamente, pero él la tomó de la mano y la echó sobre la cama, comenzando a chuparle los dedos.

—No me mires de esa manera. Nos lo tomaremos con calma. Lo último que querría hacer es hacerte daño. ¿Confías en mí? —preguntó él, levantándole la barbilla para que lo mirara.

La delicada pasión que se reflejaba en los ojos de él provocó que ella asintiera con la cabeza, enmudecida. Entonces sonrió tentativamente, y él se acercó a besarla, despacio, con una pericia sensual que dejó claro cuánto la deseaba.

Las provocativas caricias de la lengua de Javier entre sus labios alteraron sus sentidos. Entonces se aferró a él al comenzar éste a besarla en un nivel flagrantemente erótico.

—Eres tan pequeña, tan perfecta —susurró él antes de comenzar a besarla por la mandíbula y por la garganta.

Le acarició un pecho y miró su pezón antes de metérselo en la boca y comenzar a sentir cómo se endurecía. Cuando ella gimoteó, él comenzó a hacer lo mismo con el otro pezón, sintiendo cómo le

invadía una ola de satisfacción masculina al retorcer ella sus caderas. Sabía lo que ella, su bella rosa inglesa, quería y, muy decidido, le abrió las piernas y comenzó a acariciarle el delicado vello de su pubis.

Ella estaba preparada para él y, durante un segundo, Javier casi perdió el control y a punto estuvo de penetrarla con una primitiva fuerza. En vez de eso, se controló y comenzó a acariciarle la entrada de la vagina hasta que ella se abrió para él, momento en el cual la penetró con su dedo, profunda pero delicadamente, mirándola a la cara, observando cómo sus pupilas se dilataban de placer.

—Javier… por favor —susurró ella.

Él sonrió, convencido de que iba a ofrecerle el mayor placer que nunca había sentido ella. Quizá él no supiera muchas cosas sobre sentimientos, pero era un amante experimentado y generoso. Sin embargo pensó que, en lo que a Grace le concernía, quizá no era muy paciente. Sintió su pene latir con fuerza debido a la necesidad de la satisfacción sexual.

No podía esperar durante mucho más tiempo. No se había sentido tan caliente ni excitado desde que había sido un quinceañero. Volvió a besarla y sintió la dulzura de la lengua de ella dentro de su boca, excitándose todavía más. Sofocando un gemido, se acercó al cajón de la cómoda para tomar un preservativo y ponérselo.

—¡Javier…! —gritó Grace cuando notó que él se apartaba de ella. Sólo de pensar que iba a detenerse se puso enferma. Todo su cuerpo estaba temblando por la necesidad de sentirlo dentro de ella. Entonces lo abrazó para incitarlo a que la penetrara.

Javier introdujo una mano por debajo del trasero de ella y le levantó las caderas y, siguiendo un instinto tan viejo como el tiempo, ella abrió las piernas para que la sólida protuberancia del pene de él se restregara contra su parte más íntima. Despacio, con mucho cuidado, él la penetró, y ella sintió cómo sus músculos se extendían para acomodarlo.

—¿Te estoy haciendo daño? —preguntó él, mirándola a los ojos.

—No —mintió ella—. No te detengas.

En realidad no le dolía, simplemente era una sensación nueva y muy agobiante, pero lo último que quería era que él se apartara de ella. Le sonrió vergonzosamente, y él se detuvo un segundo, para a continuación moverse con fuerza, provocando que ella gimiera. En ese momento la incomodidad fue sustituida por una sensación de plenitud, y ella retorció sus caderas experimentalmente mientras disfrutaba de las deliciosas sensaciones que él estaba despertando

en ella.

—Perdóname, querida —susurró Javier—. ¿Quieres que me detenga?

—¡No! —se apresuró a contestar ella, asegurándose de abrazarlo con sus piernas por la espalda—. No te detengas; me gusta —susurró.

—Pues te va a gustar más aún —prometió él al comenzar a moverse despacio y con mucho cuidado.

Quería que ella se acostumbrara a él. Apartó el pelo que cubría su pezón y comenzó a juguetear con él con la lengua. Entonces, cuando la pasión comenzó a crecer, empezó a acelerar el ritmo y la intensidad de la penetración.

Grace se retorció, concentrada en la exquisita sensación de sentir a Javier dentro de ella, penetrándola muy profundamente, hasta que pensó que no iba a poder soportarlo mucho más sin explotar de placer. Por encima de ellos podía ver su reflejo en el espejo; los bronceados miembros de él entrelazados con los de ella, creando un erótico contraste. Se estremeció, divertida, al observar cómo él le hacía el amor.

Pequeños espasmos se apoderaron de su cuerpo y hundió sus uñas en los hombros de él. Repentinamente estuvo allí, al borde de un lugar al que sólo Javier podía llevarla, y cuando él la agarró por el trasero para sujetarla con fuerza, ella sintió cómo su cuerpo se convulsionaba con el poder del clímax.

—¡Oh! —exclamó ella, a quien nadie había preparado para sentir aquella inundación de placer.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al detenerse él un momento antes de volver a moverse con gran apasionamiento. Entonces ella sintió cómo su excitación aumentaba todavía más.

Javier echó la cabeza para atrás y gimió el nombre de ella.

—¡Grace…! —dijo, explotando de placer.

Durante largo rato estuvo allí quieto, dentro de ella. A Grace le encantaba sentir que eran sólo uno, dos corazones latiendo al unísono, y se quejó levemente cuando él se apartó de ella y se tumbó a su lado.

Entonces cerró los ojos y se acurrucó en él, absorbiendo la confortable calidez de su cuerpo. Comenzó a acariciarle el vello que le cubría el pecho y así fue como se quedó dormida…

Javier miró su encantadora cara y sintió cómo le daba un vuelco el corazón. En cualquier momento se bajaría de la cama y la dejaría allí sola, durmiendo. Tras la experiencia de rechazo que había sufrido en su juventud, no tenía paciencia para los obligatorios

arrumacos que las mujeres parecían querer tras haber practicado sexo.

Pero el sentir la pequeña mano de Grace sobre su pecho le reconfortaba más que le irritaba. No quería romper aquel contacto físico… de hecho, deseaba abrazarla y acercarla a él tanto como pudiera. Afortunadamente su fuerza de voluntad controló aquella necesidad. Pero no podía dejarla allí sola y le dio un suave beso en la frente como bendición antes de permitirse el placer de observarla dormir.

En invierno, las cimas de las montañas de Sierra Nevada estaban cubiertas de nieve, pero dentro del Palacio del León, enormes y centelleantes fuegos aseguraban que cada una de las habitaciones estuviera caliente. Faltaban tres semanas para navidad, pero la temporada de fiestas ya había comenzado y aquella noche el duque de Herrera era el anfitrión de una espléndida cena para empresarios y dignatarios de Granada.

Mientras se preparaba para la fiesta, Grace pensó que los últimos meses habían sido los más felices de su vida. Desde que Javier la había hecho su esposa en el estricto sentido de la palabra, no habían estado ni una noche separados. Él le hacía el amor con una devoción que provocaba que los músculos de ella desearan con placer que llegara el día siguiente y que estuviera constantemente esbozando una sonrisa.

Pero eclipsando su felicidad estaba el saber que el tiempo estaba pasando. Su contrato matrimonial estaba ya casi cumplido a la mitad y, en seis meses, Javier se aseguraría su puesto como director del Banco de Herrera, antes de disponer un fugaz divorcio. A pesar de su increíble vida sexual, a Grace no le quedaba ninguna duda de que él quería que su matrimonio terminara. Todas las noches él le hacía el amor con una fiera pasión, pero después se echaba a su lado de la cama, negándole la cercanía que ella ansiaba.

Los únicos momentos en los que él mostraba afecto hacia ella era durante el día y, presumiblemente, sus apasionados besos eran para seguir engañando a los miembros de su personal, continuando con la farsa de que eran una pareja feliz. Pero ella, tonta débil y patética, no podía resistirse a él y, mientras miraba su reflejo en el espejo, supo que la excitación que reflejaba su cara era porque aquella noche él bailaría con ella y la abrazaría estrechamente, de la manera en que ella deseaba que la abrazara.

Un leve movimiento desde la puerta captó su atención y contuvo el aliento al acercarse Javier hasta que su reflejo se unió al de ella en el espejo del vestidor.

—Estás… exquisita —dijo él tras varios segundos.

—Gracias —murmuró ella, mirándolo a los ojos a través del espejo y estremeciéndose ante la hambrienta pasión que reflejaban éstos.

Su vestido era rojo oscuro y tenía un provocador escote que le favorecía mucho. Era un sensual vestido creado para seducir, y sabía que Javier estaba imaginándose desatando los lazos que aseguraban el corpiño para poder acariciarle los pechos.

—¿Cuánto crees que durará la fiesta? —preguntó ella.

—Demasiado tiempo —gruñó él.

A Grace le dio la sensación de que él estaba teniendo una lucha interna con él mismo. Pero repentinamente su tensión se disipó y la abrazó, besando su clavícula.

—Ahora te quiero a ti, como supongo ya sabrás —añadió, desesperado, apretando la palpitante fuerza de su erección contra el trasero de ella—. Me pregunto qué habrá dentro de esa cabecita, detrás de esa serena sonrisa. ¿Pero qué harías, mi pequeña palomita, si te echo sobre la cama, te levanto la falda y te tomo ahí mismo, fuerte y rápidamente, de la manera en que sé que te gusta?

—Te diría que esperes a después… no quiero que me estropees el vestido —contestó ella, esbozando una pícara sonrisa.

—Supongo que tienes razón. Y, hablando de tu vestido, tengo una cosa para ti —dijo él, sacando una pequeña caja de cuero del bolsillo de su chaqueta y dándosela a ella.

—¿Qué es? —preguntó Grace.

—Ábrelo.

Entonces la oyó emitir un grito ahogado al abrir la cajita y ver la gargantilla de rubíes y diamantes engarzados en una cadena de oro.

—Es preciosa —dijo, mirándolo a los ojos, impresionada—. Pero no me puedes dar esto. Debe de costar una fortuna.

—No seas tonta. Eres mi esposa… te puedo dar lo que quiera —dijo él, tomando la gargantilla y poniéndosela a ella—. Va muy bien con tu vestido —aseguró con una nota de satisfacción.

—Pero Javier… —comenzó a decir ella, mirando la preciosa joya—. No me la puedo quedar. La tomaré prestada y te la devolveré cuando me marche.

—¿Cuando te marches adónde? —quiso saber él, mirando su reloj y dirigiéndose hacia la puerta, indicando que ya era hora de que bajaran a la planta de abajo para saludar a sus huéspedes.

—Cuando me marche a mi casa… después de nuestro divorcio —tartamudeó Grace, aguantando las lágrimas.

—Cuando llegue el momento ya nos preocuparemos por ello —

dijo él con aspereza, sin mostrar ninguna emoción en su cara—. La compré porque me pareció que te gustaría, pero te la vas a poner incluso si no te agrada. Eres la duquesa de Herrera, y delante de mis huéspedes espero que te comportes como tal.

* * *

Horas después, cuando la cena ya había terminado y se estaban sirviendo los cafés y las bebidas en el salón, una abatida Grace pensó que la noche no había comenzado de una manera muy prometedora. En lo que a los invitados se refería, Javier parecía ser un esposo devoto… era sólo ella la que sabía que la dulce expresión de él enmascaraba frialdad. Su papel como anfitrión representaba una excusa perfecta para hablar con todo el mundo y no con ella. Había estado durante la mayor parte de la cena coqueteando con una vivaz rubia que tenía sentada a uno de sus lados, mientras que en el otro tenía a Luz Vázquez.

Grace se dijo a sí misma que no le importaba. Durante la cena, la sensación de mareo que había tenido días atrás se había apoderado de ella de nuevo. Frunció el ceño al recordar su preocupación secreta. Tenía un retraso en su periodo… sólo unos días de retraso, pero eso ya era suficiente para que sintiera pánico.

Trató de asegurarse a sí misma que no podía estar embarazada… era imposible.

Al oler el café sintió cómo se le revolvía el estómago. Javier había utilizado protección cada vez que le había hecho el amor… bueno, casi siempre. Habían habido varias ocasiones en las que él no había tenido un preservativo a mano, como la vez en la que la había tumbado sobre la hierba y le había hecho el amor bajo de luz de la luna. Hacía poco él se había metido en la ducha con ella y había insistido en enjabonarle cada centímetro de su cuerpo hasta que el deseo les había agobiado y él la había penetrado con una salvaje y primitiva pasión que a ella le había impresionado y cautivado.

Se preguntó si esos breves momentos de pasión podrían haber provocado que hubiera concebido un hijo de Javier. Comenzó a temblar con una mezcla de placer y miedo y, durante un momento, se imaginó acunando al hijo de él en sus brazos. Se planteó qué pensaría Javier. Lo seguro era pensar que un hijo no había formado parte de sus planes, pero su corazón latió con fuerza al tener la esperanza de que quizá a él le hiciera ilusión.

—¿Te encuentras mal, Grace? Estás incluso más pálida que de costumbre —comentó Luz Vázquez al sentarse en el sofá próximo a Grace.

—Estoy bien; simplemente tengo un poco de náusea, eso es todo —contestó Grace—. Me temo que he comido demasiado —añadió.

La joven española estaba deslumbrante aquella noche. Iba elegantemente vestida y parecía mayor de lo que en realidad era. Se quedó mirando a Grace durante un momento con el brillo reflejado en sus ojos negros.

—¿Que has comido mucho? —provocó suavemente—, No lo creo. Mi hermana tiene tres hijos y no podía soportar el olor a café durante sus embarazos. Quizá haya otra razón por la que estás tan pálida.

Grace respiró profundamente, pero no podía mirar a la joven a los ojos.

—Podría estar equivocada. No está confirmado —dijo entre dientes. Pero al decir aquello supo, por un instinto femenino, que estaba embarazada.

—Así que el plan de Javier ha funcionado —dijo Luz, levemente enfadada—. Tengo que reconocer que es un mérito… que haya encontrado una mujer y que vaya a tener un heredero dentro del año estipulado es un logro, incluso para un semental como él.

—¿Qué quieres decir? —exigió saber Grace, sintiendo cómo el terror se apoderaba de su estómago—. Tú no sabes nada sobre nuestro matrimonio.

—Lo sé todo —dijo Luz—. Sé que Javier sólo se casó contigo para asegurarse su posición a la cabeza del Banco de Herrera y también sé que decidió utilizar el año en el que tenía que estar casado para cumplir con las condiciones establecidas en el testamento de su abuelo y dar un nuevo heredero a la saga Herrera.

Durante unos terribles segundos, la sala se balanceó, y Grace se agarró al borde de la mesa. No podía desmayarse, no en aquel momento, no delante de la burlona mirada de Luz. Se humedeció los labios y se quedó mirando a la chica, percatándose del triunfal brillo que tenía reflejado en los ojos.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó, susurrando, consciente de que seguir pretendiendo ser una esposa feliz era inútil.

Luz era muy engreída.

—¿Fue Javier? —exigió saber, sintiéndose enferma cuando la chica sonrió.

—No te preocupes, Grace; Javier no tramitará el divorcio hasta que no hayas tenido a su bebé —dijo Luz, arrastrando las palabras —. Naturalmente, él insistirá en que el niño viva con él, pero estoy segura de que te permitirá visitarlo de vez en cuando.

Grace se levantó, repentinamente desesperada por escapar del

alcance de la maliciosa lengua de Luz.

—Nada me separará de mi hijo, ¿has escuchado bien? ¡Nada! De todas maneras… ¿por qué me estás contando todo esto? Estás muy equivocada si piensas que Javier se va a ir contigo. Podía haberse casado contigo y tener el control del banco de tu padre así como del Banco de Herrera, pero pensaba que eras demasiado joven.

Luz esbozó una mueca, pero contestó con calma.

—Así es. Planeamos esperar un par de años, hasta que yo termine mis estudios. Pero por las condiciones que establece el testamento de Carlos, Javier tenía que contraer matrimonio inmediatamente. Ésa es la única razón por la que te eligió a ti.

Grace no podía negar la verdad intrínseca de lo que había dicho la muchacha y, no confiando en ella misma, se apresuró a salir de la sala, desesperada por respirar aire fresco. Se repitió una y otra vez que todo aquello no era verdad… El hombre del que ella se había enamorado no podía ser capaz de actuar tan cruelmente. Sólo había una manera en la que podía salir de dudas… y era preguntándole directamente a él si existía una cláusula adicional en el testamento de su abuelo antes de decirle que creía estar embarazada.

Entró de nuevo en la sala, buscando a Javier desesperadamente. Él siempre sobresalía entre la multitud, pero no podía encontrarlo. Entonces miró hacia una de las enormes ventanas, donde vio a Luz ponerle un brazo por encima a Javier y darle un beso en la mejilla. En vez de parecer enfadado, Javier echó la cabeza para atrás y se rió… Para Grace, aquello fue el colmo. Enfurecida y conteniendo el llanto se marchó de la sala, deteniéndose sólo para decirle a Torres que se encontraba mal y que se retiraba a su habitación. Sabía que el mayordomo le pasaría inmediatamente el mensaje a Javier, pero dudaba que a éste le fuese a importar… tenía las manos ocupadas, literalmente hablando, con su *sexy* seductora española.

Capítulo 11

—Grace, o abres la puerta o te juro que la voy a echar abajo.

Grace observó, acurrucada desde la cama, cómo la puerta de madera vibró. Javier no estaba de broma… temía que en cualquier momento la puerta se viniera abajo debido a los fuertes golpes. Se preguntó cómo le iba ella a dejar entrar… no sabía qué decirle ni cómo mirarle a la cara sin revelar su malestar y el hecho de que había estado llorando sin parar durante la última hora.

—¡Grace! ¿Estás enferma? Torres me ha dicho que te encontrabas mal. Maldita sea, dime algo —exigió Javier, maldiciendo a continuación.

Entonces se creó un breve silencio, seguido por el sonido de algo pesado embistiendo la puerta.

Grace, enojada, se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta. Abrió de par en par justo cuando él iba a dar de nuevo contra la puerta con una de las sólidas sillas de roble que había en el pasillo.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —dijo él, poniendo la silla en el suelo.

Estaba tan *sexy* con la camisa medio desabrochada y con el pelo alborotado sobre la frente que, a pesar de todo, Grace sintió cómo se le derretían las rodillas, y se tuvo que agarrar al marco de la puerta para sujetarse.

—Una explicación sería estupendo, querida —dijo él sarcásticamente—. ¿Tienes una buena razón para tu pataleta o es simplemente que quieres llamar la atención?

—Por lo menos eres lo suficientemente sincero como para reconocer que yo tenía que hacer algo para apartarte de los juveniles encantos de Luz —contestó Grace dulcemente—. Sé sincero, Javier, ¿por qué no te casaste con ella cuando tuviste la oportunidad antes que hacernos pasar a todos por esta deprimente farsa?

—Supongo que con «deprimente farsa» te refieres a nuestro matrimonio, ¿verdad? —dijo él, enfurecido.

Entró en la habitación y fue empujando a Grace hasta que ésta se tuvo que sentar en la cama. Entonces pudo ver claramente los churretes que habían dejado las lágrimas en las mejillas de ella y frunció el ceño.

—¿Qué es lo que ocurre, umm? —preguntó en un tono más dulce—. ¿Te ha dicho algo Luz que te haya disgustado? Sé que a veces es un poco fastidiosa, pero no tiene malas intenciones.

—¿Crees qué no? —dijo Grace, riéndose amargamente—. Bueno, tú la conoces mejor que yo. ¿Crees qué no me he dado cuenta de cómo has permitido que te abrace esta noche?

Javier había estado dándole a la muchacha española el dulce afecto que ella deseaba tan desesperadamente.

—¡La conozco desde que era un bebé! —explotó Javier—. Supongo que para mí ella es como la hermana pequeña que nunca tuve.

—¡Qué dulce! ¿Y confías en tu «hermana», Javier? Le cuentas tus secretos más personales… ¿cómo la razón por la que te casaste conmigo?

—No se lo he dicho a nadie —negó él contundentemente—. La única persona que conoce las estipulaciones del testamento de mi abuelo es su abogado, Ramón Aguilar.

Estremeciéndose, Grace se percató de que Javier se había referido a «estipulaciones»… lo que implicaba más de una… Luz no había mentido; la última cláusula del testamento de Carlos Herrera debía de ser la que exigía que Javier tuviera un heredero antes de poder asegurar su puesto como director del Banco de Herrera. De repente se sintió exhausta y deseó poder ir a un lugar oscuro a curar sus heridas.

—Bueno, pues Luz lo sabe; tú se lo dijiste —acusó Grace—. Debes de haberlo hecho, si no… ¿cómo se iba a haber enterado ella? —añadió.

Javier la miró con la furia reflejada en los ojos.

—Pensé que podía confiar en ti —continuó ella amargamente—. Pero, una vez más, mi juicio respecto a los hombres está equivocado. ¡No me toques! —espetó, sintiendo cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Se apartó de él al haber intentado éste abrazarla—. No quiero tener nada más que ver contigo y, desde ahora en adelante, voy a dormir en mi propia habitación hasta que podamos ponerle fin a este falso matrimonio.

—¡No lo harás! —dijo él, tomándola en brazos para impedir que se levantara de la cama y echándola sobre el colchón violentamente.

Antes de que ella pudiese reaccionar, él se sentó sobre ella, sujetándole las manos sobre la cabeza con una de sus manos, mientras que con la otra le desabrochó el corpiño de su vestido.

—Me has juzgado y condenado sin dejar que me explicara. Pero

no me importa nada lo que creas, querida. Eres mía, te he comprado, y te echaré de mi cama cuando yo quiera, no antes.

—No puedes hacer esto —dijo ella entre dientes, revolviéndose con fuerza bajo él—. ¡Eres… un bárbaro!

Gritó cuando él le abrió la parte delantera del vestido, exponiendo sus pequeños pechos que, ante su horror, ya se habían hinchado en anticipación a las caricias de él, por lo que sus pezones sobresalían como dos provocativas puntas.

—¿Quién va a detenerme? —preguntó Javier, riéndose.

Le quitó las mangas del vestido, bajándolas por sus hombros, y le bajó el vestido hasta que lo tuvo por la cintura, comenzando a acariciarle un pecho.

—¿Tú, querida? —provocó—. Yo creo que no.

Entonces sonrió cruelmente mientras observaba cómo las pupilas de ella se dilataban. De una cosa estaba seguro; ella lo deseaba, y en aquel momento no le importaba nada más que eso. Bajó la cabeza y comenzó a acariciar con la lengua uno de sus pechos, tomando el pezón en su boca para atormentarla. Ella comenzó a retorcer las caderas, inquieta. Juzgando el momento exacto en el que el placer que estaba sintiendo ella se hizo insoportable, comenzó a chupar su otro pecho, otorgándole el mismo castigo hasta que ella dejó de pelear contra él y le clavó las uñas en los hombros.

Grace gimió cuando Javier metió la mano por debajo de la falda del vestido, dirigiéndola con una precisión exacta al corazón de su feminidad. Ella estaba ardiendo de pasión; le temblaba todo el cuerpo de necesidad. Sintió el calor que se había apoderado de su entrepierna mientras su cuerpo se preparaba para la posesión de él.

—No me vas a detener, Grace, y ambos sabemos por qué —dijo en tono triunfal.

Ella se preguntó cómo podía ser tan débil; sólo bastaba una caricia de él para que ella casi estuviera suplicándole que la poseyera.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz ronca.

—Porque no puedes resistirte a mí. Porque me necesitas —dijo él con el triunfo reflejado en los ojos.

Durante breves segundos, Grace sintió como si se le parara el corazón y, nerviosa, se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿Qué demonios te hace pensar eso? —exigió saber, esforzándose por parecer calmada. Pero no tuvo éxito.

—Tú me lo dijiste —contestó él.

Observó cómo a ella se le empañaron los ojos debido a lo

confundida que estaba.

—Quizá no me lo dijiste con palabras, pero sí con tu comportamiento. ¿Por qué si no hubieses venido a mí en Madrid a suplicarme que te hiciera el amor? Siempre habías dicho que no tendrías relaciones sexuales con un hombre al que no amaras —le recordó él—. Pero no pudiste negar la fiera pasión que ardía entre ambos.

Grace se preguntó cómo podía haber dejado tan claros sus sentimientos. Había estado tan concentrada en el hecho de que entregarle su virginidad a él era lo correcto, porque lo amaba, que no había pensado en lo que iría a pensar él de sus motivos. Seguro que Javier había estado riéndose de ella durante meses.

Profundamente humillada, su deseo se disipó, y se estremeció cuando él introdujo sus dedos bajo sus braguitas francesas, moviéndose inexorable hacia lo más preciado de su feminidad. Tenía que detenerlo antes de que él destruyera el último vestigio de su orgullo. Entonces esbozó una divertida sonrisa.

—Como siempre, Javier, tienes razón. Tú mismo lo dijiste; la lujuria es una emoción muy poderosa, y me acerqué a ti porque pensé que ya era hora de que dejara de vivir como una monja. Todo el mundo había sacado partido de nuestro matrimonio excepto yo, y decidí aprovecharme de tu reputada destreza bajo las sábanas. Y debo añadir que es una reputación merecida —dijo, ignorando la furia que reflejaban los ojos de él—. Eres un semental perfecto, Javier.

—Me alegra que pienses eso, querida —dijo él en tono agradable.

Pero a ella no le engañaba su sonrisa.

Sin darle tiempo a reaccionar, Javier le bajó las braguitas y le separó las piernas con una mano, mientras que con la otra comenzó a desabrocharse la bragueta.

—¡No! —espetó ella, sintiéndose enferma y apartándolo con las manos.

A pesar de todo de lo que se había enterado acerca de él aquella noche, todavía lo amaba… aunque darse cuenta de ello le hizo cuestionarse su salud mental. No podía soportar que él la hiciera suya enfadado y que convirtiera algo que a ella le parecía tan bonito en un acto primitivo de venganza.

Se preguntó qué ocurriría con el bebé. Después de todo lo que le había contado Luz, no se atrevía a decirle que tal vez ella había concebido un hijo suyo. Necesitaba tiempo para estar sola y recapacitar sobre su embarazo antes de enfrentarse al temor de que

él querría quitarle a su hijo cuando se divorciara de ella.

—No lo hagas, Javier —suplicó—. No hagas que te odie.

—¿Crees qué me importa? Amor, odio, todo eso es lo mismo para mí —gruñó él.

Pero al ponerse sobre ella, pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos y maldijo.

—Dios, Grace, ¿qué es lo que me estás haciendo? Jamás le he hecho el amor a la fuerza a ninguna mujer.

Con las manos levemente temblorosas, se subió la bragueta y se levantó.

—No podrías odiarme más de lo que ya me odio yo a mí mismo —dijo él—. Siempre he sabido que no se me puede querer… me lo dijeron suficientes veces —añadió con dureza—. ¿Cómo he podido esperar que tú fueras diferente… que vieras algo en mí que no fuera frialdad y amargura?

—¡Javier! —gritó ella, a quien la sombría expresión de él conmovió.

Le tendió la mano, pero él se apartó de ella.

—No quise… —comenzó a decir Grace— no creo que seas despiadado…

No pudo terminar de hablar al recordar las provocaciones de Luz al decirle que Javier había tratado de dejarla embarazada porque necesitaba un heredero.

—Entonces te sugiero que revises tu opinión, querida —le dijo con frialdad—. Porque yo soy tan despiadado como mis antepasados que vivieron en este mismo castillo —sonrió con dureza—. ¿Te dije que mi abuelo le negó a mi padre el derecho de ver a mi abuela cuando ésta estaba muriéndose? Le dieron igual las súplicas de ella. Mi padre era su único hijo, pero había ido contra los deseos de mi abuelo al casarse con mi madre, y mi abuelo lo echó del castillo para siempre. Desde el día en que yo llegué aquí, siendo un delgaducho y desnutrido niño campesino, aprendí que el poder lo es todo y que el amor no cuenta para nada.

Grace sintió cómo el frío se apoderaba de su corazón.

—¿Y todavía crees eso, Javier? —susurró—. ¿Harías lo que fuera para lograr el control del Banco de Herrera?

—Ya sabes cuál es la respuesta —contestó él mientras se dirigía a la puerta—. No estés tan abatida, querida… sabías lo que había cuando aceptaste este matrimonio. Te quedan más o menos seis meses de ser mi esposa y será mejor que te hagas a la idea, porque tenemos un acuerdo y no te dejaré marchar hasta que no hayas cumplido con tu parte del trato.

Finalmente Grace se quedó dormida y, cuando se despertó, encontró que estaba sola en la inmensa cama. No tenía ni idea de dónde había pasado la noche Javier y, cuando tuvo que salir corriendo al cuarto de baño para vomitar, agradeció que él no estuviera por allí, preguntándose por qué estaría ella enferma.

No podía quedarse en el castillo, sabiendo que la frágil vida que albergaba en su vientre era la última entrega del acuerdo al que había llegado con él. El bienestar y la educación de su hijo no eran negociables y, mientras le quedara aliento, lucharía por la custodia del heredero Herrera. Su hijo crecería seguro, sintiendo el incondicional amor que su madre le profesaría… no como su padre, a quien se le había negado el afecto durante sus años de juventud.

El mareo se le estaba pasando y metió varias de sus pertenencias en una bolsa, teniendo mucho cuidado de llevarse sólo lo que ella había traído de Inglaterra. No quería llevarse nada de lo que Javier le había comprado.

Cuando bajó a la planta de abajo, el castillo estaba inusualmente silencioso, pero al entrar en el comedor se quedó paralizada al ver allí a Luz Vázquez.

—¿Dónde está Javier? —preguntó bruscamente.

Fue dolorosamente consciente de su palidez frente a la deslumbrante belleza de la muchacha española.

—Se ha marchado a algún lugar con *Luca*… después de haberme regañado —dijo Luz, enfurruñada—. ¿Por qué tuviste que involucrarme en vuestra estúpida pelea?

—Tú te involucraste sola. Si Javier estaba enfadado contigo, es sólo culpa tuya. Ya era hora de que alguien te dijera que crecieras.

Grace dejó de hablar y se mordió el labio cuando Luz se quedó mirando su bolsa de viaje.

—Oh, querida, no irás a marcharte, ¿verdad? —preguntó la joven en un tono empalagoso.

—Voy a visitar a mi padre… durante unos días —murmuró Grace, negándose a admitir que no tenía intención de regresar.

—Oh, ¿de verdad? —dijo Luz con el brillo reflejado en los ojos —. Contigo fuera de escena, tendré la oportunidad de arreglar las cosas con Javier —añadió, echando la cabeza para atrás. Sus preciosos rizos cayeron sobre sus hombros—. Hazme un favor y no te apresures en regresar.

Con dignidad, Grace sacó sus llaves y salió del castillo, pero mientras bajaba las escaleras, las lágrimas empañaron su mirada. Desesperada por salir de allí antes de que llegara Javier, se montó en el lujoso coche que él le había comprado y lo arrancó.

La lluvia que estaba cayendo no le permitía ver con claridad, a pesar de que tenía los limpiaparabrisas a toda velocidad. A los pocos minutos de haber salido del castillo conducía con tensión, tratando desesperadamente de controlar el coche en aquella empinada carretera. Recordó la primera vez que había subido por aquel mismo lugar hacia el Palacio del León. Había estado dispuesta a hacer lo que fuese para ayudar a su padre… pero en aquel momento tenía que proteger a su bebé.

Al conducir con cuidado por una curva, vio un coche que se dirigía hacia ella e, impresionada, se dio cuenta de que era Javier el que lo conducía. El pánico la invadió y pisó el acelerador, pero las ruedas del potente deportivo derraparon sobre el suelo mojado y el coche se dirigió a toda velocidad hacia los árboles que separaban la carretera del barranco que había a un lado.

Iba demasiado rápido… no podía parar… y gritó antes de sumergirse en la oscuridad.

—«Grace, abre los ojos».

Aquella extraña voz incorpórea volvió a sonar y, con esfuerzo, Grace levantó los párpados. Lo que vio delante de ella fue una cara que no le era familiar.

—¿Quién…? —susurró en voz baja.

La persona que tenía delante sonrió con dulzura.

—Ha sufrido un accidente, pero todo va a salir bien. Su esposo está aquí.

Grace apenas oía la voz del doctor. Borrosas imágenes salpicaban su mente… árboles acercándose a ella a gran velocidad, el sonido del parabrisas rompiéndose… Entonces le invadió el terror…

—¿Mi bebé…?

—Lo siento. Estaba de pocas semanas y me temo que no había nada que pudiéramos hacer. Sé que no es consuelo, pero sus heridas son relativamente leves y no hay ninguna razón por la que en el futuro no pueda tener otro bebé —dijo el doctor, dándole unas palmaditas—. Ahora la voy a dejar sola —le dijo a Javier—. Su esposa ha tenido mucha suerte de que los árboles actuaran como barrera y que evitaran que su coche cayera por el precipicio. Sus heridas cicatrizarán, pero haber perdido a su hijo debe de ser devastador para ambos.

Grace cerró los ojos, pero las lágrimas brotaron por debajo de sus párpados. Se sentía como si le hubieran destrozado el corazón y sólo quería que la dejaran a solas.

Se preguntó si Javier se había ido, y abrió los ojos,

encontrándose con la oscura e incomprensible mirada de él.

—Lo siento —se disculpó ella, susurrando, sin saber en realidad por qué lo hacía. Era por ella misma por quien sentía pena… y por su bebé, a quien le había fallado de una manera terrible.

Continuó llorando, y Javier la observó, sin ningún atisbo de emoción en su cara.

—No me ibas a decir que estabas embarazada, ¿verdad que no? —dijo él con la voz ronca.

—¿Cómo podría haberlo hecho? —exigió saber ella amargamente—. Me acababa de enterar, por medio de Luz, de que tú habías planeado deliberadamente dejarme embarazada para luego quitarme el bebé después de que nos divorciáramos —aunque le tembló la voz, se forzó a continuar—. Ahora conozco la cláusula final del testamento de tu abuelo.

—Dios, no hay ninguna cláusula final —gruñó Javier, haciendo un esfuerzo por mantener la voz calmada—. Lo que has oído, y elegiste creer, ha sido el resultado de la maliciosa imaginación de una niña mimada que está más obsesionada conmigo de lo que yo me había dado cuenta.

Grace se quedó mirándolo con los ojos desorbitados, incapaz de digerir lo que acababa de decirle.

—Pero Luz…

—Te ha contado una sarta de mentiras. Jamás le dije la razón por la que nos casamos, pero su padre y mi abuelo eran viejos amigos, y ella escuchó a mi abuelo contándole a su padre todo sobre la estipulación matrimonial que había añadido a su testamento. El resto se lo ha inventado.

—Fue tan convincente… —susurró Grace, dándose cuenta de lo que había ocurrido en realidad.

Le había negado a Javier la posibilidad de defenderse y, en vez de ello, había creído a una colegiala que estaba muerta de celos. Había pagado el precio de su desconfianza perdiendo a su bebé y, juzgando por la expresión de los ojos de Javier, también había perdido cualquier oportunidad de haberse ganado su amor. Darse cuenta de ello era insoportable, y apartó la mirada.

—Grace…

La inesperada dulzura del tono de voz de él la deshizo. Se negó a mirarlo, incapaz de soportar el desprecio que estaba segura iba a encontrar reflejado en sus ojos.

—Márchate, Javier —dijo entre lágrimas, escondiendo la cara en las manos—. Márchate y déjame sola.

Capítulo 12

Javier se quedó afuera de la habitación de Grace y oyó el sonido de su llanto. Pensó que las cosas no podían seguir así. Habían pasado seis semanas desde que la había llevado a casa desde el hospital y cada noche había ocurrido lo mismo… él se quedaba en el pasillo, demasiado atemorizado como para entrar y que ella lo rechazara, mientras que ella se quedaba allí sentada, llorando.

Haría lo que fuera por verla sonreír de nuevo. Su infelicidad le estaba destrozando, pero lo peor de todo era saber que él era el responsable de sus lágrimas. Se dijo a sí mismo que nunca debería haberse casado con ella; debería haberla echado del castillo el primer día que la había visto, en vez de haberse quedado cautivado por su sonrisa.

Le asustaba darse cuenta de lo fácil que ella lo había cautivado. Sin haber sido él consciente de ello, Grace se había colado por debajo de sus defensas hasta convertirse en lo único que le importaba en la vida. Dejarla marchar le destrozaría el corazón, pero no podía mantenerla allí durante mucho más tiempo.

Grace salió del cuarto de baño y se detuvo al ver a Javier al lado de su cama. Frunciendo el ceño, se percató de que él había perdido peso y de que estaba demacrado, pero aun así seguía siendo el hombre más guapo que ella jamás había visto.

Durante las últimas semanas él la había tratado con mucha delicadeza. Estaba convencida de que bajo su aparente frialdad, él tenía un gran corazón y, a pesar de la manera en la que ella lo había tratado, desconfiando de él de una manera tan terrible, él no le había echado las culpas por la pérdida de su bebé.

Ella había llorado incansablemente por la pérdida de la diminuta vida que había llevado dentro de sí, pero durante las últimas noches sus lágrimas habían sido de desesperación al haberse dado cuenta de que Javier nunca la amaría.

Él la miró un momento antes de volver a fijar su atención en las fotografías que había esparcidas por la cama.

—Supongo que la mujer en silla de ruedas es tu madre —dijo él —. No sabía que no podía caminar.

Grace asintió con la cabeza y tomó una de las fotografías.

—Desafortunadamente mi madre perdió la movilidad de sus piernas en la primera etapa de su enfermedad. La respiración y la

capacidad para digerir alimentos las perdió más tarde, casi al final, pero nunca, ni incluso en sus peores momentos, dejó de sonreír —dijo, con el amor y el orgullo que sentía por su madre reflejados en la voz.

—¿La cuidaste en tu casa?

—Sí. Al principio, mi padre y yo nos las apañamos para hacerlo solos, pero después, cuando ella ya tenía muchos dolores, mi padre contrató a una enfermera cualificada. Era cara, desde luego, como lo eran los viajes a Lourdes y a otros lugares del mundo donde las promesas de curas milagrosas eran todo lo que a mi padre le quedaba por esperar. Obviamente nada funcionó —le confió tristemente—. Pero mi padre amaba tanto a mi madre, que hubiera hecho lo que fuese para salvarla… incluido robarte dinero —añadió—. A pesar de todo lo que ha ocurrido, no le puedo culpar. Ella era el amor de su vida, pero no espero que lo entiendas.

—¿Crees que porque nunca he experimentado lo que es el amor no puedo reconocerlo y respetar a las personas que lo sienten? —exigió saber Javier con dureza.

—Una vez me dijiste que no creías en el amor —dijo ella, mirándolo.

—Dios, dije muchas tonterías… ¿me las vas a echar todas en cara? Cualquiera que mire las fotografías de tus padres se daría cuenta del amor que compartían. Tu padre debió de quedarse destrozado por la muerte de tu madre. Si te hubiese escuchado la primera vez que viniste a mí, quizá hubiese comprendido las razones por las que él actuó como hizo y hubiese sentido compasión, en vez de haber exigido una amarga venganza al haberte hecho casarte conmigo.

—Las cosas no fueron así —susurró ella—. Yo pude elegir y elegí casarme contigo.

Javier se quedó mirando la fotografía que tenía en sus manos y se la dio a ella.

—Sólo aceptaste mi proposición por el amor que sientes hacia tu padre. No era lo que tú querías. Tú veías el feliz matrimonio de tus padres como algo a alcanzar en el futuro, pero… ¿qué fue lo que te di yo? Un contrato de negocios… y la expectativa de que hicieras los votos que para ti son tan importantes sabiendo que eran mentira. Vi tu cara en la capilla, Grace. Y supe lo mucho que te dolía decirme aquellas palabras a mí en vez de a un hombre al que amaras y con el que esperaras pasar el resto de tu vida.

Javier se acercó a la chimenea y se quedó mirando las llamas.

—He decidido que debes volver a Inglaterra —dijo

repentinamente—. Estás tan pálida y triste… necesitas pasar tiempo con la gente a la que quieres.

—Ya veo —dijo Grace, negándose a que él se diera cuenta del daño que le habían hecho aquellas palabras.

Javier no podía haber dejado más claro que no tenía sentimientos hacia ella; seguramente estaba harto de verla todo el tiempo llorando.

—¿Cuándo quieres que me marche?

—Cuando te venga bien… si quieres, mañana —contestó él, encogiéndose de hombros.

Aquella indiferencia hizo sentir a Grace como si le clavaran un puñal en el pecho, y contuvo el llanto.

—Grace… quiero que sepas que los últimos meses en los que tú has estado viviendo en el castillo han sido los más felices de mi vida… aparte de las últimas semanas, que han sido un infierno.

—En ese caso, ¿por qué me pides que me marche? —exigió saber ella, acercándose a él—. Todavía quedan cuatro meses para cumplir nuestro contrato y estoy preparada para seguir aquí. Pensaba que necesitabas que estuviera en tu casa para convencer a los miembros directivos del banco de que ya no llevas un alocado estilo de vida y de que eres un hombre felizmente casado.

Durante un momento él no dijo nada; simplemente le acarició el pelo a ella.

—He dimitido de mi posición en el Banco de Herrera y he renunciado a todos los derechos que me correspondían. De ahora en adelante, es mi primo Lorenzo Pérez quien tiene el completo control del banco.

—Pero… —comenzó a decir ella, boquiabierta—. El banco lo es todo para ti, lo más importante del mundo. No tienes por qué renunciar a él ahora, justo cuando estás tan cerca de conseguir ser el legítimo director.

Pero entonces cerró los ojos al comenzar a comprender lo que estaba pasando.

—Por eso es que me mandas de regreso a Inglaterra, ¿verdad? No puedes esperar otros cuatro meses para divorciarte de mí. Debes odiarme muchísimo si estás preparado a perder tus derechos en el banco con tal de no seguir casado conmigo durante unos pocos meses más.

—¡Claro que no te odio! —negó él, agarrándola por los hombros y forzándola a mirarlo—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Fue culpa mía el que perdiera el bebé —sollozó ella—. Si hubiese confiado más en ti en vez de escuchar las mentiras de Luz,

ahora mismo seguiría llevando en mi vientre a nuestro hijo.

—Un hijo que creíste que yo sólo quería para cumplir con las condiciones del testamento de mi abuelo. No soy tan despiadado, querida, pero el hecho de que pensaras que yo sería capaz de hacer algo tan cruel demuestra tu opinión sobre mí. Aunque después de la manera en la que te he tratado, me merezco tu desprecio.

Javier luchó para contener sus emociones; cuando ella se marchase ya tendría tiempo para luchar contra la desesperación que amenazaba con sobrepasarle.

—No llores más, Grace —suplicó, abrazándola estrechamente y sintiendo las lágrimas de ella mojar su camisa—. Ya es hora de que terminemos con esta locura. Eres libre de marcharte a tu casa con tu padre, y te doy mi palabra de que él está libre de cualquier cargo. Si yo hubiese estado en su lugar, observando, sin poder hacer nada, cómo sufre la mujer que amo, hubiese hecho lo mismo —confesó—. Le perdono, querida, y espero que algún día tú seas también capaz de perdonarme a mí por todo el daño que te he causado.

—No me has hecho daño… por lo menos no intencionadamente —dijo Grace firmemente, apoyando su mejilla en el pecho de él.

Podría quedarse de aquella manera para siempre, pero pensó que seguramente lo estaría avergonzando… sabía cuánto odiaba él el afecto.

Respirando profundamente, se apartó de él y lo miró a la cara.

—No es culpa tuya que no me ames —murmuró, mirándolo a los ojos—. Desde el principio dejaste claro que no lo harías, y es culpa mía que la idea de dejarte… de no verte de nuevo… me rompa el corazón. No creo que seas frío ni despiadado, Javier. Tienes un gran corazón y tanto amor dentro de ti como cualquier otro hombre, incluso más, pero tu infancia te enseñó a guardar tus emociones y todavía las escondes bajo llave. Lo que hace falta es la mujer que sea capaz de girar esa llave.

Repentinamente tuvo que dejar de hablar y se dio la vuelta. Las lágrimas le recorrían las mejillas.

—Desearía ser yo esa mujer, porque te amo con todo mi corazón. Tenías razón cuando adivinaste la razón por la que fui a ti en Madrid. No podía resistirme a ti… pero nunca me hubiese acostado contigo si no te hubiese amado.

—¿Entonces por qué me ibas a abandonar? —preguntó Javier, frustrado. Le dio la vuelta a ella y la abrazó contra su pecho—. Dios, cuando abrí la puerta del coche y vi que estabas empotrada contra el volante… —sintió un escalofrío y tuvo que cerrar los ojos

para contener el llanto.

La última vez que había llorado había tenido ocho años. Su madre le había echado de la caravana y había sentido frío y hambre. Pero desde entonces había aprendido a controlar sus emociones, un mecanismo de autodefensa para evitar que le hicieran daño. Pero Grace podía leerle el alma; había acabado con todas sus defensas una por una, dejándolo indefenso. Recordar aquellos instantes tras el accidente, cuando había pensado que la había perdido era demasiado y hundió su cara en el pelo de ella al comenzar a llorar.

—Durante toda mi vida he rechazado el amor, hasta que creí que era inmune a él —dijo, besándole desesperadamente la cara y el cuello—. Pero te amo, Grace… más de lo que creí posible amar a otro ser humano.

La miró a los ojos, y Grace, al ver reflejados en los de él una gran emoción, se preguntó cómo había podido pensar que él era frío. Entonces le tomó la cara entre sus manos y comenzó a besarlo dulcemente.

—Al principio me engañé a mí mismo diciéndome que controlaba todo —admitió él cuando por fin levantó la cabeza—. No podía quitarte las manos de encima, pero me dije a mí mismo que simplemente era buen sexo. El mejor sexo que había practicado nunca. Jamás había experimentado tanto placer, tanta alegría, como cuando te hacía el amor. Pero después tenía que forzarme a apartarme de ti por si te dabas cuenta de lo débil que era contigo.

—Yo pensaba que era tu manera de demostrarme que sólo me querías para el sexo —susurró Grace tímidamente—. Deseaba que me dieras una pequeña señal de que yo significaba algo para ti y estaba muy celosa de la familiaridad que compartías con Luz. Siento haber creído en ella en vez de haber confiado en ti —murmuró con vergüenza.

—No había hecho gran cosa para merecer tu confianza, querida —dijo Javier—. Luz no significa nada para mí… tú eres la única mujer a la que he amado, y te juro que te amaré durante el resto de mi vida. Lo que siento es que tuviera que darme cuenta de ello cuando casi te perdí.

Volvió a besarla con una fiera pasión que dejaba claro el amor que sentía. Grace se aferró a su cuello cuando la levantó en brazos y la llevó a la habitación principal.

—Es aquí donde debes estar —dijo él, sonriendo. Pero al instante su sonrisa se borró de su cara—. Dime que esto es verdad, Grace, no simplemente una ilusión creada por mi desesperación. Si

te marchas ahora, te llevarás mi corazón contigo.

Grace se bajó de los brazos de él y comenzó a desabrocharse los botones de su camisón.

—No voy a marcharme a ningún sitio —prometió—. El Palacio del León es mi casa y pretendo vivir aquí contigo y con los niños que un día tendremos durante el resto de mi vida.

Al desabrochar el último botón del camisón, se lo quitó por encima de la cabeza, acercándose a él.

—Quiero demostrarte cuánto te amo —susurró en la boca de él —. Los votos que hice el día de nuestra boda los hice en serio. Quizá no me diera cuenta en el momento, pero mi alma te reconoció como su alma gemela y nunca te dejaré de nuevo, ni siquiera por un día.

Entonces ayudó a Javier a quitarse la ropa a toda prisa y, cuando él la cubrió con su cuerpo, lo abrazó con fuerza, deleitándose al sentir la aterciopelada piel de él. Al principio parecía que a él le bastaba con besarla, su boca era un instrumento de dulce tortura al bajar desde sus labios a sus pechos, donde acarició cada pezón con su lengua hasta que ella gimió y clavó sus uñas en los hombros de él. Javier comenzó a acariciarle el estómago y, con mucho cuidado, le separó las piernas y le acarició delicadamente, avivando las llamas de su deseo…

—Te amo, Grace —gimió mientras se movía sobre ella y la penetraba, desesperado por no hacerla daño—. Nunca me dejes.

La vulnerabilidad que reflejaba la voz de él hizo que a ella se le encogiera el corazón. Lo abrazó con sus piernas para que la penetrara más profundamente. Las cicatrices que a él le había dejado su juventud eran profundas, y quizá tardaría años en confiar plenamente en el amor de ella, pero le diría todos los días, con palabras y con hechos, cuánto significaba él para ella.

Cuando Javier comenzó a moverse, ella lo acompañó, acompasando sus movimientos mientras él se movía cada vez más rápido hasta llevarles a ese lugar en el cual sólo ellos dos existían. Grace lo oyó gemir su nombre y, en ese mismo momento, sus músculos convulsionaron alrededor de él en un clímax más intenso que nada de lo que hubiera experimentado antes.

Finalmente Javier recuperó el aliento y salió de ella, pero la abrazó estrechamente, acariciándole el pelo con una mano levemente temblorosa.

—Eres mi vida, querida —susurró—. Y nunca te dejaré marchar.

—¿Realmente me hubieras mandado de vuelta a Inglaterra?

—Desde luego… y hubiera tramitado inmediatamente los

papeles del divorcio —dijo él, abrazándola con más fuerza—. Una vez que ya no estuviéramos atados por ese maldito contrato matrimonial, iba a esperar un tiempo razonable, digamos una semana, antes de llevar a cabo mi plan.

—¿Qué plan? —preguntó ella sin aliento.

—Cortejarte como es debido… te iba a invitar a cenar y a beber vino e iba a ser tan encantador, que no ibas a ser capaz de rechazarme cuando te pidiera que te casaras conmigo y que compartieras el resto de tu vida conmigo.

—Oh… —Grace hizo un mohín, decepcionada—. Me gusta la idea de que me invites a cenar, pero no me gustan los divorcios, así que nos tendremos que quedar como estamos.

—Para siempre —prometió Javier fervientemente.

—No quiero que renuncies a tu puesto como cabeza del banco —dijo ella seriamente—. Es importante para ti.

—Nada es tan importante como tú —contestó él—. No quiero que albergues ninguna duda sobre la razón por la que permanezco casado contigo. A Lorenzo le parece bien que ambos trabajemos y dirijamos juntos el banco, pero en última instancia es tu decisión, querida. Estoy… ¿cómo es que lo decís?… en tus manos.

—Pues a mí no me lo parece —murmuró inocentemente, acariciándole el muslo.

Entonces él la tumbó de espaldas y le demostró quién era el señor del Palacio del León.

Epílogo

En su primer aniversario de bodas, Javier cortó rosas para Grace en los jardines del castillo, pero las espinas le hicieron sangrar, y ella insistió en que pasara el día con ella en la cama para recuperarse.

En su segundo aniversario de bodas, Javier volvió a cortar rosas en los jardines, pero quitó las espinas con mucho cuidado antes de dejar el ramo sobre la cama, donde ella estaba cuidando de su pequeño bebé de sólo un mes de edad.

—Las mejillas de Rico son tan suaves como los pétalos de rosa —murmuró ella al pasarle a Javier el pequeño—. Es adorable, ¿verdad? Espero que tengamos muchos más como él.

—¿Estás bromeando? Yo no podría soportar otro parto como el de él —masculló Javier.

Se estremeció al recordar las dieciséis horas durante las cuales había observado a Grace sufrir antes de que Ricardo Herrera por fin llegara al mundo. Acarició la mejilla de Rico con sus labios y sintió cómo le daba un vuelco el corazón por tanto amor que sentía. Entonces miró y sonrió a Grace.

—Lo amaremos con toda nuestra alma, pero me temo que va a ser hijo único, querida.

Entonces puso al bebé en la cuna y se acercó a su esposa, que estaba esperándolo en la cama con los brazos abiertos.

—Eso son tonterías. Por lo menos quiero dos más, y sabes que siempre me salgo con la mía —dijo Grace alegremente.

Dieciocho meses después fue precisamente eso lo que hizo… al dar a luz dos gemelas, Rosa y Susannah. El castillo se llenó de risas de niños y el León de Herrera nunca volvió a andar solo.

Fin